

Luis Francisco Guerrero Hernández

*Toda la que
nunca te dije
(y algunas
cosas que tal
vez no
recuerdes)*

**Todo lo que nunca te dije,
(y algunas cosas que tal vez no recuerdes)**

Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo
División de Extensión de la Cultura



**Todo lo que nunca te dije,
(y algunas cosas que tal vez no recuerdes)**

Luis Francisco Guerrero Hernández



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DEL ESTADO DE HIDALGO

Pachuca de Soto, Hidalgo, México

2023

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Octavio Castillo Acosta

Rector

Julio César Leines Medécigo

Secretario General

Marco Antonio Alfaro Morales

Coordinador de la División de Extensión de la Cultura

Presidente de la Feria Universitaria del Libro

Jesús Ibarra Zamudio

Director del Instituto de Ciencias Económico Administrativas

Fondo Editorial

Asael Ortiz Lazcano

Director de Ediciones y Publicaciones

Joselito Medina Marín

Subdirector de Ediciones y Publicaciones

Primera edición: 2023

D.R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Abasolo 600, Col. Centro, Pachuca de Soto, Hidalgo, México, C.P. 42000

Dirección electrónica: editor@uah.edu.mx

El contenido y el tratamiento de los trabajos que componen este libro son responsabilidad de los autores y no reflejan necesariamente el punto de vista de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

ISBN: 978-607-482-756-9

Esta obra está autorizada bajo la licencia internacional Creative Commons Reconocimiento - No Comercial
- Sin Obra Derivada (by-nc-nd) No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas. Para ver una copia de la licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.

Hecho en México/*Printed in Mexico*

Este libro fue dictaminado por pares académicos.

Se agradecen los comentarios y sugerencias del Cuerpo de Asesores ya que permitieron darle un mejor rumbo a esta publicación. De igual forma se agradece profundamente a los dictaminadores del proceso evaluador, que con sus observaciones y comentarios enriquecieron esta obra.

Índice

Todo lo que nunca te dije, (y algunas cosas que tal vez no recuerdes)

Introducción	9
Primera parte	12
Todos los besos que nos dimos se convirtieron en cicatrices	
Segunda parte	63
Todas las veces que rompiste mi corazón fueron sin intención	
Tercera parte	95
Todos mis recuerdos tristes vienen de Europa y yo nunca he estado ahí	
Cuarta parte	129
Todos los fantasmas recorren una ciudad en ruinas	
Epílogo	141
De mi vida sin ti	

**Todo lo que nunca te dije,
(y algunas cosas que tal vez no recuerdes)**

Luis Francisco Guerrero Hernández

Introducción

Comencé a escribir este libro cuando tenía 20 años, en una explosión de emociones intensas y salvajes.

Aunque al principio no era un libro, sino una carta. Bueno, muchas cartas. En las primeras líneas hablaba sobre la historia de aquella criatura mitológica que pidió unas piernas a cambio de su voz, pero que al caminar, sentía que andaba sobre cuchillos. Así me sentía yo.

Era una tarde de julio en la que me sentía nube: oscuro, pesado y con ganas de llover.

Esa tarde descubrí que escribir era otra manera de gritar, de llorar, de conversar, de liberar y de sanar.

Y desde entonces me dediqué a escribir.

He escrito sobre la juventud, sobre mis miedos, sobre mis ganas de ser independiente, sobre mis dudas. A lo largo de todos estos años he escrito sobre todo lo que siento y sobre los pensamientos que nacen cuando me acuesto, antes de quedarme dormido.

Este libro es la suma de un montón de horas que destino a soñar y a recordar.

Aprendí que puedo escribir más allá de solo tinta y papel, o una computadora. Pude escribir sobre las nubes, sobre la arena, sobre mis pestañas, en mis agujetas,

con las manchas que quedan en la taza después de tomar té y hasta con el cereal del desayuno.

Días antes de salir de la universidad (en 2016) puse en retrospectiva todo lo que había escrito hasta ese momento, entonces me encontré con todas esas cartas y descubrí que cuentan una historia.

Estás a punto de leer un montón de realidades, las que están calcadas justo como sucedieron, las que pude rescatar de los recuerdos nublados, las que me hubiera gustado que sucedieran y las que inventé para que todas las anteriores tengan sentido.

Ahora he decidido soltar esta historia para que recorra su propio camino y llegue a los ojos de personas que me conocen y otras que tal vez nunca llegue a conocer.

Te presento a Mateo, espero que le permitas acompañarte a través de estas líneas que se traducen en un viaje de autodescubrimiento, de dos manos de extraños tomadas por primera vez bajo la lluvia, del cosquilleo que siempre deja un primer beso, de madrugadas convertidas en preguntas cuya respuesta no queremos conocer, del verdadero significado de la luz roja en el semáforo, de los exámenes finales, de las despedidas y de los nuevos comienzos.

En fin, te presento mi primer libro: “Todo lo que nunca te dije (y algunas cosas que tal vez no recuerdes)”.

Luis Francisco Guerrero Hernández.

Luego de todas las cosas terribles que me dijiste volví a escribir sobre ti, pero ya nada es para ti. Solo quiero que las mariposas moribundas que dejaste en mi estómago terminen de vomitar lo que les hiciste sentir.

PRIMERA PARTE

Todos los besos que nos dimos se convirtieron en cicatrices

Después de todo este tiempo aún paseas por mis pensamientos. Luces tan guapo que duele mirarte. Tu recuerdo llega en las madrugadas y me despierta con violencia. La oscuridad que hay detrás de mis párpados me asusta y las ganas de hacer cualquier cosa salieron de mi cuerpo para esconderse en un cajón en el armario. Mis amigos han dejado de preguntarme cómo estoy porque saben que por más que insistan nunca les diré lo que ocurrió. Están hartos de mí y de todos los sentimientos que me acompañan con pesadez como una marca que no puedo quitar.

Cuando te extraño demasiado el tiempo que pasa se convierte en polvo y ensucia todos los rincones de mi juicio, entonces le hablo a los minutos sobre tus manías y cómo imagino tus expresiones que nunca conocí. Sé que cuando te molestas te comportas distante, transformas tus labios en una fina línea y empuñas tus ojos hasta mis huesos como si trataras de convertirme en arena.

Te vi sonreír un millón de veces, pero nunca te vi llorar. Sé que cuando las cosas no salen como las habías planeado vuelves a organizar todo en tu mente para descubrir qué falló y te frustras con facilidad. Conozco tu rostro de memoria y el ritmo de tu respiración cuando duermes. Sé detectar el silencio que habla por ti cuando estás preocupado o nervioso. Y a pesar de todo fui incapaz de ver las señales que me decían que debía alejarme antes de que iniciaras el incendio que dejó en cenizas todo lo que alguna vez sentiste.

No reconozco las ruinas en las que vivo y que nunca he podido llamar hogar. Me muevo de un rincón a otro como una sombra que sabe que en la cocina se encuentra la incertidumbre. En la sala he depositado todo el llanto, en el jardín está la rabia, pero mi habitación es el lugar más peligroso. Mi cama es en un océano que me ahoga en lo más profundo de mi mente, el reloj solo cuenta las horas que me separan de tu lado y el calendario convierte en días las veces que

me digo que ahora sí saldré de nuevo a la calle y dejaré en la almohada el miedo de encontrarte en los pasillos de esta pequeña ciudad que alguna vez cobijó mi arrogancia al dejarme pensar me querías lo suficiente como para llenar mi corazón de flores.

Ya no te busco, Leonardo. Ya no voy atento por si de casualidad vuelvo a encontrarte en el centro comercial. Ya no salgo por las noches a mirar el cielo por si pasa una estrella fugaz para pedirle que me extrañes. Ya no busco algún rastro de tu perfume que pudiera haberse quedado por accidente en mi ropa para besarlo. Cerré para siempre las cortinas de mi habitación para evitar asomarme a esperar que aparecieras fuera de mi ventana y vivo con las luces apagadas porque no quiero que me veas si pasas por mi calle. A veces juego a convencerme de que todo lo que viví contigo nunca pasó en realidad, que se trata de una mala broma de mi memoria y que todas las partes de mi cuerpo que tocaste siguen intactas. Entonces se asoman las fotos, los dibujos, las lágrimas, las llamadas, las galletas, los atardeceres, los sentimientos y me desarmo de nuevo. Cierro los ojos y todo lo que vivimos se reproduce en mi mente como una película que siempre se reinicia cuando está por llegar al final. Todo vuelve. Menos tú.

La vida antes de ti era tranquila. Tenía 19 años y los días avanzaban entre clases para aprender a hacer periodismo, música country que habla de bufandas perdidas, libros sobre amantes sumisas y caminatas que siempre me regresaban al mismo lugar. Lo único que me quitaba el sueño era la incertidumbre sobre el futuro. Nunca entenderé por qué me afecta tanto algo que ni siquiera existe. Eso siempre ha sido un problema para mí: si tendré o no un buen trabajo cuando salga de la universidad, si moriré en un accidente a la vista de los curiosos que alimentan su morbo tomando fotografías de mi cuerpo irreconocible, si después, si al rato, si mañana, si algún día...

Llegaste a mi vida un miércoles. Un dieciocho de marzo. Un día en el que las probabilidades de que algo saliera mal eran mínimas, pero hasta el pronóstico más exacto puede fallar y qué mala suerte para todas las personas que salimos de casa sin paraguas porque por la tarde llovió. La lluvia trajo consigo el calor de tu mano sobre la mía esperando a que el semáforo cambie a verde y se llevó mi capacidad para reconocer el peligro.

Ese día se suspendieron actividades académicas y compañeros de distintas licenciaturas organizaron una jornada para que estudiantes, profesores e integrantes del personal administrativo pudieran adoptar a alguno de los perros que se colaban en los salones de clases. Se acercaban las vacaciones de primavera y ya nadie prestaba atención a los cuadernos ni a los pizarrones. Sin embargo, mi plan era otro: pasar el día en la biblioteca, terminar todas las tareas pendientes y así no llevarme trabajo a casa. Al entrar a la escuela me desvié para ir a comprar unas galletas a la máquina de dulces y en el camino encontré a Benjamín cargando un montón de papeles.

— ¡Hola! Qué bueno que te encuentre —me dijo.

— ¿Por qué?

— Hace mucho tiempo no te veía —comentó mientras me inspeccionaba—. ¿Por qué traes tu mochila?

— Porque quiero terminar todos mis proyectos antes de vacaciones —puse mis ojos en blanco al recordar que yo era el único en toda la escuela que se preocupaba por la tarea en un día prácticamente libre—. ¿Qué son todas esas hojas? —pregunté para cambiar de tema.

— Solicitudes de adopción. Todas las personas que quieran llevarse un perro a casa deberán firmar un documento en el que se comprometen a cuidar bien a su mascota y a compartir con nosotros fotografías al menos una vez al mes.

— ¡Qué bien! —exclamé emocionado—. Si quieres te puedo ayudar un rato.

— Bueno, pero deja tu mochila —dijo y abrió la puerta de su salón para que guardara ahí mis cosas.

En el jardín principal del instituto se instalaron corrales para que las personas pudieran ver a los perros. Algunos eran cachorros que encontraron en un terreno cerca de la universidad y otros cuantos ya eran adultos. Además de las mesas de adopción había venta de accesorios para mascotas, croquetas y estudiantes de Veterinaria que repartían folletos sobre cuidado de animales a los asistentes. El sol se encontraba en su punto más alto, la brisa de marzo se colaba entre los cuerpos estudiantiles y salvo por los exámenes parciales que se acercaban, no había nada que temer.

La convocatoria fue grande. Llegó más gente de la que se esperaba. Benjamín corría de un lado a otro, se mostraba contento y a mí me agradaba verlo así. Él apoyaba a las personas a encontrar lo que querían: hembra o macho, de

raza grande o pequeña, juguetones, tiernos, rudos o dormilones. Yo colaboraba llenando formularios y ayudando a elegir nombres para sus nuevos amigos. Me sentía importante. En algún momento olvidé que en realidad debía hacer mi tarea y de repente, sin saber si habías llegado hace poco o si ya estabas por irte, sin saber si acompañabas a alguien o si eras tú quien adoptaría, sin nada más que tu sonrisa, te acercaste a mí, apuntaste al centro de mi pecho y con toda osadía disparaste un hola y hubo un pequeño Big Bang en mi interior. Dijiste «hola» y no pensé que te convertirías en alguien tan importante como para preocuparme por el dolor que deja el eco de un «adiós».

Llevabas puestas unas gafas oscuras, como las de un piloto de avión, camisa verde de manga larga perfectamente bien acomodada dentro de tus jeans, zapatos cafés que brillaban con el reflejo del sol y un cinturón que combinaba con ellos, tu cabello castaño ligeramente despeinado a causa del viento, el nacimiento de tu barba que apenas se asomaba en tu rostro y los susurros de tu corazón pidiéndome que confiara en ti.

Ese es el primer momento al que siempre regreso y me pregunto cómo serían las cosas si pudiera arrancar esa página en la que quedó escrito tu saludo. Te miro como una fotografía viva que no se desgasta: guapo, fresco, amable y despreocupado. Parecías el protagonista de una película entrando a escena para darle sentido a la historia. No esa escena predecible en la que ambos personajes chocan y las cosas de uno de los dos caen al suelo. Me refiero a la escena en la que sabes que el personaje que está a cuadro hará algo increíble porque todo alrededor se puso borroso, lo ves acercándose en cámara lenta y sin música de fondo o sonidos ambientales que distraen a la audiencia del sonido de su voz. ¿Por qué de entre todas las personas que estaban en el lugar te acercaste a mí? ¿Por qué me sentía tan nervioso e invadido si se trataba de un completo desconocido con su «hola»?

— ¡Leonardo! —la voz de Benjamín me despertó y regresó mis pensamientos a la tierra — ¿A qué se debe el honor de tu presencia en esta noble jornada de adopción?

— No podía perdérmela —dijiste indiferente—. ¿Cómo va todo?

— De maravilla —respondió Benjamín con ese tropezado modo de hablar que lo caracteriza—. Deberías animarte a adoptar, todavía hay algunos cachorros que no tienen dueño.

— Sabes que me encantaría —dijiste examinando tu alrededor—, pero si me llevo alguno a casa, me corren con todo y mascota y ahora tendrías que organizar una campaña para que me adopten a mí... con el perrito, claro.

— Eso será fácil —Benjamín hizo un ademán como restando importancia—. Sabes que hay más de una persona que quisiera llevarte a su casa. Y otras cuantas que le pondrían un precio a tu cabeza.

Debí poner atención a las palabras de Benjamín, eran una señal de alerta. Debí aprovechar ese incómodo momento para huir. Debí ignorarte. Debí haber hecho tantas cosas que pudieron evitar la sordera causada por el estruendo de mi corazón rompiéndose algunos besos después.

Benjamín no esperó a escuchar tu respuesta porque nuestra coordinadora lo llamó desde el otro extremo del jardín y nos dejó solos una vez más.

No pude ver tus ojos ni descifrar tu expresión detrás de esas gafas, pero pude notar que te quedaste ahí como si quisieras llamar mi atención. Pasaron dos chicas que te saludaron con un beso en la mejilla y tú les respondiste con una sonrisa. Tu sonrisa. La sonrisa con la que soñé durante los primeros días después de conocerte y que ahora me sacude cuando intento dormir. La sonrisa que yo mismo besé y provoqué tantas veces. La sonrisa que tienes tan bien ensayada. Tu arma infalible para ganarte a quien se cruce por tu camino.

Esperaba que esa distracción hiciera que te olvidaras de mí, así que di por concluida la conversación y me dispuse a levantar folders, clips y bolígrafos, pero entre tanto olvidé levantar mi sensatez y tú no te diste por vencido. No estás acostumbrado a mostrar piedad por una presa, mucho menos a perdonarle la vida. No eres de los que se retiran sin conseguir lo que quieren.

— ¡Mira! A esos chicos se les enredaron las correas de sus perros —dijiste mientras señalabas a dos jóvenes que se sonreían de pena y enredaban más las correas con cada movimiento.

Volteé hacia la dirección que indicaste y me di cuenta de que los desafortunados que batallaban con su enredo eran mis compañeros de clase.

— ¿Crees que necesitan ayuda? —alcancé a preguntar antes de que uno de ellos cayera al piso y los perros huyeron como dos niños pequeños que escapan de sus padres mientras gritan «atrápame si puedes». Soltaste una carcajada tan fuerte

que las personas que estaban cerca te voltearon a ver y tú parecías disfrutar de la atención que recibiste.

— No, ya se las arreglarán —dijiste al tiempo que te recargaste sobre la mesa que estaba entre nosotros—. ¿Cómo te va?

— Bien —respondí sin hacerte mucho caso porque un sentimiento de incomodidad comenzaba a asomarse en mi mente.

— Nunca te había visto. ¿Estudias aquí? —preguntaste sin quitarme la mirada de encima

— Sí. ¿Y tú?

Ni siquiera tuviste oportunidad de tomar aire para responder porque Benjamín regresó de no se sabe dónde echándose porras a sí mismo, orgulloso de haber conseguido casa para todos los perros. Alzó sus puños al aire y tú le respondiste chocándolos contra los tuyos.

— ¡Felicidades, Benja! —exclamaste con tu voz suave y cálida, con el ánimo en las nubes.

Poco a poco se acercaban los demás miembros del comité de adopción. Saludaban y felicitaban a Benjamín como si hubiera ganado una medalla olímpica, después te saludaban a ti y algunos otros tenían un gesto amable para mí. Todos se enfrascaron en sus propias conversaciones, compartían anécdotas del día y se sentían satisfechos de haber cumplido la misión. Todos, excepto tú y yo. Yo porque no los conocía y tú porque aún no cumplías tu cometido de acorralarme y dejarme sin salida de ti.

— El viernes se estrena una película muy buena en el cine, deberíamos ir a verla —lanzaste la frase al aire en espera de que alguien te siguiera el juego, pero nadie lo hizo porque todos seguían enfrascados en sus propias anécdotas del día —. ¿Qué dices? —te dirigiste hacia mí.

— Sí, claro —contesté nervioso porque nunca había cruzado más de dos palabras con alguien que acababa de conocer. Tal vez mi instinto de supervivencia se activó y me advirtió del peligro que corría si seguía a tu lado, pero no lo supe escuchar—. Benjamín, tengo que irme —alcé la voz y le entregué los documentos y los bolígrafos —. Muchas gracias por dejarme participar, te veo después.

Me alejé de ellos entre aplausos mientras forzaba una sonrisa y avanzaba hacia la salida de la universidad, pero alcancé a ver que tú no aplaudías, Leonardo. Tú te

cruzaste de brazos y me seguiste con la mirada. Todo fue tan extraño que me sentí mareado, con la garganta seca y las manos temblorosas. Tal vez se debía al calor. De cualquier manera, aceleré el paso y desaparecí de tu vista entre los estudiantes que descansaban en los jardines y los adoptantes que caminaban con sus nuevos amigos de cuatro patas.

La mezcla de emociones que nacieron en mí cuando te conocí se desbordaba siempre que te volvía a ver, lo descubriría esa tarde. Era una combinación entre querer que te alejaras, pero al mismo tiempo que me invadieras.

Cuando el transporte que me llevaba a casa había recorrido más de la mitad del camino descubrí que no tenía conmigo mi mochila y ahí había guardado las llaves de mi casa. Por suerte traía en mi pantalón unas monedas que fueron suficientes para pagar el pasaje. Las llaves y mi billetera con el resto del dinero se habían quedado dentro de la mochila que dejé en el salón de Benjamín. Mi madre regresaría hasta tarde y nubes grises comenzaban a tapizar el cielo que unas horas antes se veía despejado. En ese momento pensé que sería buena idea caminar de regreso a la universidad, que por fortuna seguía abierta porque algunos profesores habían dado la oportunidad a sus estudiantes de acudir y recibir asesorías para sus trabajos parciales.

Realicé mi camino en modo automático. Mi mente estaba perdida en un mundo alterno, en un universo paralelo, en una dimensión desconocida. Incluso me preguntaba si lo que acababa de pasar había sido real. Los pasos elevaron mi calor corporal y de mi frente brotaron gotas de sudor que recorrieron mi rostro y cayeron al suelo.

Eran casi las 6:30 de la tarde cuando entré al salón de clases donde había dejado mis cosas. Comenzó a llover y el ruido de las gotas que golpeaban las ventanas me regresó a la realidad. Tomé la mochila, la puse sobre mis hombros y caminé hacia la salida.

Y ahí estabas de nuevo.

Salías del último salón al final del pasillo y cuando me viste te recargaste en el marco de la puerta como si fueras dueño del lugar y tuvieras la facultad de decidir quién entra o quién sale. Ya no llevabas puestas las gafas de sol, así que pude ver tus ojos que eran como pequeñas avellanas nocturnas que me transformaron en una

ardilla tímida que planeaba robarlas. Durante una milésima de segundo alcancé a ver en tu rostro una expresión de sorpresa que se borró de inmediato, para dar paso una vez más a tu sonrisa.

Me sentía intimidado, Leonardo. Mi andar siempre ha sido torpe e inseguro. A pesar de que el pasillo estaba vacío, me sentí acorralado. Solo habíamos cruzado unas cuantas palabras y eso bastó para sentirme obligado a saludarte de nuevo. Tal vez debí haber seguido mi camino y si alguna vez te encontraba de nuevo y me preguntabas por qué te había ignorado, culparía a mi torpeza y diría que no te reconocí. Pero era demasiado tarde. Nuestras miradas ya se habían cruzado y mis pasos autónomos me llevaron hacia ti.

— Hola —una vez más fuiste tú quien habló primero—. ¿Qué haces aquí?

— Vine por mi mochila —pude inventar cualquier excusa, la honestidad no era importante, pero el inconsciente me traicionó—. La olvidé esta tarde. ¿Y tú?

— Vine a dejar a una chica con la que salgo —dijiste como si yo necesitara explicaciones—. La invité a comer.

— Qué bien. Bueno, nos vemos después —intenté cortar la conversación.

— Espera, te acompaño. Yo también me voy de aquí.

A pesar de que la lluvia había cesado, todavía caían algunas gotas de manera aleatoria y unas cuantas aterrizaron en mis lentes, así que me los quité. Yo miraba hacia el suelo y tú me mirabas a mí, podía sentirlo. Casi al finalizar el estacionamiento te detuviste, avancé un par de pasos más y me detuve también.

— ¿Cómo te vas a tu casa? —preguntaste.

— Tomo la ruta que llega al centro.

— ¿Qué? —tu expresión me sobresaltó, casi parecías ofendido—. De ninguna manera.

— ¿Por qué no? —repliqué.

— Hay mucha gente esperando el transporte y todos están empapados —aseguraste.

— Ya lo he hecho antes —contesté sin entender a qué te referías.

— Eso no importa. Ven, yo te llevo a tu casa.

— No, muchas gracias —me reí porque comenzaba a sentirme nervioso—. No es necesario.

— Claro que sí —insististe—. Mira cuánta gente hay. Te aseguro que el transporte va a ir súper lleno y te puedes lastimar.

— No, de verdad, estoy acostumbrado...

— Vamos —me tomaste de la mano, caminamos hacia tu auto y comenzaron a pasar por mi cabeza todas las veces que mi madre me había dicho que no hablara con extraños, que no me acercara a los extraños y, por sobre todas las cosas, que no me subiera a automóviles de extraños. Claro que esos consejos me los daba cuando tenía siete años, pero estoy total, completa y absolutamente seguro de que aplican para toda la vida.

De saber todo lo que seguiría luego de esa noche habría soltado tu mano. Me habría dirigido hacia la salida de la universidad y habría corrido hasta llegar a Plutón para estar fuera de tu alcance. Eso habría evitado nuestros encuentros posteriores y yo no estaría sentado en el piso de mi habitación con una cobija tejida de fantasmas que me regrese la capacidad de sentir calor y tú nunca habrías tenido a alguien que siempre hizo todo lo que tú pedías. O tal vez sí. Porque los tuviste. Pero ninguno de ellos era yo.

Solo había unos cuantos coches dispersos por los cajones del estacionamiento. Después me contarías que tu automóvil era un clásico. Una pieza exclusiva de la década de 1980 que querías como a un hijo. Era un vehículo rojo descapotable de dos puertas. No recuerdo el modelo, yo siempre fui muy malo para identificar las marcas de los autos. Para mí solo existen dos tipos: carros y camionetas.

Me soltaste la mano para buscar tus llaves, abriste la puerta del copiloto y te disculpaste por el desorden. En el asiento tenías un portafolio, una chamarra, varios folders, una lonchera y tu ferocidad disfrazada de inocencia. Hiciste un ademán para indicarme que me subiera. Me senté y cerraste la puerta tan fuerte que temí que no se volviera a abrir jamás. ¿En qué pensaba? Había caminado de la mano de un extraño y me había subido a su auto.

— ¿Cómo sé que no eres un secuestrador? —fue lo primero que dije cuando ocupaste tu lugar detrás del volante y tú te reíste, te reíste con ganas.

— ¿Un secuestrador? ¿Tengo cara de ser un secuestrador?

— N-no —tartamudeé—. O no sé. Nunca he conocido a uno.

¿Sabes? Habría sido mejor caer en las manos de un secuestrador, él me habría hecho menos daño.

— No, no soy un secuestrador —aseguraste con una media sonrisa—. ¿A dónde te llevo? —decías al girar la llave para encender el motor.

— Avanza hacia la avenida principal, no vivo tan lejos.

Comenzó a llover de nuevo. No hablamos demasiado durante el trayecto, pero hiciste las preguntas necesarias para saber algunas cosas sobre mí. Te dije que tenía 19 años y supe que tú cumplirías 20 en un par de meses. Fijé la vista al exterior de la ventana y aun así podía sentir cómo te distraías y me mirabas.

Cuando te detuviste en un semáforo en rojo te pedí que por favor te concentraras en el camino y tú me preguntaste si tenía miedo.

— No —respondí—. Pero no creo que sea buena idea que te distraigas mientras conduces. Sobre todo en medio de la lluvia.

— No quiero —dijiste—. No puedo dejar de mirar a alguien tan guapo como tú.

Esas fueron las palabras que lanzaron lejos las nubes de confusión que me empañaban y que sin duda me acompañarán por el resto de mi vida como si se tratara de un ejemplo de lo que nunca debo decir si coqueteo con alguien. Por suerte una pequeña pizca de cordura se quedó conmigo esa noche y me impidió abrir la puerta para salir del auto en ese momento. Te miré a los ojos por primera vez desde que me puse el cinturón de seguridad y descubrí que tenías una sonrisa de satisfacción porque creías que había caído en tu trampa. Esa frase fue para ti un gol anotado por tu ego, pero en realidad se escuchó como un intento desesperado por querer derretir un bloque de hielo dentro de un congelador.

El semáforo cambió a verde y avanzaste orgulloso de ti y del conquistador en el que te habías convertido. Me pregunto si volviste a utilizar ese método con otros chicos y si alguno de ellos lo había considerado como algo romántico y encantador. Dijiste que te deseabas que fuéramos a cenar, pero que tenías un compromiso y, que de hecho, ya ibas tarde. Te indiqué un lugar en el que me podías dejar y que no te desviaba de tu ruta, pero insististe en acercarme más a mi casa con la excusa de que de cualquier modo tenían que esperarte.

Siempre terminas de hacer lo que quieres, Leonardo. También lo comprendí conforme te conocía. Pero esa noche no me daría cuenta. Esa noche, a pesar de

tu fallido intento por cautivar me con una frase cursi y genérica, se la dedicaría a mi confusión causada por haber sido raptado por alguien que me tomó de la mano sin temer que le respondiera con un golpe en la cara y que me llevó a casa mientras llovía. Esa noche fui secuestrado por ti y algo que también descubriría más adelante es que el precio por mi rescate era demasiado elevado.

Te estacionaste en la entrada de mi calle y apagaste el motor. Me preguntaste si tenía hambre y yo te dije que no. Sin embargo, no me había dado cuenta de que ese día no comí nada hasta que lo mencionaste.

— Gracias por traerme —dije mientras abría la puerta para salir—. No te hubieras molestado.

— No agradezcas, fue un placer.

— Adiós —quería que esa fuera mi última palabra para salir de tu auto lo más rápido posible, pero tú me detuviste tomándome del brazo.

— Espera. ¿Cómo te llamas?

— Mateo.

— Mateo —saboreaste mi nombre entre tus labios—. Yo soy Leonardo.

Ya lo sabía, tal vez no recordabas que Benjamín te llamó por tu nombre cuando te saludó.

— Bueno, gracias, Leonardo —insistí en querer bajarme.

— Te veo mañana en el instituto —afirmaste como si ya hubiéramos acordado que nos encontraríamos en los pasillos.

Y cerré la puerta de tu auto porque no había nada más que decir.

No me detuve a ver si te alejabas o si me seguías con la mirada. Caminé de prisa hacia mi casa porque tenía frío. Abrí la puerta y Max me recibió con el movimiento efusivo de su cuerpo. Le coloqué su correa, dejé mi mochila, tomé una chamarra y comenzamos a caminar sin rumbo. Max olfateaba, aceleraba el paso, marcaba su territorio y cada tanto volteaba para comprobar que aún siguiera detrás de él. Me miraba con su carita ladeada, como preguntando «¿qué tienes?».

Max es el confidente perfecto para contarle todo lo que me pasa. A él no le interesan en lo más mínimo las preocupaciones. Vive sin dramas. No hay futuro o pasado para él. Salta en los charcos cuando quiere saltar. Entra y sale porque sabe que es bienvenido en todas partes. Max no debe saber nada de confusiones, chicos

tomándose de la mano o etiquetas sociales. Tenía que sacar de mi pecho todo lo que ocurrió ese día, pero no sabía por dónde iniciar, así que tomé aire hasta que mis pulmones estuvieron a punto de reventar, lo dejé escapar lentamente para alargar ese momento lo más que pude y por primera vez sinceré mis sentimientos frente a un ser vivo.

— Estar contigo es demasiado fácil porque no te fijas en las cosas que les aterran a las demás personas. No me condicionas por la música escucho o los zapatos que uso. Eres libre de irte cuando quieras y no lo haces porque sabes que conmigo tienes cariño, cuidados y comida. Sobre todo comida. Cuando llego de la escuela me recibes con toda la alegría que puede caber en tu peludo cuerpo y a cambio solo me pides que rasque tu barriga. Haces que el amor sea demasiado sencillo. ¿Sabes cuál es el problema con el resto del mundo? Se escandalizan por todo y le dan demasiada importancia a lo que hay en la entrepierna de las personas. Hoy conocí a alguien. Un muchacho. Ya sabes, un espécimen del género masculino. En otras circunstancias no tendría nada de extraño. Pero me tomó de la mano y yo lo permití. ¿Entiendes? Tal vez pienses que eso no significa nada, pero después dijo que yo era muy guapo. Uno dice ese tipo de cosas a otros chicos, así como así. Creo que lo más extraño es que nada de eso me molestó, me hizo sentir, no sé, bonito —Por lo visto a Max le pareció demasiado banal mi problema porque prefirió alcanzar a otro perro que pasaba por ahí y se comenzaron a olfatear.

Las relaciones humanas nunca han sido algo que mereciera mi atención. En la preparatoria contemplé la posibilidad de que me gustaran los chicos. Cuando estaba en tercer semestre salí con alguien de sexto como por dos semanas. Era amable, paciente y educado, pero me rendí ante la abrumadora sensación de que hacía algo incorrecto y un día lo vi besándose con una de sus compañeras detrás de la cafetería, eso fue un gran alivio para mí porque encontré el pretexto perfecto para decirle que ya no quería que me buscara. Me buscó durante dos días seguidos y supongo que al no obtener respuesta se aburrió. Por suerte nadie conoció ese capítulo de mi vida.

Con las chicas es diferente. Soy demasiado tímido y nunca sé cómo reaccionar al contacto físico. A principios de la universidad salí con la prima de una de mis compañeras. Todo iba bien, ella era muy guapa y me gustaba su cabello que olía a

manzanilla. Una vez salimos de fiesta y ella me dijo que sus padres no estarían en casa esa noche, supongo que sabrás qué significa. Cuando llegó la hora de irnos fingí que había perdido las llaves del carro y le pedí que se fuera con sus amigas. Ella insistió en ayudarme a buscarlas, pero le pedí que se fuera a descansar. Después llegué a casa y temblé durante toda la noche. Soy un héroe, lo sé. Así que dejé pasar todo el tema de las novias, los novios, los besos y las casas solas y me quedé con la idea de que algo andaba mal en mí, pero tampoco le di importancia.

Al entrar a casa luego del paseo entró también el recuerdo de Benjamín hablándome de ti a principios del semestre, antes de conocerte. Me propuso que hiciéramos algo grande, algo que dejara huella de nuestros años de universidad. Estábamos almorzando en las jardineras del instituto cuando tocó el tema.

— ¿Has pensado en mi propuesta?

— ¿Cuál? —dije sin quitarle la vista a mi bolsa de papas con salsa.

— Hacer una propuesta social a la coordinación. Tal vez una colecta de ropa o de papel para reciclar, aún no lo he definido.

— Ah, ya —traté de mostrar todo el desinterés posible para que no hiciera falta mayor explicación—. Gracias, pero no gracias.

— ¿Por qué no?

— Porque este semestre tengo el horario más feo del mundo. A veces entro muy temprano, otras veces después del mediodía y a veces, como hoy, tengo inútiles horas libres entre clases que no alcanzan para nada.

— Bueno, pero igual sabes que puedes venir a los eventos y reuniones cuando quieras.

— Gracias. ¿Ya hay personas interesadas en tu proyecto?

— Ya. La mayoría es de estudiantes con los que ya había platicado. Está una de tus compañeras, otro estudiante de último semestre y un chico que se ha estado juntando mucho con nosotros. Es muy raro. Siempre habla de su novia, de recetas de mascarillas y de todos los musicales que han ido a ver juntos.

— Qué cursi —comenté y puse los ojos en blanco.

— Mira, es él —dijo Benjamín mientras sacaba de su mochila un folder que tenía las solicitudes de los aspirantes. Ahí estabas tú. En una fotografía infantil a color. Un pequeño rectángulo de papel almacenaba tu cara, tus datos y tu maldad.

Tu voz diciéndome guapo, tu rostro en tu credencial de estudiante, Benjamín hablando sobre ti y el latido de mi corazón que parecía tener una bocina integrada fueron los patrocinadores una noche consumida por el insomnio.

Al día siguiente llegué más temprano de lo habitual al instituto para hablar con Benjamín y contarle todo lo que había sucedido. Quería preguntarle qué más sabía de ti o, en específico, qué más sabía sobre tu novia. Me dirigí hacia el aula en la que acostumbraba a reunirse con sus amigos del comité y estaban en medio de una junta. Benjamín rendía informes sobre la jornada de adopción y fue tan grande mi pena por haberlo interrumpido que la sangre subió a mis mejillas y convirtió mi rostro en una señal de *alto*. Al fondo del aula estabas tú. Le dije a Benjamín que lo buscaría después y salí de ahí.

Las clases me distrajeron lo suficiente como para dejar de pensar en el tema por unas horas, hasta que te vi caminando afuera de mi aula. Mirabas hacia todas direcciones. Pensé que me buscabas y esa idea me asustó.

No lo pensé mucho, pedí permiso para salir y te alcancé a mitad del pasillo.

—Hola— dije mientras caminaba a tu paso.

—¿Por qué no me saludaste?—dijiste en un tono que se pareció mucho a un reclamo.

—Lo acabo de hacer—respondí confundido.

—No ahorita, cuando interrumpiste la reunión.

—Ah, eso—mentir nunca se me ha dado bien y eso era evidente—. Porque no te vi.

—No es cierto, sí me viste—aseguraste—. Te sonrojaste y te fuiste.

—Bueno, ya. Sí te vi—bajé la mirada—. Pero me dio pena haber interrumpido y por eso me salí.

—Eso fue divertido—tu semblante serio cambió y dio paso al rostro amable que conocía—. Todos nos reímos cuando cerraste la puerta. Me hubiera gustado que entraras a darme un abrazo.

—¿Frente a todo el mundo?—pregunté.

—Tienes razón, se habrían escandalizado.

—Bueno, no importa—dije para cambiar de tema—. Te quiero preguntar algo.

—Dime.

Quería preguntarte si era verdad que tenías novia. También quería saber a qué se debía toda esa persecución del día anterior. Pero la pizca de cordura que me impidió salir de tu auto en el semáforo rojo atacó de nuevo y cambió la estrategia. ¿Quién me creía que era para indagar sobre tu vida privada? Aunque ya no solo se trataba de ti, ahora yo estaba involucrado también porque me tomaste de la mano, me subiste a tu coche y me llevaste a casa. El problema conmigo es que siempre busco respuestas donde muchas veces no hay preguntas. Tal vez ni siquiera te gustaban los chicos. Tal vez te dio lástima saber que me mojaría bajo la lluvia y decidiste hacer algo bueno por alguien esa noche. Tal vez así eras con todas las personas. Tal vez solo querías conocer a un nuevo amigo y yo ya me había hecho una película en la cabeza. Entonces, en vez de preguntarte sobre el asunto de tu novia y cuestionarte por lo que hiciste por mí, hice algo peor.

— ¿Qué película se estrena el viernes? —por tu expresión pude darme cuenta de que no es la pregunta que esperabas—. Ayer dijiste que había una función que te llamaba la atención y que irías con Benjamín y sus amigos.

— ¿Por qué? ¿Quieres venir?

— No. Simple curiosidad.

— En realidad nadie irá. Nada más lo dije para ver si tú querías ir —soltaste sin más.

— ¿En serio?

Te detuviste y pensé que me tomarías de nuevo la mano, pero solo te recargaste en la pared y cruzaste los brazos. Claro que no me tocarías. Estábamos en medio del corredor, todo el mundo andaba por ahí, lo había olvidado por un momento. Había algo curioso las primeras veces que estaba contigo: toda la humanidad desaparecía, era como si nada más estuviéramos tú y yo, y por eso me dejaba llevar con facilidad.

— ¿A qué hora terminan tus clases mañana? —cuestionaste.

— A las 6.

— Yo salgo a las 12 —continuaste—. Pero vendré por ti a las 5:30. ¿Ya terminaron tus clases hoy?

— No —respondí—. Salí porque te vi pasar. ¿Qué haces aquí?

— Vine a buscarte —dijiste como si fuera lo más obvio del mundo—. Te veo mañana —te incorporaste, me diste una palmada en el hombro y te fuiste.

Te veo mañana era tu forma habitual de despedirte. Teníamos el mañana ganado, dominábamos la incertidumbre. Ojalá existieran las pastillas del mañana, tendrían el efecto de hacer que los días pasen más rápido. Tomaría las suficientes para que pronto llegue el momento en el me sienta estúpido de haberte esperado tanto. ¿Y qué si me pierdo los atardeceres, días de lluvia y noches de luna llena? De cualquier manera llevo tanto tiempo sin vivir que ya ni me daría cuenta. Mi yo de ese día en nada se parece al de ahora. Mi yo del pasado creía en el mañana y contaba las horas con la certeza de que siempre faltaba un poco menos para estar contigo de nuevo. Veía cómo te alejabas y volteabas cada ciertos pasos para despedirte al tiempo que rompías el aire con tu mano hasta desaparecer entre el mar de estudiantes que no tenían ni idea de lo que ocurría entre nosotros mientras todos estaban en clases. Y cuando no estabas, solo me quedaba esperar a que fuera mañana para volverte a ver.

Aquel viernes yo no salí a las 6 y tú no llegaste a las 5:30. Resulta que las clases terminaron mucho antes porque los profesores dividieron a los grupos en equipos para evaluar los avances de nuestros trabajos. Cuando salí del salón creí que me daría tiempo de ir a casa, dejar mis cosas y cambiarme de ropa, pero en el camino hacia la salida tuve otro pensamiento que jamás debió llegar a mi mente. Tal vez no tendría que enfrentarte directamente si averiguaba la verdad por mi propia cuenta.

Fui a la biblioteca y activé la navegación privada. Ingresé mi correo, mi contraseña y tecleé tu nombre en el buscador de Facebook.

Seis resultados principales, pero una fotografía de perfil con tu sonrisa que convirtió mi respiración en una bomba de tiempo. Estabas en la playa, el sol besaba tu espalda y el viento pasaba sus dedos por tu cabello, llevabas puesto un traje de baño azul y las mismas gafas que usaste el día que te conocí. Era una fotografía reciente, de unos cuantos meses atrás. Tu información era privada, pero había una imagen destacada que llamó mi atención. Estabas acompañado de una chica muy guapa, de ojos grandes, labios carnosos, hoyuelos en las mejillas y cabello largo y ondulado. Ambos se encontraban en una cocina y se abrazaban, usaban un mandil y tenían manchas de harina en la cara, quizás esperaban a que algo se terminara de hornear. Entré a su perfil y a diferencia del tuyo, el de ella era público.

Mariana. Tú estabas con ella en su foto de perfil, se encontraban en la misma playa. Ella te abrazaba por la cintura y te miraba como si estuviera frente a una obra de arte o una estrella de rock mientras tú mirabas a la cámara.

Casi en todas sus fotografías estaba contigo: en la playa, en la cocina, en el jardín, en el cine, acompañados por más amigos, en una fiesta de disfraces, frente al espejo, en un café... ahí estaban las mascarillas, las citas y los musicales. Lucían enamorados, sentí algo parecido a la envidia. En cada una de las imágenes ella te admiraba, se acurrucaba en tu pecho o te besaba en la mejilla.

La fotografía más antigua que ella tenía contigo había sido publicada dos años antes, vestían de gala y se encontraban en un jardín adornado con luces de navidad. Mariana sostenía un ramo de flores y se miraba muy emocionada. Tú la abrazabas y le dabas un beso en la frente.

Me sentí terrible por ella. Una escalofriante sensación recorrió mi cuerpo, como si acabara de cometer un crimen y ahora tuviera que preocuparme por borrar todas las evidencias para no ser descubierto. Me quedé congelado. Quise encontrar cualquier explicación que justificara el atrevimiento con el que me tomaste de la mano y me dijiste todas esas cosas cuando me llevaste a casa. No pude. Era improbable que se tratara de una amiga a la que querías como si fuera una hermana. Pero... tal vez ya habían terminado su relación y ella aun no borraba las fotos. Sí, eso era. Tuve suficiente, fui demasiado lejos investigando sobre tu vida privada. Me convencí de creer esa explicación que me acababa de inventar y me dispuse a cerrar sesión hasta que vi que la última imagen contigo la había publicado tres días antes de que nos conociéramos: *Gracias por estos dos años juntos, te amo.*

Había olvidado por completo que me encontraba en la biblioteca.

— Le recuerdo que está prohibido usar los equipos de la escuela para entrar a redes sociales —me llamó la atención la bibliotecaria.

— Lo sé, lo siento —respondí nervioso—. Es que mi teléfono se quedó sin pila y uno de mis compañeros olvidó darme unas copias.

Tomé mis cosas y salí a toda prisa del edificio. Me escondí detrás de un arbusto. Sentía la boca seca y mi corazón latía tan fuerte que temí que se saliera por los oídos. Abrí mi mochila para buscar mi botella de agua y vi que mi celular tenía la pantalla encendida: tres llamadas perdidas. No sabía quién te creías que eras o a

qué querías jugar, pero yo no iba a participar en el crimen que querías cometer. En ese momento entró una nueva llamada tuya y miré la pantalla un par de segundos. Decidí contestar, tenía un par de cosas nada amables para decirte. Entonces descolgué y...

— ¿Por qué no contestas? —reclamaste.

— Eh... porque... yo...

— Bueno, no te preocupes. Ya estoy en el estacionamiento, aquí te espero —colgaste.

Me levanté y caminé con pasos de plomo para enfrentarte y preguntarte de qué se trataba todo esto. En realidad ni siquiera se trataba de mí. No podías estar mintiéndole con tal crueldad a una chica que te llevaba en sus pupilas, en su sonrisa y en su foto de perfil. Yo no lo podía permitir y mucho menos podía participar en ello.

Estaba muy nervioso, nunca antes había enfrentado a alguien y no sabía por dónde empezar.

Te vi y la bola de nieve cargada de palabras obscenas que pretendía aventarte a la cara se derritió. Y no fue por verte recargado en tu coche mientras te bañaba la luz del atardecer. No fue porque sonreías como un niño pequeño que entra a una dulcería y encuentra sus gomitas favoritas. No fue porque mientras me acercaba me invadía tu aroma, que ya me era fácil de reconocer. Tampoco fue porque de repente te convertiste en un imán que me atrajo hacia ti y me hizo sentir que contigo todo era demasiado sencillo. Fue porque no pude comprender cómo alguien que parecía tan inocente y ajeno a toda maldad era tan amable conmigo y al mismo tiempo hacía algo tan cruel a alguien más. Te encontré recargado en el cofre de tu auto. Te mirabas tan guapo. Maldigo a mi memoria por recordar cada detalle tuyo. Tus brazos cruzados, el sol reflejándose en tus gafas oscuras y la sonrisa que apareció cuando me viste llegar.

— ¿Estás enojado porque llegué tarde? —susurraste mientras estrechabas mi mano y me acercabas a tu cuerpo para aprisionarme en un abrazo.

— No.

— Te llamé para avisar. Attendí un compromiso que no tenía previsto, lo siento.

— No, no es eso —exclamé.

— ¿A qué te refieres?

La cobardía tapó mi boca y preferí mentir para apuntar otro error a mi historial de vida.

— Es que me quedé con mi equipo para resolver unas dudas y tenía mi teléfono en la mochila.

— Bueno, lo siento —te disculpaste una vez más.

Subimos a tu coche y la incomodidad nos mantuvo en silencio.

— ¿Todavía quieres salir conmigo? —Quisiste poner subtítulos a mi expresión.

— Ajá —respondí con la mirada puesta en tus manos.

Con el paso del tiempo he comprendido que las lágrimas que salen de mi cuerpo son la cuota de las malas decisiones que tomé conscientemente. Elegí quedarme contigo y eso fue peor que haber permanecido dentro de una casa que está en llamas, incluso estando justo a un lado de la salida. Debí haber dicho que no. Debí haber tomado mi dignidad, bajar del auto y alejarme de ti. Debí haberte cuestionado sobre lo que acababa de ver. Debí preguntarte si pensabas en ella cuando estabas conmigo.

Me sentía débil. A pesar de saber que tenía un montón de opciones, estaba bloqueado y perdido al mismo tiempo. No podía dejar de pensar en una chica a la que ni siquiera conocía. Pensaba en sus ojos, en su sonrisa, su cabello, en su cabeza recargada en tu pecho, en tus labios sobre su frente, en sus manos entrelazadas y cómo ella te recibiría con un beso cada que volvías a sus brazos.

Tenía que dejar de darle tantas vueltas al asunto, mis opciones se limitaban a dos: huir o enfrentarte. Recorrimos el camino en silencio y cuando llegamos al estacionamiento del centro comercial decidí que no tenía que decidir, te enfrentaría para saber qué pretendías y después huiría. Así que me calmé y me dispuse a encontrar el momento adecuado para hablar contigo. No había mucha gente en el cine a pesar de ser viernes, pero aun así no creía que fuera prudente tener *esa* conversación entre la taquilla y la dulcería. No sabía por dónde iniciar, ni siquiera sabía qué quería decirte exactamente. «Oye, Leonardo, fíjate que estuve husmeando en tus redes sociales y descubrí que tienes novia desde hace dos años, pero hace dos días me tomaste de la mano y me llamaste guapo con un evidente tono de coqueteo. No sé si sepas que lo que haces es cruel y que debería darte un puñetazo

en la cara. Por cierto, ¿dónde conseguiste tus gafas? Quiero comprarme unas así.» Bueno, ese discurso no estaba tan mal, se había convertido en mi segunda opción.

La tensión entre los dos disminuyó cuando me pediste que te esperara porque tenías que ir al sanitario. Pensé cambiar de actitud y me adelanté a comprar los boletos para demostrarte que estaba todo bien, pero aún no me habías dicho qué película querías ver. Los minutos esperándote a solas me ayudaron a determinar que hablaría contigo cuando saliéramos del cine porque no sabía cómo reaccionarías y no quería montar un espectáculo en medio de una plaza pública. Me esforcé en relajarme. No hicimos nada malo. Tal vez me dejé llevar un poco, pero eso había sido antes de entrar a tu perfil. Bueno, quizá lo único malo que hice fue eso: entrar a tu perfil. Pero todo el mundo entra a perfiles ajenos sin intención de querer descubrir algo. En todo caso se suponía que yo no conocía tu estado sentimental y nada había pasado entre nosotros... salvo tomarnos de las manos, pero eso no significaba gran cosa. ¿O sí?

El dilema se apoderaba de nuevo de mi mente y lo peor es que ya había divagado demasiado y entre más pensaba las cosas, menos sabía qué hacer. Además la decisión ya estaba tomada, así que no tenía caso seguir dándole tantas vueltas al asunto. Hablaría contigo más tarde y ya. En ese momento éramos solo dos amigos que iban a ver una película y nada más. Un suspiro de alivio nació en mi pecho porque creí que todo estaba solucionado. Bajé de la nube a la que me habían llevado mis pensamientos justo a tiempo para ver que te acercabas y también me percaté de que habías llamado la atención de dos empleadas que estaban en la taquilla y debatían sin disimulo para ver quién de ellas te atendería.

Esa escena me causó gracia, nunca voy a olvidar la expresión que pusieron después de ver que te acercaste a mí con una confianza que me pareció invasiva, por un instante pensé que ibas a besarme. Solo un par de centímetros separaban mi nariz de tus labios. Vi por primera vez las líneas de expresión que se dibujan alrededor de tus ojos, esas que tanto odias y que con el tiempo se han marcado más. La distancia que nos separaba era íntima. Tus ojos me hipnotizaron, tu aliento empañó mis lentes y tú eras lo único que vivía en todos los rincones de mi mente.

— ¿Ya no estás enojado conmigo? —susurraste tan bajito que no estoy seguro de si te escuché o si leí tus labios.

— No —fue lo único que mi cerebro pudo formular a modo de respuesta.

Sonreíste y te separaste con la misma agilidad con la que te habías acercado. Te dirigiste hacia la taquilla y las chicas de la estaban tan decepcionadas que no cabían en sí mismas de la desilusión. Para sorpresa de nadie yo estaba sonrojado, alegre, entero.

Antes de alcanzarte me permití admirarte durante un segundo más. Quería abrazarte por la espalda, tomar de nuevo tu mano y después recargarme en tu pecho como... como ella lo hacía. ¡Basta! Reprimí mi fantasía y llegué a ti con toda la normalidad que mi juicio me permitió. Estabas pagando los boletos y no me dejaste dar el dinero de mi entrada. Eso me incomodó, Leonardo. Yo había sido completamente despreciable unos minutos atrás y tú tenías demasiadas atenciones conmigo. No me malinterpretes, no era tu amabilidad la que me hacía perder la paciencia, era más bien el hecho de que seguía sin entender a qué se debía tu actitud. No es que no lo mereciera, es que nadie había sido así conmigo y yo no sabía de qué otra manera reaccionar.

Estoy seguro de que sabes que ese es el efecto que causas en las personas. Estás acostumbrado a robar el aliento y a llamar la atención en cada lugar que pisas. La seguridad que proyectas siempre me resultó intimidante y atractiva. Sabes hacer uso de esas cualidades y tal vez es por eso que nadie te ha dicho que también eres indeciso, presumido, arrogante, hueco y mentiroso. Aunque ese día no me sentía así, ni me había dado cuenta de todas tus dimensiones. Ese día éramos dos amigos que pagaban un boleto de cine con un poco de su juventud, pero que cada vez se acercaban más y yo no hacía nada para evitarlo.

— ¿Palomitas? —te adelantaste a preguntar.

— Esas corren por mi cuenta —respondí sintiéndome afortunado por estar vivo en ese pedacito de tiempo que me había permitido coincidir contigo.

Entramos a la sala y estaba vacía. Pensé que solo estaríamos tú y yo, poco a poco llegaron más personas. Elegiste unos asientos que estaban demasiado cerca de la pantalla para mi gusto, pero no protesté. Nada era como a mi gusto cuando estaba contigo y aun así era perfecto.

La película era algo extraña. El destino del mundo dependía de una chica de 16 años (o 17, no recuerdo) que había descubierto que la sociedad en la que vivía

era una mentira creada por el gobierno, no para proteger a sus habitantes, sino para proteger un secreto que desataría una guerra si era descubierto. Me esforcé por entender la película, mi mente divagaba demasiado con todo lo que tenía que resolver: mi propio secreto y mi propia guerra. Y como una señal que no pedí, me tomaste de la mano y yo la quité como si me hubieran acercado una barra de hierro ardiente. Me preguntaste al oído si me molestaba, una vez más te acercaste tanto que el calor de tu aliento acarició mi mejilla.

— Es que me da pena porque mis manos están sudando —te dije y en parte era cierto.

Me ofrecías todo lo que jamás había imaginado que quería. Y no sabía que lo quería porque no lo conocía. Nunca fui de los que soñaban con tener una relación. Mi mayor meta en la vida no era andar con alguien, comer con alguien, salir con alguien, estar con alguien. Y ahora estabas tú, tomando mi mano, regalándome tu tiempo y tu paciencia. Pero estaba mal, Leonardo. No porque fuéramos dos hombres. Esos prejuicios están encerrados en el pasado y en la mente de las personas que no se atreven a aceptar la diversidad. Estábamos envueltos en la mentira y el engaño. Yo por no confesarte que había investigado tu privacidad y tú por ocultarme que tenías novia. Y peor aún, por lo que le hacíamos. Yo también era responsable del daño que podríamos estar causándole a una persona que te amaba y que confiaba en ti, o al menos eso era lo que yo había visto cuando ella te miraba en todas las fotografías. Sentía que me condenaba y cada instante que pasaba contigo quería condenarme más. Y ese es el efecto que tienes. Eres adictivo, esa es la mejor manera en la que puedo describirte. Contigo llegó el presentimiento de que de algún modo me harías mal, pero a tu lado empezó a crecer en mí la enorme necesidad de tener más de ti. La necesidad y la confusión nacieron en el primer momento que te acercaste a mí. La necesidad creció y la confusión se convirtió en culpa. La necesidad me consumió por completo a tal grado que siempre aterrizabas en todos mis pensamientos y sentimientos, y la culpa se transformó en un cuervo que anidó en mi cabeza y se alimenta del daño que me hace. He estado los últimos meses en busca de cómo expulsar la sensación de tus manos sobre mi cuerpo y al mismo tiempo quiero que tu nombre ilumine de nuevo la pantalla de mi celular y me digas que mañana nos veremos. Que mañana saldremos a caminar o que

pasarás por mí para ir a cenar. Que mañana vendrás a visitarme y que pasaremos la tarde mirando películas en mi habitación. Lo único que ahora me acompaña es tu fantasma polvoriento, frío y despiadado.

— No importa. A mí me gusta así... me gustas así —Me tomaste de la mano por segunda vez, colocaste mi palma sobre tu pierna, enredaste tus dedos entre los míos y así nos quedamos durante el resto de la película. Y yo lo permití. Y nunca te lo dije, pero yo sentía que me desmoronaba poco a poco porque a pesar del contacto te sentía inalcanzable. Rompiste todas las barreras que construí para impedirte entrar, las rompiste y me sacaste de mi refugio para después dejarme atrapado en ti.

Cuando la función terminó soltaste mi mano y tomaste la canasta de palomitas vacías. Afuera llovía. Caminamos dentro del centro comercial mientras hablábamos de banalidades. Te conté la historia de cómo adopté a Max y tú me hablaste Coco, el erizo que tenías como mascota. Te platicué sobre la tarea que tenía acumulada para las vacaciones de primavera y tú me contaste tus planes para esos días. Me sentía muy cómodo a tu lado, hablando mientras caminábamos sin un rumbo específico. Sentía que podía contarte cualquier cosa y a su vez podía pasar toda la tarde escuchándote. Me gustaba cómo nos veíamos juntos en el reflejo de los aparadores y la sensación tan familiar que tenía tu voz cuando desembocaba en mis oídos.

La lluvia se detuvo y nos fuimos a tu auto. Invoqué la mayor cantidad de valor posible para confesarte todo e invadirte de preguntas. Tomé aire y antes de hablar me sorprendiste con una pregunta que no vi venir.

— ¿Qué harías si descubrieras que tu realidad es una farsa?

— Supongo que —tuve que tomar un momento para pensar—... querría conocer la verdad. Elegiría correr todos los riesgos con tal de quitar la incertidumbre de mi vida. Las mentiras son como un monstruo que alimentas después de medianoche, puede que al principio parezca inofensivo, pero con el tiempo se vuelve grande y buscará la manera de acabar con todo lo que encuentre en su camino.

— ¿Y si resulta mal? —cuestionaste.

— No importa —confesé—. Incluso si es peligroso y resulta mal puede ser el primer paso hacia la liberación y el descubrimiento de algo mejor. Y si no resulta como lo imaginaba, puede ser el inicio del cambio, puede que mi búsqueda de la verdad libere a alguien más y si eso sucede, el riesgo habrá valido la pena.

Creo que tus preguntas eran consecuencia de la película, pero conforme las palabras salían de mi boca me invadía un sentimiento de culpa porque era precisamente lo que yo no hice. No fui honesto contigo. Tu pregunta me llenó de inquietud, pero también de la necesidad por saber si a ti te afectaba tanto como a mí el ocultar algo. Y lo que dijiste después me dejó con la sensación de tener atorado en el pecho algo grande, algo pesado, algo con púas que me quitaba la capacidad de respirar.

— Por eso es fácil confiar en ti, Mateo. Desde que te vi me diste la impresión que eras alguien a quien podría confesarle cualquier cosa, me gusta estar contigo.

Me llevaste a casa y en el camino nos acompañaba la música, tú me preguntabas si conocía la canción que sonaba y yo decía que no, entonces te adelantabas a los coros y me revelabas las frases que seguían para que pudiera cantar contigo, pero no me atreví, prefería escucharte. Me gustaba la manera en la que cambiabas las velocidades y cómo mirabas por el retrovisor para saber si podías moverte de carril. No era correcto, pero mis sentimientos habían acelerado de cero a cien kilómetros y ya era imposible detenerlos. Al llegar a la entrada de mi calle te estacionaste en el mismo lugar de la última vez, apagaste el motor y arrojaste un suspiro tan profundo que temí que acabaras con todo el oxígeno del mundo.

— Tengo que hablar contigo —dijiste con la mirada fija al frente y las manos tensas sobre el volante.

— ¿Sobre qué? —pregunté con una punzada en el corazón.

— Sobre nosotros.

Repetí «nosotros» en silencio solo para adueñarme de la palabra.

— Pero no hoy —continuaste.

— ¿Entonces cuándo?

— No sé —respondiste—. ¿Te veré la próxima semana?

— Sí, claro. Es la última semana antes de vacaciones, así que estaré en el instituto todo el día. Tengo que terminar algunas tareas pendientes y...

— ¿Tú me mentirías? —interrumpiste.

— No —mentí.

Te quitaste el cinturón de seguridad, giraste sobre tu asiento para mirarme y yo imité tu movimiento. La luz del faro en la calle iluminaba la mitad de tu

rostro y daba a tu piel un tono pálido. Mi respiración se aceleraba y mis manos comenzaban a sudar de nuevo. Permanecimos inmóviles por algunos momentos. Fueron momentos que decoraron las paredes de mi mente y que siguen aquí, sucios como una gran mancha de humedad.

A pesar de la oscuridad podía leer tu rostro, sabía que querías hablar, pero había algo que no te lo permitía. ¿Era Mariana dando vueltas en tu cabeza? Tal vez ella te esperaba ansiosa y ahí estabas tú, persiguiéndome, y yo me estaba dejando alcanzar. La gravedad entre nosotros se hacía cada vez más fuerte y eliminaba el poco espacio que nos separaba, hasta llegar al punto en el que tus ojos eran lo único que abarcaba todo mi campo visual. Una voz en mi cabeza me gritaba que debía irme de ahí, pero yo ya estaba respirando de tu aliento, mi cuerpo se había inmovilizado y tú me tenías acorralado, como si la puerta del copiloto no existiera, como si tú fueras la única entrada y la única salida a donde sea que yo quisiera ir. Y yo solo quería ir hacia ti. Múltiples pensamientos invadían mi mente: la traición, la atracción, tu aroma, el sudor de mis manos, el motor de tu auto, las palomitas del cine, tu rostro iluminado por la luz del semáforo en rojo, el peligro, lo correcto, la primavera, la tarea, la lluvia, tus palabras, las mentiras, el futuro y la ansiedad por saber si estarías ahí. Todo aquello me dejaba desconcertado a tal grado que sabía que yo ya no tenía dominio sobre mí mismo y lo único que la poca cordura que seguía sin abandonarme me permitió hacer, fue pedirte «quédate».

Me derrumbé sobre tus hombros y hundí mi cara en tu cuello. Tú rodeaste mi espalda con tus brazos y acariciaste mi cabello. Cada contacto contigo me demolía y me construía de nuevo. Y yo quería ser moldeado a tu voluntad.

Después de estar en tus brazos todos los demás lugares me parecían demasiado pequeños. Pasé de mi habitación a la cocina, de la sala a la terraza, del jardín al estudio y en todos lados te busqué. Deletreaba tu nombre y me preguntaba si te pasaba lo mismo conmigo. Cerraba los ojos y deseaba encontrarte ahí. Quería que fueras las estrellas, el oxígeno y la luz, y cuando por fin se hizo de noche detrás de mis párpados mi deseo te convirtió en madrugada.

El día de nuestra segunda cita era gris, pero era un hermoso tono de gris. Los días anteriores no nos habíamos encontrado en el instituto y no había recibido llamadas ni mensajes tuyos. Tampoco hice algo por buscarte porque supuse

que estabas ocupado. La última vez que nos vimos dijiste que tenías que hablar conmigo y durante todos esos días pensé en un montón de opciones y cada una de ellas me ponía más nervioso que la anterior. Llegué a pensar que querías hablar sobre cómo te habías sentido incómodo con mi cercanía cuando solo querías una amistad. O seguro me confesarías que eras un prófugo de la justicia y que te encontrabas entre los 10 más buscados (yo habría guardado muy bien ese secreto sin importar la recompensa que ofrecieran por tu cabeza... ah, sí, y sin importar que yo me convirtiera en tu cómplice al encubrirte). O tal vez me reclamarías por tener la moral tan perdida y no respetar tu relación con Mariana, incluso cuando desconocías que yo ya lo sabía todo.

Es curioso que por capricho del clima en esta ciudad cada año la primavera siempre llega con una densa lluvia que dura varias semanas. Veía las gotas caer y aterrizar en la ventana de mi habitación y me preguntaba cuándo sería la próxima vez que te volvería a ver... o si algún día te volvería a ver. Mi mente viajó tan lejos que estuvo a punto de abandonar mi cuerpo para dar paso a una siesta vespertina, pero su retorno se vio forzado cuando mi teléfono sonó y tu nombre iluminaba la pantalla.

El nombre que pronunciaba en silencio durante los últimos días. El nombre nunca había dicho en voz alta porque tenía miedo de que alguien me lo robara. El nombre que yo le robaba a alguien más.

— ¡Hola! —Quise ocultar mi somnolencia, al parecer sin éxito.

— ¡Hola! ¿Te desperté?

— No, para nada. Tenía el teléfono fuera de mi alcance y me estaba estirando para tomarlo —no tuve tiempo de inventar una mentira más absurda.

— Ah.

— ¿Cómo estás? —quise cambiar de tema.

— Bien. ¿Quieres ir a tomar algo?

— Claro, ¿cuánd...

— Perfecto —interrumpiste—. Te veo en una hora en el café que se encuentra en la calle que sube al centro. ¿Sabes a cuál me refiero?

— Eh... sí —contesté un poco desconcertado por la manera en la que asumiste que estaba disponible para llegar justo en una hora.

— ¿Quieres que pase por ti?

— No, está bien, gracias. Ahí te veo.

— Ve con cuidado —lo dijiste más como una orden que como un consejo—. Te dejo, vengo manejando —y colgaste.

Una hora.

Te vería en una hora y todas mis neuronas y mis terminales nerviosas ya estaban impacientes.

La imagen que el espejo me regaló luego de lavarme la cara para despertar me hizo sentir aliviado. Me sentía iluminado, radiante. Pensaba que cualquier cosa que estuviera fuera de lugar se podría acomodar sin mayor problema. No solo me refería a mi aspecto físico, sino también a mis sentimientos, a mis pensamientos, a todo lo que tuviera que ver contigo. Suspiré aliviado y me puse mis botas negras, tomé mi chamarra y salí de mi habitación. Max descansaba sobre su cojín en la sala. Apenas levantó su cabeza para asegurarse de que fuera yo el que iba pasando y cuando lo comprobó regresó a lo suyo. Me incliné a su lado para rascarle la barriga.

— ¿Hago mal, Max? ¿Seré castigado por mis acciones? Tú que eres poseedor de todo el conocimiento sobre el universo, dame una señal.

Max bostezó a modo de respuesta y yo no la supe interpretar.

— Bueno, supongo que no soy merecedor de tu sabiduría infinita. Voy a salir unas horas, adivina con quién. Si deja de llover, prometo que saldremos a pasear cuando regrese y te contaré todo. Pórtate bien y cuando llegue mamá dile que no tardo.

Y Max suspiró.

Llegué a la cafetería 10 minutos antes de la hora acordada. La lluvia me sorprendió en el camino y eso me hizo sentir inseguro y vulnerable. Mis lentes se empañaron apenas entré al lugar, el ambiente se percibía cálido y lo único que quería era ir al sanitario para observar el desastre en el que estaba convertido.

— ¿Te puedo ayudar en algo? —me cuestionó un camarero que claramente estaba de mal humor... o tal vez se basó en mi apariencia y pensó que había entrado a refugiarme y no consumiría nada.

— ¿Dónde está el sanitario? — imité su mismo tono apático.

— Al fondo, pero solo es para clientes.

— Gracias —dije y noté que en su camisa había un pin que decía Agustín.

El intento de bienvenida de Agustín y la sensación de estar hecho un desastre estuvieron a punto de causar que saliera de ahí, y lo hubiera hecho de no ser porque alguien me tomó del brazo para detenerme. Eras tú. Te levantaste de la silla en la que estabas y la sonrisa de tu rostro se borró para dar paso a una expresión de sorpresa. Y esa sorpresa se transformó en una sonrisa nuevamente. Me abrazaste y yo sentí cómo la sangre hervía en mis venas, recorría mi cuerpo y subía a mis mejillas.

— Estás empapado.

— Venía con tiempo de sobra y me pareció buena idea caminar unas cuadas, pero comenzó a llover antes de entrar —dije aun en tus brazos. Y el abrazo fue tan largo que se convirtió en un apapacho.

— ¿Quieres ir a secarte? —preguntaste mientras nos separábamos.

— Sí, es buena idea.

— Ten —te quitaste tu chamarra y me la ofreciste—. Cámbiate para que no te enfermes.

— Gracias —tomé tu chamarra. Al dar la media vuelta vi a Agustín detrás de la barra, estaba mirándonos, se veía más molesto que cuando me recibió. No quise hacerme historias en la cabeza y eliminé todo pensamiento en cuanto entré al sanitario. Cerré la puerta, encendí la luz y descubrí mi reflejo en el espejo que estaba sobre el lavabo. Tenía las mejillas sonrojadas, el cabello invadía mi frente y en mi chamarra se notaban las marcas de humedad. Hice cuanto pude con mi aspecto. Mi estilo al *peinarme* consiste en alborotarme el cabello y esperar a que se acomode por sí solo. Sequé mi rostro, limpié mis lentes y me quité mi chamarra para ponerme la tuya. Tal vez no era necesario, el lugar tenía una temperatura muy agradable y mi camisa no se había mojado, pero el abrazo que me diste al llegar se sintió tan bien que quise inundar mi cuerpo de esa sensación. El espejo me miraba confundido, y yo le regalé una sonrisa para darle seguridad.

Salí del sanitario con mi chamarra húmeda entre mis brazos y recorrí el estrecho pasillo para regresar a ti. Esquivé algunas mesas, a un chico sumergido en su lectura y a una pareja de novios que intercambiaban besos en la mejilla. Agustín se encontraba de pie junto a la mesa en la que estabas y por un momento me pregunté

si ordenabas algo para tomar, pero tu interacción con él estaba muy lejos de ser un trato informal. Al notar mi presencia, cambiaste tu expresión y tu postura se transformó de relajada a tensa. Cuando Agustín vio tu cambio de actitud volteó y al descubrir que yo me acercaba se retiró.

Nunca entendí de qué se trató todo eso y no quiero hacerlo. Tengo algunas teorías, claro: quizá se trataba de un amigo tuyo, tal vez él coqueteaba contigo, tú coqueteabas con él o no fui de su agrado. También le quité toda importancia a ese momento. Tenía suficientes dudas en mi cabeza sobre ti y sobre mí como para añadir más tortura a mis pensamientos. Desde la última vez que te vi no había pensado en otra cosa que no fuera eso tan misterioso que me querías decir y que había tenido que esperar tanto.

Agustín regresó y nos dejó un par de cartas, dijo que en un momento más tomaría nuestra orden y después se alejó.

— Y bien, ¿qué era lo que me querías decir? —me animé a preguntar mientras abría mi carta y miraba el menú para disimular mi impaciencia.

— ¿A qué te refieres? —Fingiste estar sorprendido.

— La semana pasada, cuando salimos del cine, me dijiste que querías hablar conmigo, pero que no sería ese día —dije mientras trataba de decidirme entre chocolate blanco o chocolate oscuro.

— No sé de qué hablas —aseguraste sin dejar de mirarme, lo cual me ponía cada vez más nervioso.

Cerré la carta de golpe y te desafié con la mirada. Me costaba mucho descifrarte y no estaba seguro de a dónde querías llegar con tu falsa demencia.

— ¿Están listos para ordenar? —interrumpió Agustín. Poco a poco ese sujeto iba agotando mi paciencia.

— Sí —decidiste por los dos y me miraste para permitirme que yo ordenara primero.

— Yo quiero un moka blanco, por favor.

— Que sean dos —añadiste—. También queremos dos roles de canela.

— Pensé que no te gustaban —exclamó Agustín mientras tomaba nota de la orden y resolvió mi duda sobre si ya se conocían desde antes—. ¿Les puedo retirar las cartas?

— ¿Quieres algo más, Mateo?

— No, gracias. —le entregué mi menú a Agustín y él se retiró.

Ahí estábamos tú y yo, Leonardo, sentados frente a frente junto a la ventana que era golpeada por la lluvia, con nuestros rostros iluminados por una luz tan tenue que hacía lucir todo más romántico, de fondo sonaban versiones en saxofón de canciones pop contemporáneas. Aún ahora puedo tararear en mi mente las melodías que esa noche ambientaban nuestra conversación.

— ¿Y bien? —me atreví a preguntar una vez más.

— ¿Y bien qué? —hiciste como si no supieras de qué te hablaba.

— ¿Qué era lo que me querías decir desde la semana pasada? —insistí.

— Ya te dije que no sé de qué me hablas.

Comprendí tu juego: querías que insistiera. Darías un montón de vueltas al asunto y al final de la noche se convertiría en un desafío para saber quién era más persistente. Así que cambié de estrategia, dejaría de preguntar y hablaría de cualquier otra cosa. ¿Pero sobre qué se supone que se habla en un café? La única persona con la que asistía (y hasta la fecha lo hago) es con Mónica, mi mejor amiga, a quien llevaba varias semanas sin ver fuera del instituto porque estaba atravesando por una fuerte depresión y había decidido refugiarse por completo en las clases. Y ni Mónica, ni Benjamín, ni nadie en el mundo conoce la historia que aquí te cuento y que se ha cubierto de polvo con el paso de todos estos meses. Ellos solo saben lo que me permití confesarles para no ser víctima de una terapia emocional (mejor dicho, regañado por ellos). Así que no creo que el día de mañana puedan comprender por qué de repente perdí el interés en todo y dejé de salir al cine y de caminar por las calles de la ciudad, sabrán encontrarme en el parque con Max y desearán que él hable para que les cuente lo que sucedió durante el tiempo que compartí contigo. Ellos solo saben que llegaste como una nube que tapa el sol en un día de playa, pero asumen que fuiste pasajera, que me distrajiste por unos momentos y después seguiste tu camino. Lo que no saben es que fuiste una tormenta que me arrastró al fondo del mar, me dejaste desesperado y confundido, destrozaste todo lo que había en mi interior y te alejaste dejándome a la deriva. A pesar de que ya lo veía venir. A pesar de que fui víctima, cómplice y testigo de la destrucción. Y a pesar de que, si pudiera, permitiría que todo ocurra de nuevo.

- ¿Qué hacías cuando me llamaste? —pregunté para cambiar el tema.
- Fui a la oficina de un socio de mi padre a dejar unos papeles. ¿Y tú?
- Leía.
- ¿Qué leías?
- Una novela sobre la Guerra Civil Española.
- Tienes que prestarme el libro cuando lo termines.

Un camarero diferente nos entregó las tazas de chocolate y los roles de canela. Dirigí mi mirada hacia la barra y no vi a Agustín. No sé si estaba ocupado con alguna otra mesa o ya se había retirado.

- ¿Quieres saber por qué te pedí que nos viéramos?
- Sí.
- Porque quiero estar contigo.

Por tu reacción, hice una expresión que no esperabas.

– ¿Qué tiene? —seguiste—. Quería verte, platicar contigo, tomar tus manos que sudan cuando te pones nervioso. ¿Quieres saber algo más?

– Yo siempre quiero saberlo todo —bromeé.

– Yo ya te había visto en los pasillos de la universidad, pero no me había atrevido a hablarte porque siempre estabas con Benjamín. Al principio pensé que era tu novio o algo así.

– No, para nada —afirmé—. Él es mi mejor amigo.

– Eso lo supe después. Aun así, no sabía cómo acercarme a ti, hasta que te vi solo en la jornada de adopción y decidí que no podía dejar pasar esa oportunidad.

Tomé un sorbo prolongado de moka porque tenía que procesar todo lo que me decías. Porque mientras las palabras salían de tu boca se convertían en algo tangible que invadían el lugar en el que estábamos. Y no me refiero a la cafetería, sino al punto en el que tú y yo pasábamos de extraños a conocidos y luego a algo que nunca supimos nombrar, el lugar de mi mente que fue tu hogar durante tantos años y que con cada exhalación que dábamos se desprendía de todas esas etiquetas, porque nos transformábamos en dos seres que algunas noches parecían tener cocidos los labios entre sí, pues después de todo eso, tus palabras fueron una declaración y yo era el único testigo.

– ¿Por qué me dices todo eso? —pregunté sin levantar la vista.

— Porque quiero que lo sepas.

Pusiste tu mano sobre la mía y eso sería un gesto habitual, aunque todavía existieran lugares en los que tuviéramos que esconderlas bajo la mesa, pero estaba bien porque era secreto, valioso y nuestro. Como en todo, asumiste que tenías derecho a esa clase de cercanía, te aprovechabas de que yo tenía baja la guardia y nunca me molesté en levantarla para ti. Porque, a decir verdad, durante todo ese tiempo sentí que cuando estaba contigo no tenía que protegerme de nada. Te resultó demasiado sencillo atravesar todas las barreras que yo construí para impedirte la entrada a mí, así que dejé de poner resistencia y permití que hicieras una búsqueda exhaustiva pero delicada en todos los rincones que exploraste. Insististe en que conmigo te sentías en un lugar seguro. Que todas las veces que me viste caminar por los pasillos del instituto te arrepentías por no encontrar un pretexto para hablarme, pedirme la hora o decirme que tenía las agujetas sueltas. Dijiste que la primera vez que me viste fue cuando yo salía del auditorio mientras tú entrabas a tu salón de clases. Que me perdiste entre la multitud, pero que a partir de ahí las veces en las que me encontrabas eran cada vez más frecuentes.

Esa noche descubrí contigo sobre qué se habla en un café, en una cita: se habla del universo y de los fantasmas, se habla de los logros y de los sueños, se habla del futuro y de la mejor época de nuestras vidas antes de encontrarnos, se habla de las cosas por las que estoy agradecido, de las personas famosas con las que nos gustaría cenar. Se habla hasta que la timidez se desvanece y dos personas sin títulos o etiquetas que los comprometan se cuentan toda clase de historias que derriten las horas del reloj y ayudan a las estrellas a colocarse en la parte más alta del cielo para indicar a los trabajadores de la cafetería que ya deben cerrar. Se habla de ti y de mí. Solo se habla. Y ya.

Cuando salimos del lugar, había charcos por la calle solitaria en la que solo transitaban algunos automóviles y los negocios ya estaban cerrados. Yo tenía tu chamarra sobre mis hombros porque me impediste devolvértela, dijiste que no querías que me enfermara. Caminamos hasta tu coche y volviste a repetir el protocolo de abrir la puerta y hacer un ademán para que subiera. Cerraste la puerta con tanta fuerza que esta vez, lejos de pensar que no se abriría de nuevo, temí que se cayera. Encendiste la radio y me pediste que buscara alguna estación.

No especificaste si querías música o las noticias, solo me pediste que buscara algo. El sintonizador eligió por nosotros. Sonaba una canción que hablaba sobre tener una primera cita en un café, sobre recuperar la ilusión del amor y tú dijiste que era algo muy apropiado. Bajaste el vidrio, tomaste mi mano y esta vez tuviste la vista fija en la carretera durante todo el camino y yo me dediqué a observarte hasta que te detuviste en un semáforo en rojo y me preguntaste *¿qué?*

Nada.

No te lo voy a negar, Leonardo, esa noche en la cafetería también pensaba en Mariana y en lo que le hacíamos, pero mientras íbamos en tu coche de regreso a mi casa me dediqué a sentir. Me sentía halagado. Me sentía importante. Me sentía mayor.

Al llegar a la entrada de mi calle te estacionaste en el mismo lugar de siempre, nos desabrochamos el cinturón de seguridad y giramos sobre nuestros asientos para mirarnos de frente.

— Me gusta pasar tiempo contigo —suspiraste.

Sonreí porque no había más que agregar. A mí también me gustaba estar contigo, a pesar de que tal vez era demasiado pronto. Pero, ¿pronto para qué? Un encuentro, dos salidas, un abrazo y toda una vida narrada a través de historias que nos han construido como humanos. Y desde el preciso instante de mi nacimiento, hasta ese momento en el que estaba sentado frente a ti, nunca había sentido tanto la necesidad de algo que no sabía que me faltaba.

El espacio dentro de tu coche se redujo y nos obligó a estar cada vez más cerca. Y una vez que no hubo lugar a dónde escapar, tocaste mi mejilla, con tu pulgar recorriste el contorno de mi mandíbula y llegaste a mi barbilla. Tu mirada exploraba el resto de mi rostro. Y no dijimos nada. Hasta que la gravedad fue demasiado fuerte. Y nos atrajo. Y no lo evitamos. Porque no pudimos o porque no quisimos. No importa. No lo evitamos.

Estábamos tan cerca que tu aliento a moka blanca bailaba en mis mejillas. Puse mis manos sobre tus hombros y nuestros labios se descubrieron con demasiada timidez. Afuera del auto el cielo se caía y chocaba contra el parabrisas, el universo seguía su curso sin importar nada. Nosotros nos besábamos. Fue un beso cálido y lento que duró un par de eternidades. Tus labios eran suaves y dulces, tu nariz estaba fría y tus manos empujaban mi cabeza hacia ti. Cuando nos separamos me

derrumbé entre tus brazos y dejé descansar mi cabeza en tu pecho. Y ahí pude comprender por qué Mariana se veía tan feliz cuando estaba contigo.

– Tengo que decirte algo –rompiste el silencio.

– También yo –levanté la cabeza y me incorporé en el asiento para limpiar y acomodar mis lentes empañados.

– De acuerdo –te aclaraste la garganta–. Pero permíteme iniciar a mí.

Tenías una expresión de seriedad que me hizo desconocerte. Soltaste mi mano y miraste hacia la calle en busca de las palabras adecuadas.

– Lo que te quería decir la semana pasada es que si no me atrevo a dar un paso firme entre nosotros es porque tengo una familia muy tradicional que no permitiría esto, prefiero no entrar en detalles... pero desde que te vi despertaste en mí un sentimiento que pensé que ya no existía, sentí la enorme responsabilidad de querer hacer las cosas bien por primera vez. Quizás en este momento no encuentre la manera adecuada de expresarme sin tanto enredo, así que discúlpame si me tropiezo con mis propias palabras. El caso es que las horas que he pasado contigo, aunque han sido pocas, me han hecho sentir que quiero ser una buena persona todo el tiempo. Estoy en un momento de mi vida en el que quiero dar fin a un capítulo que ha sido importante para mí, pero que es hora de terminar. Lo que estoy por concluir abarca muchos aspectos emocionales que hasta hace poco eran un desastre. Ahora tengo claro lo que siento, quiero dar un paso importante que me acerque a ti, pero quiero hacerlo poco a poco. ¿Me explico?

Me costaba descifrar todo lo que decías. Tus palabras no estaban despejadas y yo quería que fueras más específico. Necesitaba que hablaras con toda la claridad posible, pero también notaba que hacías un gran esfuerzo por sincerarte ante mí, así que decidí no exigir de más y me limité a mover la cabeza de arriba a abajo y dejé que continuaras.

– Quiero estar contigo, Mateo –levantaste la voz y tomaste mi rostro entre tus manos–. El problema es que aún tengo que despedirme de una vieja versión de mí, pero no quiero perder lo que he descubierto contigo. Quiero que seamos tú y yo en un mundo que solo sea nuestro. Quiero darte un lugar en el que sepas que estaremos seguros, porque algo como lo nuestro es frágil y no quiero que las personas se entrometan y lo destruyan.

Fue tu voz, fueron tus ojos, fue la noche, fueron tus manos acariciando mis mejillas o tal vez fue el conjunto de todo lo anterior lo que me hizo sentir que a partir de ese momento no podría negarte nada de lo que me pidieras. Tu expresión me indicaba que esperabas a que yo te dijera algo, pero me había quedado sin palabras y sin aliento. Lo único que tenía claro en ese momento es que necesitaba más de ti, así que con toda osadía me entregué una vez más a tus labios y desee quedarme ahí para siempre.

— ¿Esa es tu respuesta? —acomodaste el mechón de cabello que había caído en mi frente.

— Sí —bajé de la nube en la que estábamos sentados.

— ¿Qué era lo que tú me querías decir?

— Eh... nada —en ese momento ya no tenía sentido que te dijera lo que yo sabía. Acababas de aclarar todas mis dudas y por primera vez, desde que entré a tu perfil, sentí un inmenso alivio—. Bueno, quería decirte que bajáramos los vidrios porque las ventanas comienzan a empañarse.

— ¡Es cierto! —Soltaste una carcajada—. La gente que pase va a pensar que estamos portándonos mal.

— ¿Y lo estamos? —Una nube de culpa atravesó mi pensamiento, pero la alejé de inmediato porque no quería que nada me distrajera de mirarte.

— No —besaste la comisura de mi boca.

Ahí estábamos los dos en un momento congelado en el tiempo. Dos jóvenes desvelando sus sentimientos, prometiéndose a besos lo que mucha gente busca toda su vida. Éramos ingenuos y arrogantes, nos creíamos afortunados. Teníamos ganas de sentir, de explorar y de ser descubiertos. ¿En ese momento de verdad sentías todo lo que me dijiste, Leonardo? ¿Sentiste cómo nuestros corazones se convertían en fuegos artificiales? Aquella noche abriste la palma de tu mano y de inmediato me tuviste ahí. Y así como no te esforzaste en hacerme caer, tampoco te costó ignorarme y pretender que nunca fuimos nada.

A pesar de que todo era un escenario perfecto, no podía ignorar el hecho de que ya era demasiado tarde y mi mamá comenzaría a preocuparse, pues yo tenía el teléfono en silencio dentro de mi chamarra y no quería ni imaginar la cantidad de mensajes y llamadas perdidas.

Cuando nos separamos nos encontramos en un mundo distinto al que habíamos dejado antes de cerrar los ojos. Porque, aunque indudablemente todo cambiaba a cada segundo, nosotros habíamos dado paso hacia algo irreversible.

– Tengo que irme –temí cortar con la magia que la noche nos regalaba.

– Tienes razón –miraste tu reloj–, ya es muy tarde y yo aún no termino una tarea que debo entregar mañana.

– Entonces no debimos haber salido –exclamé–. Ahora vas a desvelarte por mi culpa.

– No, no es tu culpa. No habría podido concentrarme si no hablaba contigo primero. Ve a tu casa y descansa, sueña conmigo –un beso más.

– Y tú conmigo –me despedí con un beso en tu mejilla.

Bajé del coche y me sentí alguien nuevo y diferente. Llené de aire mis pulmones porque quería asegurarme de que en verdad estaba vivo. Escuché encender el motor de tu auto y me di la vuelta para despedirme, pero tú avanzaste sin mirar atrás. Caminé hacia casa y sentí mi conciencia más ligera. Quizá no era el orden en el que debíamos hacer las cosas, pero nadie saldría lastimado y a partir de ese momento ya no tendría que dejar mis sentimientos escondidos bajo mi cama para que no los notaras.

Me sentía emocionado, quería saber cómo serían las cosas entre nosotros a partir de ese momento. Me gustaba la idea de que fuera secreto, nunca había hablado con nadie abiertamente sobre mi sexualidad y el mundo no estaba listo para eso. ¿A quién le importaba el mundo? Nosotros estábamos a 100 años luz de distancia y nadie podría alcanzarnos.

De vuelta a la realidad, solo quedaban dos días de clases y después una semana de vacaciones. Sabía que no te vería durante ese periodo, porque en la cafetería me contaste que no eras de la ciudad, sino de un pequeño pueblo industrial que quedaba a dos horas de la capital. No importaba, podría esperar. Podría dedicar el tiempo a imaginar todas las cosas que haríamos juntos. No estaba seguro de si alguna vez me había sentido así de feliz. El sabor de tus labios se había quedado impregnado en los míos y no quería que desapareciera.

Al llegar a casa mi mamá me dio un sermón sobre siempre avisarle dónde estoy o a qué hora llegaré para que ella no se preocupe. Max no entendía nada de lo

que pasaba y movía su cola mientras se paraba sobre sus patas traseras y rasgaba mis jeans con las delanteras para llamar mi atención. Le dije a mamá que daría una vuelta a la cuadra para pasear a Max y después regresaríamos a dormir. Ella me pidió que no tardara. Le puse la correa a Max y salimos a caminar. Le conté todo y en mi mente revivía cada una de las escenas de esa tarde. Aunque entre esas secuencias se colaban las imágenes de cuando Agustín te dijo que pensaba que no te gustaban los roles, esa noche le resté importancia sin imaginar cuántos Agustines había en tu vida. Me concentraba en las partes que me encargaría de atesorar por siempre: el calor de tus manos, el aroma de tu piel, el sabor de tus besos. Tus besos. Y todo lo que hubo alrededor de ese instante. Por último, tu voz decía que querías estar conmigo se repetía como el coro de una melodía que no quería que dejara de sonar y que esa noche se había convertido en mi propia canción de cuna.

Me pregunto si a veces piensas en mí, si llega a tu mente mi recuerdo cuando escuchas una canción que sabes que me gusta. A veces subo a la azotea de noche y le cuento al frío de la ciudad los momentos que vivimos y que mi ingenuidad creyó que atesorarías como yo lo hice, los dejo libres, en espera de que deambulen por las calles y te encuentren. Sueño te besan en la mejilla porque yo ya no puedo hacerlo. Pero no nunca se van, temen encontrarte y prefieren quedarse conmigo, me dañan y me hunden de nuevo cuando logro salir a la superficie para tomar un poco de aire luego de ahogarme entre tantos recuerdos. Organizo en una fila todas las cosas que pudieron ser diferentes y todas las veces que evitamos hacer lo correcto y estoy consciente de que yo mismo me he condenado a que las cosas que vivimos me acompañarán por el resto de mi vida

Los dos días previos al inicio de vacaciones de primavera fantaseaba con algunos planes para invitarte a pasar el último día conmigo, escapar a algún sitio cercano o caminar por el centro de la ciudad como si fuéramos dos adolescentes yéndose de pinta. Pero el viernes por la mañana recibí una llamada tuya que me confirmó que ya estabas ocupado.

— ¡Hola! —respondí emocionado.

— ¡Hola! ¿Cómo estás?

— Muy bien. ¿Y tú?

— De maravilla —exclamaste—. ¡Por fin es viernes! ¿A qué hora irás a la escuela?

— Hoy no iré —respondí esperando a que dijeras que querías verme—. Nos dieron el día libre porque los profesores tendrían junta académica. ¿Y tú?

— ¿Y qué hacías antes de que te llamara? —Ignoraste mi pregunta, pero no le di importancia.

— Recién salgo de la ducha —contesté de manera indiferente.

— ¿Vas a ir a alguna parte? —Insististe.

— No, aún no tengo planes —tu interrogatorio comenzaba a parecerme extraño, pero me emocionaba imaginar que tal vez me sorprenderías de alguna manera—. ¿Por qué?

— Muy bien, no te he dado permiso para salir —afirmaste sin un solo toque de ironía.

Hubo silencio porque no pude descifrar si lo que acababas de decir era en serio o no, así que lo único que se me ocurrió fue seguirte el juego, pensé que se trataba de un comentario que considerabas gracioso y que no comprendí.

— ¿Ahora tengo que pedirte permiso para salir? —Cuestioné.

— Sí, ahora tienes que pedirme permiso para todo —dijiste con un tono de voz demasiado serio.

— ¡Vaya! —Me sorprendí— No sabía que había condiciones.

— Las hay —confirmaste—. Y las aceptaste todas cuando nos besamos.

Otro momento en silencio, esta vez sí que me sentí incómodo.

— Eres muy tierno cuando te comportas así de ingenuo —exclamaste en medio de una carcajada y yo también sonreí—. Me hubiera encantado ir a verte, salir contigo a caminar o a tomar algo y despedirme de ti, pero debo llegar temprano a casa y tardé en preparar mi maleta más de lo esperado.

— Y tú eres muy... sexy cuando actúas así de dominante —dije y después hundí mi cara en la almohada, porque a pesar de estar solo sentía mucha vergüenza de lo que estaba confesando.

— No estaba actuando —volviste a adoptar un tono serio.

— Bueno —te seguí el juego—, entonces no me queda más que encerrarme en mi habitación y esperar paciente a que regreses.

— Asegúrate de tener un baño y comida suficiente, regresaré por ti en una semana.

Escuché por el teléfono cómo subiste a tu auto y cerraste la puerta. Te imaginé colocándote el cinturón de seguridad mientras acomodabas tus gafas de sol y te mirabas en el espejo antes de poner tus manos sobre el volante. Pensé que tal vez algún día haríamos un largo viaje juntos, armaríamos una *playlist* con nuestras canciones favoritas y nos sentiríamos como un par de fugitivos. No importa el destino, nos detendríamos a comer en algún lugar a la orilla de la carretera y descansaríamos en un hotel con grandes ventanas que nos dejen ver el cielo del lugar donde nos encontremos. Me dejarías dormir sobre tu pecho y tomaríamos muchas fotos. Imaginaba cómo sería mirar contigo las estrellas, pasar frío en el bosque, calor en la playa o perdernos de alguna gran ciudad.

En ese momento, mientras escuchaba el motor de tu auto encenderse, quería decirte que podías pedirme lo que quisieras y que yo lo haría sin cuestionarte. Porque confiaba en ti, Leonardo, confiaba en ti y en tus decisiones. Habría sido tu copiloto durante el día y el conductor cuando quisieras descansar. También estuve a punto de decirte que iría contigo a donde sea, incluso si ya no quisieras regresar jamás. Cambiaríamos nuestros nombres en cada lugar al que fuéramos y nos convertiríamos en leyendas: todas las personas querrían escuchar la historia de dos jóvenes que juntaron sus ahorros de estudiantes para viajar lejos de todo lo que conocían y cerca del infinito. Tal vez algún día, pero en ese momento me conformaría con el recuerdo de tus manos, tus besos, tu pecho, tu aliento, las historias en mi cabeza, los kilómetros que tenías por delante para llegar a tu casa y las horas que me separaban para estar de nuevo contigo.

— Estaremos en contacto todo el tiempo —me regresaste a la realidad.

— Y nos veremos cuando vuelvas —afirmé.

Los primeros rayos del día entraban por mi ventana desde muy temprano. Me sentía diferente. Y quería hacer cosas diferentes. Apenas abría los ojos y ya tenía una estúpida sonrisa dibujada en el rostro. Era ridículo. Encendía la radio, abría la ventana para darle la bienvenida a todas las posibilidades que la vida preparaba para mí y estaba listo para comenzar el día.

La distancia y el tiempo que nos separó eran invisibles porque nosotros intercambiábamos mensajes en todo momento. Nos contamos todo lo que hicimos, compartimos fotos de la fruta que comíamos y de los libros que leíamos. Me

presentaste a Coco y yo te hablaba de mis paseos con Max con la misma emoción con la que se relata una caminata lunar. Por las tardes no hablábamos tanto porque tú pasabas el tiempo con tus hermanas y tu mamá y yo salía a recorrer la ciudad en mi bicicleta. No hubo una sola noche en la que no nos deseáramos dulces sueños y de tanto hacerlo, en una ocasión viniste a visitarme.

¡Buenos días! Ya despierta

No, quiero dormir más.

Tuve un sueño muy bonito.

¿Qué soñaste?

Si te cuento no se hará realidad.

Si me cuentas, bago que se cumpla.

13

Abro los ojos y veo la parte inferior de tu mandíbula. Me encuentro recostado sobre tus piernas y tú juegas con mi cabello, hay tanta paz que puedo escuchar los latidos de tu corazón. Estamos a la orilla de un lago, bajo la sombra de un árbol. El día tiene un filtro soleado, el viento acaricia nuestros pies descalzos y tu cabello baila con él. Parece que somos los únicos seres humanos en toda la inmensidad. Recreo todos los detalles que tengo archivados en la parte de mi memoria que te pertenece: tus ojos avellana, tu barba naciente, tus brazos fuertes y tus pectorales definidos. Mis lentes perdidos, mis mejillas enrojecidas, las pulseras en mis muñecas y mis manos jugando con el pasto bajo mi cuerpo. Somos tú y yo.

— Tengo que decirte algo —rompes el silencio y a mí me parece una escena demasiado familiar. Me incorporo y me siento frente a ti con las piernas cruzadas. Me abrazas con fuerza, te levantas y corres; yo voy detrás de ti, pero no logro alcanzarte. Cae la noche y decido regresar. En el camino escucho murmullos y tengo la seguridad de que hay gente escondida detrás de los árboles, así que apresuro el paso. Regreso al lago donde te encuentro acostado y pongo mis rodillas en el suelo frente a ti.

— No estoy listo —respondes a una pregunta que nunca hice—. No quiero un compromiso. No quiero sacrificar mi libertad. Nadie tiene que saberlo.

Te miro incrédulo, tus palabras no tienen sentido, parece que no te das cuenta de mi presencia y le hablas a la oscuridad. No te he pedido nada de eso. No quiero ser una carga o una responsabilidad. No voy a pedirte nada que no estés dispuesto a darme. No haré preguntas que te comprometan. No le diré a nadie nada de lo que vivimos. Las palabras no salen de mi boca, se quedan en mis

pensamientos. Me inclino hacia ti, beso tu mejilla, me siento a tu lado y miro al cielo. Te pido «quédate» y cuando volteo ya no estás.

El tiempo contigo me hizo creer que entre los dos había nacido un sentimiento que bauticé como nuestro. Sentía que era bueno y creía que era real. Decidimos mantenerlo clandestino al regresar a clases porque lo único cierto es que era algo frágil. Desarrollamos un idioma secreto basado en miradas por si nos encontrábamos en un pasillo concurrido: entendíamos cuando nos decíamos «sígueme», «hoy tengo mucha tarea» o hasta «te veo en 15 minutos detrás del auditorio». Adquirimos la habilidad de crear excusas a nuestros amigos para no irnos con ellos a la hora de la salida. Éramos cautelosos cuando nos escapábamos de nuestras butacas mientras los demás estaban en clase y nos citábamos para intercambiar besos disfrazados de susurros y despeinarnos el corazón. Por supuesto no íbamos a las áreas comunes o a los jardines. Esos lugares estaban reservados para los romances que no eran alérgicos a la luz del sol, para los estudiantes solitarios que se acompañaban de alguna lectura, para los grupos de amigos que planeaban tareas en equipo o salidas vespertinas y, sobre todo, para el recuerdo de cómo nos conocimos, pero no para nosotros. Nosotros teníamos que encontrar nuestras propias oportunidades en el estacionamiento, entre los estantes de la biblioteca que refugian los libros con la última letra del abecedario y los salones vacíos. Siempre me quedaba con ganas de ti, pero esos escapes eran fugaces, pues teníamos que regresar a nuestras lecciones y eliminar cada una de las huellas que pudieran delatarnos. El ciclo escolar avanzaba y nosotros nos hacíamos mayores mientras nos convertíamos en algo irrompible, algo que se parecía mucho a una promesa sellada con la primera vez que me dijiste «te quiero».

Un día Mónica y yo fuimos a la cafetería luego de entregar los avances de nuestro proyecto final, un reportaje sobre los factores que los estudiantes de bachillerato tomaban en cuenta para elegir una carrera profesional. Equis. Benjamín organizaba una fiesta de fin de curso que serviría para recaudar fondos que se usarían en proyectos futuros, eso lo mantenía demasiado ocupado como para recordar que sus amigos con poco sentido de participación social existíamos. Nos acompañaban una quesadilla, un paste de papa y un vaso de agua de tamarindo para compartir, ya sabes, la dieta universitaria. Creo que Mónica y yo hablábamos de Japón, de las medusas o de Pie Grande, no recuerdo. Lo único que sé es que te vi pasar y cuando

notaste mi presencia desviaste tu camino para regalarme una mirada que en nuestro idioma significó «voy hacia ti». Intenté disimular mis ganas de recibirte con un abrazo. Robaste miradas. Esquivaste las mesas. Traté de distraer mis sentimientos. Sonreíste. Mis ojos se convirtieron en una videgrabadora y guardaron ese recuerdo. Tú con camisa blanca, pantalón gris y zapatos negros; yo con pantalón color arena, playera azul marino y converse rojos. Y Mónica... Mónica existía. Me pregunto si tú también te diste cuenta de todo eso. Levanté la mano para saludarte, me respondiste con el mismo gesto y cuando estuviste lo suficientemente cerca nos pusimos nuestras máscaras de amigos y te sentaste con nosotros.

— ¡Hola, Mateo! —Te anunciaste— ¿Se puede? —señalaste la silla vacía que estaba junto a Mónica.

— Claro —hice a un lado la bolsa de plástico donde antes había papas fritas.

— ¿Ya salieron de clases? —preguntaste como si los tres fuéramos amigos de toda la vida.

— Sí —comenté—. ¿Y tú?

— Estoy esperando a una amiga que vendrá a dejarme un libro que le presté —miraste tu reloj—, no debe tardar.

Creo que pasamos al menos un minuto en silencio porque no sabía qué más decir, no estaba preparado para interactuar contigo cuando había gente a nuestro alrededor, me preocupé tanto por los demás que olvidé la presencia de Mónica hasta que tomó un sorbo de agua e hizo un ruido extraño con la boca que te arrancó una carcajada.

— ¿Estás bien? —pusiste una mano en el respaldo del asiento de Mónica y con la otra tapaste tu boca para enmudecer tu risa.

— Sí —dijo Mónica sin rastro de vergüenza—, solo estaba ahogándome con la indiferencia de Mateo.

— ¡Lo siento! —exclamé con el calor saliéndome de las orejas porque dejé de lado mis modales —. Mónica, él es Leonardo. Leonardo, te presento a Mónica, mi mejor amiga.

Estrecharon sus manos y yo pensé en lo bonito que era ver a mis dos personas favoritas en el mundo interactuar. Mónica ha sido mi mejor amiga desde que nos conocimos el día que presentamos nuestro examen de admisión. Yo estaba muy

nervioso porque mi futuro dependía de llenar cientos de pequeños círculos con un lápiz del No. 2. Cuando la vi tuve una sensación de que todo estaría bien. Hablamos antes de iniciar la prueba y descubrimos que tenemos muchas cosas en común. Nos alegramos al saber que ambos habíamos acreditado el examen y estaríamos en el mismo salón, nos hicimos inseparables hasta el punto en el que sabíamos todo el uno del otro, excepto lo que tenía que ver contigo.

Me preparé para un bombardeo de preguntas sobre dónde y cómo te conocí, por qué te sentaste con nosotros y una serie de comentarios inapropiados sobre lo guapo que eres. Intentaba descubrir las respuestas menos comprometedoras a esos cuestionamientos, pero fue innecesario porque noté que Mónica se encargó de obtener esa información por su cuenta y tú contestabas de un modo natural: Derecho. A punto de cumplir 20 años (mencionaste orgulloso). Géminis. En la jornada de adopción...

Me daba curiosidad saber cuál sería la reacción de Mónica si conociera la versión sin censura de los hechos.

— Disculpa un momento —Mónica interrumpió su entrevista al escuchar sonar su teléfono y sin despegar la vista de la pantalla dijo que tenía que irse porque su mamá había llegado por ella. Me dio un beso en la mejilla y levantó la mano para despedirse de ti.

— Encantado de conocerte —no podías dejar de ser tan propio con las personas y eso me derretía—. Qué agradable es Mónica —añadiste cuando se fue.

— E indiscreta —puse los ojos en blanco.

— ¿Ella sabe sobre nosotros?

— ¡No! —Respondí casi ofendido— Creo que por eso te hizo esas preguntas.

— Descuida, es muy divertida.

— ¿Y qué libro le prestaste a tu amiga? —cambié de tema.

— ¿Eh? —Te sorprendiste— Ah, ninguno. No estoy esperando a nadie, solo lo dije para sentarme contigo.

Capté el tono de coqueteo que usaste y quise jugar contigo a lo mismo, nunca vi venir el punto de giro que estabas a punto de dar.

— ¿Y por qué te gusta estar conmigo?

— Porque te quiero —dijiste.

Hiciste que el sol se sonrojara y que mi mente corriera de cero a cien kilómetros en un instante. ¿Quieres que también te cuente qué causaste en mi corazón? Contuve las ganas de besarte ahí mismo porque tenía que calmar mis latidos que parecían tener un altavoz integrado. Pensé que con esa declaración lo tenía todo asegurado, incluso lo que no tenía que ver contigo. Sentí que era demasiado fácil aventarme de un acantilado porque tú estarías esperando a atraparme. Me gustaba mucho la espontaneidad con la que decías ese tipo de cosas que siempre me sorprendían. Tomaste mi mano bajo la mesa y la apretaste 3 veces, nunca te pregunté qué significó eso. ¿Cómo habíamos llegado a ese punto? En muy poco tiempo tus ojos de almendra aprendieron a reconocer mis reacciones y a cuidarme de ellas. Estábamos sentados al fondo de una cafetería común y me convertiste en un lugar al que nadie podrá tener acceso jamás. Sabes que no soy muy bueno al hablar porque divago demasiado y olvido la idea central, pero tenía que corresponder a tu declaración con algo concreto e igual de importante, así que tomé un cuaderno y mutilé una hoja que tuvo la mala suerte de encontrarse con mis sentimientos sinceros y ardientes para ser testigo de algo que hasta entonces no me había atrevido a decir en voz alta a nadie más: «yo también te quiero».

Extraño mucho la ingenuidad que me hizo creer que yo era el único con el que jugabas a los besos y a ser mayores. Al principio no cuestioné lo contrario, después se hizo un hábito. Ojalá mi estado de alerta no se hubiera dejado cegar por las cosas bonitas que me decías, pero tampoco lo culpo, contra alguien tan encantador, amable e injusto como tú, nadie tiene oportunidad de escapar.

Cuando terminaste de leer la breve línea que escribí para ti tomaste el trozo de papel, lo doblaste y lo guardaste en el bolsillo de tu camisa, me gustó pensar que la pusiste ahí para tenerla cerca de tu corazón. Te levantaste, desacomodaste mi cabello con un gesto afectuoso y antes de irte dijiste en nuestro idioma que nos veríamos después (ya no mañana, sino después). Me quedé acompañado de una dulce sensación que me embriagaba. Mi mente ya iba a 200 km/h y de pronto chocó contra algo que me hizo sentir como si crecieran espinas en mi garganta.

Dicen que todo está sincronizado, que nuestras acciones son una especie de engranes conectados con lo que sucede en el universo. No puedo imaginar cómo sería todo ahora si hubiera hecho algo para detener esos engranes y evitar lo que

sucedió después, salirme del guion que alguien más escribió y que enviaba a cada uno de los personajes a escena. Tomé mis cosas para salir y vi a Benjamín en la entrada de la cafetería, me hizo señas para que me acercara a él. Lo noté reflexivo. Fue como si los murmullos de los demás estudiantes que estaban ahí coincidieran para decirle que era hora de destruir lo que construiste con dos palabras y varios besos a escondidas.

— ¿Estabas con Leonardo? —preguntó Benjamín con un tono acusatorio.

— ¿Quién?

— Leonardo Maya, el que se acercó a ti en la jornada de adopción —me sorprendió que recordara eso—. ¿Qué hacías con él?

— Nada.

— No me digas que nada —insistió Benjamín en un tono muy serio que no le había visto usar antes—. Él es muy raro, casi no habla con nadie, a menos que sea para algo extremadamente necesario o... —hizo una pausa que me puso muy nervioso.

— ¿O qué? —insistí.

— Mira, Leonardo es —Benjamín solía expresarse de una manera muy exagerada, pero tuve la impresión de que estaba en modo serio y diría algo grave— como un depredador.

— ¿De qué hablas?

— Durante el tiempo que ha pasado con nosotros ayudando a organizar eventos me he dado cuenta de que se acerca a las personas con intenciones de ganárselas. No es como si quisiera caerles bien, es como si quisiera conquistarlas.

— Pero él tiene novia —contesté en tu defensa a sabiendas de que era mentira, con la esperanza de que eso me diera más tiempo para entender lo que acababa de escuchar.

— Ya no, terminaron hace unas semanas.

Miré al suelo, a las mesas vacías, a todas partes y en voz baja le pedí a Benjamín que nos fuéramos de ahí. Entramos al salón que utilizaba con sus compañeros como sala de juntas y le pedí que me explicara a qué se debía su preocupación de que yo estuviera contigo.

— Cuando Leonardo comenzó a juntarse con nosotros noté que era extraño, sin embargo, no lograba descifrar por qué. Hablaba mucho sobre su novia y en ocasiones

llegaba a ser molesto, pero no le tomábamos importancia. ¿Conoces a Héctor de segundo semestre? Bueno, una vez nos contó que Leonardo le dijo que era muy guapo y lo invitó a salir. Por supuesto Héctor le dijo que no, pero desde entonces ya no está con nosotros. En otra ocasión Leonardo le dijo a Fernanda en frente de todos que le gustaba mucho y que no podía dejar de pensar en ella, Fernanda se puso súper incómoda y se fue. Todos nos quedamos con la mandíbula en el piso y ese día le preguntamos sobre su novia y nos dijo que ya habían terminado.

Escuché atento todo lo que Benjamín tuvo que decir sobre ti, me cuestioné si se refería al mismo Leonardo que yo conocía, el que despeinó mi corazón solo unos minutos antes cuando dijo que me quería. Las espinas en mi garganta se hacían más grandes y me impidieron respirar, lo que fue bueno porque también evitaron que se me salieran las lágrimas.

— Me cuesta mucho creer lo que me dices —dije y toda la desilusión acumulada salió de mí en forma de suspiro.

— Hay algo más —añadió Benjamín—. Justamente ayer me enteré que se ve con Daniel, el primo de mi amiga Erika.

— Conozco a tu amiga, pero no a su primo.

— Estudia lo mismo que nosotros, está en primer semestre.

— ¿Cómo lo sabes? —Mi esperanza agonizaba y trataba de encontrar argumentos para protegerte.

— Porque Daniel nos lo contó —sentenció Benjamín.

Me percaté de que mis manos temblaban, estaba a punto de estallar. Un depredador, Leonardo, qué irónico que Benjamín te haya llamado así. Eres un cazador y no sé si lo eres por maldad o por naturaleza. Eliges a tu presa y la acechas, te muestras dócil e inofensivo y cuando sabes que ha bajado la guardia atacas, la derribas y la abandonas con pocas oportunidades de recuperarse.

Me sorprende haber sobrevivido al primer ataque (y a los que hubo después).

El orgullo me duele cuando pienso en el momento que arrojé lejos mis defensas y quedé ante ti como un objeto fácil. Me gustaría pensar que el decir que me querías había sido el movimiento que me dejó vulnerable, pero la realidad es que yo te había entregado mi voluntad desde que permití que me llevaras a casa por primera vez. Ojalá pudiera decir que en ese momento murió lo que sentía por

ti, pero lo único que murió fue el instinto de supervivencia que todavía tenía la oportunidad de salvarme. También me gustaría decirte que ese día terminó todo y que mis pasos me llevaron lejos de ti, pero me dejaron inmóvil, confundido y avergonzado con todos mis sentimientos rotos como cristales.

— ¿Estás bien?

— No —susurré porque ya no me alcanzaba la voz para seguir hablando.

— ¿Has estado con él?

— Sí —respondí.

Mis ojos se nublaron, mis labios se secaron y mis pulsaciones se desconectaron de los engranajes del universo. Noté que Benjamín se sentía abatido, apuesto a que se cuestionó si fue correcto contarme lo que sabía sobre ti.

— Supongo que soy un idiota —reconocí.

— No, el idiota es él.

Le pedí a Benjamín que no dijera nada de lo que sabía sobre nosotros. Faltaban tres días para que terminara el semestre y dos de ellas las pasé evadiéndote por completo. Te odié demasiado porque tú tampoco me llamaste. Incluso en la ausencia buscaba pistas para poder interpretarte. Si después de la plática con Benjamín hubiera ido a enfrentarte y a decirte que se había terminado todo, ni siquiera me hubieras detenido. Seguro tomarías dos segundos para pensar las cosas y me clavarías un frío y duro «como quieras» en el pecho, todas las formas sensatas de reaccionar se habrían borrado de mi programación y habría roto a llorar en frente de ti. Nunca entenderé cómo fui capaz de guardar tantas ganas de buscarte. Quisiera saber si pasar esos días escondido entre mis cuadernos y lejos de las multitudes fue lo correcto porque a solo dos salones del mío estaba tu nuevo ladrón de tiempo y parecía que lo que me dijiste se fugó con el viento.

Y ese fue el problema, yo escribía las cosas que sentía por ti para que quedara evidencia de nosotros. Para que, en el futuro, si alguien encontraba la nota que estuvo en tu camisa sintiera celos de ti porque conociste la incondicionalidad del cariño. Por el contrario, tú lo decías para que tus palabras nómadas encontraran distintos refugios cada noche y fuera fácil para ti escapar con tus sentimientos baratos.

Tal vez te aburrí. Tal vez él florecía más. Tal vez él tenía colores más brillantes que los míos. Pero lo cierto es que él nunca pudo ver cómo tus ojos se iluminan

cuando sonríes ni se detenía a escuchar tu corazón cuando suspirabas, mucho menos vio los paisajes que se esconden en tu voz. Él no pudo comprender que en tus brazos había un lugar secreto a la orilla del mundo porque yo lo descubrí y ni siquiera tú lo conocías.

Terminé el semestre con muy buenas calificaciones y no me importaba. Lo único que quería era no saber nada de ti ni de la universidad, al menos durante el verano. Benjamín, en su papel de mejor amigo, me involucró en cuanto pudo para la organización de su fiesta, se esforzaba más por distraerme que por el evento. Supongo que eso es lo que hacen los amigos: no permiten que te hundas en la tristeza incluso cuando les pides que te dejen marchitar. No conforme con pedirme que le ayudara, también me obligó a asistir a la reunión porque creyó que eso serviría para olvidarte.

La fiesta se llevó a cabo en una casa que se utilizaba más para borracheras que para dormir. Era fría, húmeda y la pintura caía a pedacitos de las paredes. Llegué tarde porque las ganas despertaron a última hora. Ahí estaban los amigos de Benjamín y estudiantes de otras licenciaturas que querían sacudirse los proyectos finales de las manos y olvidar todo lo relacionado al semestre. Quise parecer tranquilo y saludar a todo el mundo, pero la incomodidad me acarició los ojos y me llevó a un sillón frente a la ventana que recibía los últimos rayos de luz de la tarde y que parecía estar fuera de la vista de las personas. Solo quería saludar a Benjamín para que supiera que asistí y después regresaría a sentirme miserable en casa.

No esperaba nada, no pensaba en nadie, ni siquiera en ti y él se acercó a mí. Fue amable y en sus párpados se asomaba una tristeza con la que me pude identificar.

Camisa roja a cuadros, jeans negros, botas con estoperoles, chaleco de mezclilla, cabello chino, una perforación en medio de la nariz y un vaso de plástico con una bebida azul en su mano. Así se acercó Damián a preguntarme qué estaba tomando. Negué con la cabeza. Damián se alejó y al minuto regresó con otro vaso de plástico que contenía una bebida cuyo olor era demasiado dulce como para ser simplemente refresco.

— Gracias —acepté y tomé un sorbo.

— Es ron —me informó—. ¿Con quién vienes? —Se acercó a mi oído porque el volumen de la música era demasiado elevado para tener una conversación.

— Busco a un amigo. ¿Y tú? — Preferí alzar más la voz porque no quería acercarme a él.

— Allá están mis amigos — alzó su vaso y señaló a un grupo de personas que correspondieron el gesto—. ¿Quieres venir con nosotros?

— No, gracias — di otro sorbo a la bebida—. Ya casi me voy.

La música se detuvo debido a un problema con los equipos y nadie parecía darse cuenta porque todos estaban en sus propias conversaciones o demasiado ebrios. Alguien a lo lejos dijo que saldría a revisar los fusibles, alguien más dijo que iría a la tienda por hielo y tú apareciste de nuevo con tu sonrisa que no sabe reconocer cuando me encuentro mal.

— ¿Por qué no me dijiste que venías? — preguntaste como si nos hubiéramos visto apenas por la mañana y todo estuviera de maravilla. No pude descifrarte. Quería que dijeras algo como «te he extrañado, Mateo, los exámenes me han exprimido por completo, sé que hay rumores sobre mí y no quiero que los escuches, quiero que vengas a abrazarme». En vez de eso hiciste lo que mejor te sale: ACTUAR COMO SI NADA. Como si fuera normal desaparecer luego de todo lo habíamos pasado, como si hubieras borrado toda prueba de mis labios sobre tu mejilla y asumieras que yo hice lo mismo, como si haber dicho «te quiero» fuera cualquier cosa que pudieras dejar botada por ahí para después irte con alguien más sin darme la posibilidad de salvarme.

— No tenía ganas de venir — esquivé tu mirada.

Te juro que no planeé mi escape, actué en automático. Si las ganas de llorar no hubiesen amenazado con aparecer de nuevo me habría quedado contigo a hacer como si nada y descubrir con cuál de tus versiones me encontraría en aquella fiesta. Pero fui torpe y cobarde. Me levanté del sillón, tomé mi vaso de plástico y le pedí a Damián que nos fuéramos. Te dije que regresaría en un momento y apuesto a que no me creíste. No me quedé a esperar tu respuesta ni volteé a mirar tu reacción. Damián me acompañó a casa, cargó mis lágrimas durante el camino y me vio odiarte sin hacer preguntas. Y así sumé otra marca a la larga lista de errores que a veces todavía me apagan la luz para impedirme ver que no todo fue culpa mía.

Dos días después tuvimos nuestra primera tregua. La prueba de que eres una mala idea que arroja lejos mi honor y mi dignidad, un terremoto que me sacude

y desequilibra la poca estabilidad que logro conseguir luego de que mis ojos se evaporen por las noches. Sabes cómo llegar a mí cuando estoy sensible, no muestro resistencia y observo con los brazos cruzados cómo pierdo una guerra que no tengo intención de defender.

Era sábado cuando recibí una llamada tuya. Desperté sintiéndome inerte, una marioneta que solo respondía las órdenes de las necesidades fisiológicas que me recordaban que todo era real. No hubo introducción, no te interesó saber cómo estaba ni por qué me había alejado, solo querías saber si Damían y yo teníamos algo.

— ¿Es tu novio? —preguntaste con una voz cruda y rasposa.

— ¿Quién?

— El sujeto de la fiesta —respondiste sin ocultar tu molestia—. No sabía que te gustaban los que parecen delincuentes.

— Sí —mentí.

No, Leonardo, no era mi novio. Solo se trató de alguien que fue amable conmigo esa tarde. No fue un ángel, ni un salvador. Dijo que podía hablar con él si lo necesitaba. Cuando me llevó a casa supongo que me contó algunas cosas sobre él, pero no presté atención porque pensaba en ti y en Daniel. Pensaba en Daniel contigo y el resto de mis sentidos se bloqueaban, por eso no pude ver con claridad las consecuencias de lo que dije.

— ¿Y Daniel? —disparé la pregunta al aire.

— ¿Quién? —el tono de tu voz se suavizó demasiado e imaginé cómo parpadeabas para encontrar una respuesta convincente.

— Daniel, de primer semestre —dije como si necesitaras más explicaciones.

— Es solo un amigo.

— ¡Eso no es cierto! —Ahí venían otra vez las espinas en la garganta y las ganas de llorar— Todo el mundo lo sabe.

— Nada más es mi amigo —repetiste.

Tengo un recuerdo nublado sobre el resto de lo que se dijo en esa conversación. Pude haberte confesado lo que Benjamín me contó: que los descubrieron encerrados en un salón de clases, que Daniel contaba a su prima todo lo que ustedes hacían y ella, a su vez, se lo contaba a Benjamín, incluso pude haberte

dicho que una vez te vi bajando de su auto. Pero preferí creerte, te absolví de toda culpa y condené mis ojos y mis oídos por permitirles recibir información que te incriminaban. No acordamos llamarnos durante el verano, no prometimos vernos cuando comenzaran de nuevo las clases, no dijimos nada que nos comprometiera en absoluto. No sabía si seguías en la ciudad o si ya habías salido hacia tu hogar. Eras alguien ajeno. Alguien distante. Tu ausencia supo describirte mejor que todo el tiempo que había pasado contigo. Y aun así decidí extrañarte como si te hubieras llevado el aire y todos los colores del universo.

SEGUNDA PARTE

Todas las veces que rompiste mi corazón fueron sin intención

No sé si este ejercicio de honestidad sirva de algo. Desconozco si el desahogo me libere de ti y de todo lo que arrastro. Escribo desde la pena, que ya es un lugar habitual para mí y tampoco conozco otra manera de hacerlo. No me interesa si te gusta lo que lees. Ni siquiera me importa si te hago sentir un poquito de incomodidad, culpa o de pena... ¿A quién quiero engañar? Por supuesto que deseo que sientas cómo tus ojos se enrojecen por el llanto y que tus manos tiemblen al sostener el papel. Espero que me extrañes y que pienses en mí cuando escuches alguna de las canciones que cantábamos juntos en el auto. Piensa en cómo me rompiste y en la cantidad de tiempo que esperé a que descubrieras lo que querías. Si no querías estar conmigo estaba bien. Comprendo que soy complicado, demasiado sentimental y siempre estoy nublado de melancolía. Nunca pasamos de la etapa de la fragilidad y ni siquiera lo intentamos.

Me convertí en un desastre que no reconoce el día de la noche porque todo es oscuro desde que no estás. Te hice mi sol y todo lo que hacía giraba alrededor de ti, tú adorabas que las cosas fueran así. Si algún día lees esto, Leonardo, que no te quede la menor duda de lo mucho que te quise, que te quiero, que aún a veces regresas en forma de sueños y en esos momentos quisiera no despertar porque solo ahí nos pertenecemos y siento que eres bueno. Y si en verdad me querías, ¿por qué nunca hiciste algo para demostrarlo? Pudiste hacer a un lado a todo el mundo y pedirme que lo intentemos, yo solo deseaba tener la seguridad de que te quedarías conmigo cuando tuvieras dudas o cuando sintiera que te olvidabas de mí. Creo que en algún momento me deshice de la fantasía de que me querías como yo a ti. Incluso pude soportar la idea de que ni siquiera lo intentarías. Pero tú nunca fuiste honesto. Nunca te deshiciste ni por un maldito momento de tu ego engrandecido para comprender cómo me sentía cada que aparecía alguien que amenazaba con

alejarte para siempre de mí. Lo único que tenías que hacer era venir a abrazarme cuando te extrañaba demasiado y las llamadas no eran suficientes. Nunca pretendí cambiar tu forma de ser ni exigir explicaciones sobre lo que hacías cuando no estabas conmigo. Solo tenías que decirme que todo estaría bien porque eres el único al que le creo y que puede alejar a los monstruos que viven en mi cabeza. Podías irte cuantas veces quisieras, siempre y cuando volvieras cuando te lo pidiera.

Ahora que miro todo en retrospectiva descubrí que nunca me dijiste lo que querías, tenía que crear mis propias conclusiones para aprender a entenderte. Tenía que inventar mis propias historias en las que me mentía diciéndome que todo estaría bien sin ti. Siento que aún soy muy joven para estar tan cansado, tan desilusionado y tener el corazón tan roto, pero mi problema es el exceso: pienso demasiado, siento demasiado, te extraño demasiado y lo peor es que tengo miedo de que nunca me abandone este estado mental.

Aquel verano se llamó Damián y no hice nada por evitarlo. Tú desapareciste entre tus propios asuntos y te tomaste el tiempo suficiente para hacerme ajeno a ti. Me quedé triste y confundido y sepulté lo nuestro en mi jardín. Coloqué una planta encima para recordar dónde se encontraba y dejé un hueco abierto por si quería volver a respirar. Si hubieras estado aquí, él no habría existido. Si nunca hubieras entrado al coche de Daniel habríamos pasado juntos el verano para pretender que nos entendíamos. Si no te hubieras alejado mi corazón no se habría cubierto de polvo y no habría pasado noches enteras preguntándome cómo serían las cosas si pudiera regresar al pasado y cambiar algo. Deseaba que supieras que no estaba molesto contigo y que seguía en espera de que llegaras mañana a hacer como si nada.

Las vacaciones se fueron en un parpadeo y Damián se convirtió en un extraño que aprendió a conocerme demasiado bien. Estuvo, escuchó, soportó y esperó hasta que perdió la paciencia porque su contacto no derretía la tristeza que dejaste guardada en mi pecho. Aun así, se quedó conmigo y estuvimos tristes juntos.

Nos ocultamos de los días calurosos bajo la sombra de los árboles en los parques y en los aparadores del centro comercial porque no teníamos a dónde ir. Conoció a Max antes que tú y por las noches esperaba al otro lado del teléfono a que me durmiera. Aprendí de rock y de arquitectura moderna. Habría sido una

buena historia, pero no era lo que yo quería y lo dejé morir en esa estación. Todo lo que pudo ser se limitó a una amistad pasajera que se llenó de silencios porque no podía mencionarte frente a él sin que de sus palabras surgiera algo que reconocí como celos.

Regresé a la universidad sin expectativas, fastidiado de todo y de todos antes de tiempo. Cada vez adquirí más experiencia para evadir a las personas. Lo bueno de haber pasado casi desapercibido los primeros semestres de la carrera es que nadie notaba mi presencia o mi ausencia. Salvo Mónica o Benjamín, quienes de inmediato dedujeron que mi cambio de actitud se debía a ti e hicieron todo lo posible por conocer cada detalle de lo que había pasado contigo. Ignoro si Benjamín le habrá contado algo a Mónica de lo que sabía. Lo que sí supe es que Daniel y tú ya no estaban juntos y aunque tuvieron unos cuantos encuentros después no fue importante, quiero decir, nada como lo nuestro. Él te superó bastante bien, supo florecer y yo me quedé en espera de que nacieran las semillas que pusiste dentro de mí.

No tuve noticias de ti las primeras dos semanas de clases, parecía como si no existieras. Fue un alivio porque caminaba con la seguridad de que las cosas volverían a la normalidad para mí, pero regresaste y volví a perder la cabeza.

A veces llegaba más temprano de lo necesario a la universidad para leer en el aula vacía antes de que iniciaran las clases. Un día me caminaba sobre el pasillo solitario y una voz demasiado familiar me alcanzó y me ordenó «entra». De esa voz surgieron unos brazos y me tomaron por la cintura para conducirme al interior de un salón vacío que estaba muy oscuro porque tenía las persianas cerradas. Los brazos cerraron la puerta y me acorralaron contra ella. Mis ojos trataron de adaptarse a la oscuridad y pude reconocer ese brillo salvaje que se asoma de tu mirada, como si tuvieras sed de energía. Tus exhalaciones aterrizaron en mi rostro y tu cuerpo me inmovilizó sin dejarme opción de escapar. Era una escena demasiado comprometedor y la adrenalina me advirtió que estaríamos en problemas si alguien nos descubría. Tuve miedo de ti y de tu manera tan natural para encontrar rincones a oscuras en los que podías atacarme de nuevo. Me pregunté si ya habías estado ahí con alguien. Detectaste mi temor y te alejaste de mí para que yo relajara mi postura, pero no tenías intención de dejarme escapar. Con una mano me tomaste del brazo y con la otra descolgaste la mochila de mi

hombro, me quitaste los lentes y los acomodaste con cuidado en el pupitre más cercano. Eras más grande de lo que recordaba, habías hecho ejercicio durante el verano y te resultó más sencillo aprisionarme.

Pasaron unos minutos, sentí cómo nuestros latidos se sincronizaron y cuando comprendiste que yo no tenía intenciones de hablar rompiste el silencio.

— ¿Por qué me odias?

Me encontraba en un punto en el que no supe diferenciar entre odio y desilusión. Frente a mí estaba el Leonardo intrépido que me tomaba de la mano y me llevaba por el estacionamiento del instituto bajo la lluvia, el que me despeinaba en medio de la cafetería, al que nunca busqué y siempre encontraba. También me encaraba un Leonardo que me costaba reconocer, no por los músculos que habían crecido, sino porque ahora conocía la versión que los demás tenían de ti: el depredador, el despiadado, el que juega con sus víctimas antes de devorarlas.

— No te odio —dije en voz baja porque temía que alguien pasara frente al aula y nos descubriera—. Lo intenté, pero no pude.

— ¿Entonces por qué no me has buscado?

— Porque pensé que estarías demasiado ocupado con Daniel —no me esforcé ni un poco en disimular mi enojo.

— Mateo —tu voz se suavizó tanto que erizó mis sentimientos y me obligó a bajar la guardia—, ya te expliqué que solo se trataba de un amigo. No sé qué te hayan dicho o qué hayas visto, pero tienes que creerme a mí. Él era nuevo aquí, viene de la misma ciudad que yo y lo ayudé a adaptarse, eso es todo.

— ¿Por qué no me buscaste tú?

— Admito que tengo un problema de comunicación —confesaste—, pero déjame saber que estamos bien, es todo lo que te pido.

Te acercaste demasiado, me invadiste como es tu costumbre, tomaste mi rostro entre tus manos y sin darme oportunidad de decir algo me besaste. Derretiste en mí lo que el día más caluroso del año no pudo y me condenaste a besos por mi ausencia. Las paredes de ese salón se convirtieron en testigo de nuestra travesura y prometieron guardar nuestro secreto. Incluso nos avisaron cuando estuvimos a punto de ser descubiertos por las personas que comenzaban a desfilar al otro lado de la puerta.

Me diste un beso más, tomaste mis lentes y mi mochila y atravesamos el umbral del aula tomados de la mano. Cuando la luz de la realidad nos descubrió, me soltaste y comprobé que estar contigo era todo lo que necesitaba. Tus palabras eran suficientes para mí y aunque habría deseado que nos quedáramos más tiempo ahí, sabía que el tiempo es un laberinto con intenciones desconocidas que nunca da pistas de hacia dónde nos lleva.

No pasó ni un día cuando comencé a desmoronarme en cenizas porque reté demasiado a la suerte. Cuando salimos del salón tuvimos una plática sobre los libros que leí durante el verano porque no te importó qué más había hecho, tampoco hice preguntas sobre lo que tú hiciste y supongo que esos días se irán al olvido. Te conté la historia de un niño que sueña con ser un monstruo para aterrorizar a todo aquel que se cruce en su camino, dijiste que sonaba interesante y me pediste que te lo prestara. Tomé nota mental de llevar el libro al día siguiente y nos despedimos al final del pasillo, me dirigí a clases y tú te fuiste a seguir con tus asuntos. Permanecí callado el resto del día porque no quería responder más preguntas a Mónica o a Benjamín. A la hora de la salida me escabullí de ellos y me llevé una extraña sorpresa al encontrarme a Damián en la entrada del instituto con un aspecto diferente. Ya no era el punk con el que pasé los días abrasadores, se había convertido en una versión más sobria y a primera vista no lo reconocí. Lo único que conservaba era la perforación en su nariz, pues todo el alboroto de su cabello estaba oculto bajo una boina que le daba un aspecto más amigable. Le pregunté qué hacía ahí y me dijo que fue por mí para invitarme a comer. Dudé en aceptar, pero al final lo hice porque no tenía tanta tarea y pensé que me haría bien salir con mi nuevo y optimista estado de ánimo.

Damián y yo caminábamos hacia la salida del centro comercial cuando me interrumpió para decirme: «ahí viene tu novio». ¡Já! Si supiera que es precisamente lo que nunca hemos sido. Miré a la dirección que señalaba y te vi acompañado de 3 amigos tuyos. Levanté mi mano para saludarte, mi rostro no terminó de armar una sonrisa porque de inmediato construiste una pared entre tú y yo. Comprendí de inmediato lo que ocurría. Regresé la vista a Damián con arrepentimiento y él se encogió de hombros porque asumió que las cosas no estaban bien. Sentí cómo mis huesos se desvanecían por un error que no tuve intención de cometer. Me

condenaste a tu odio y no me diste la oportunidad de salvarme del destierro. Te convertiste en un experto en castigarme con tu ausencia y tu silencio.

A la mañana siguiente guardé el libro en mi mochila junto a la esperanza de que aquel malentendido tuviera solución. Tomé una inhalación de valor y con las manos estremecidas te escribí en un mensaje que tenía algo para ti. Un presentimiento me dijo que no recibiría una respuesta y no se equivocó. A menudo me he preguntado si en verdad ese fue el motivo de tu huida o si solo fue un pretexto para convertirte en humo sin dar explicaciones y mucho menos oportunidad de una justificación. Te fuiste y te llevaste todas las posibilidades de que las cosas volvieran a ser como al principio. Y a partir de ese momento no supe hacer otra cosa más que esperarte.

Me apena contarte todo esto. Años después supe que esto fue lo que aniquiló tus ganas conmigo y a pesar de todas las veces que nos separamos y volvimos a estar juntos nunca pude recuperarlas por completo. Lo único que hice fue destruirnos y dar inicio a una larga temporada de culpa y castigo. De todas las cosas que he hecho, esta es la que más tardé en perdonarme y desearía saber si tú ya lo hiciste. Cuando pensé que lo habíamos superado me confesaste que lo que ocurrió esa tarde fue la razón por la cual me dejaste olvidado en el mismo lugar en el que condenas a las personas que se volvieron despreciables en tu vida.

Me sentía culpable, triste y enojado. Tras unos momentos de darle tantas vueltas al asunto reconocí que ya había tenido suficiente de lo mismo. No había espacio para más desilusión y tenía que cambiar de página. ¿Ves el error? Lo que debí hacer fue terminar el capítulo, mejor aún, terminar la historia. Pero no, todavía quedaba demasiada tinta para escribir sobre ti.

En un arranque de euforia que sirvió para enfatizar mi cambio de actitud fui al sanitario, me mojé la cara y pasé un buen rato mirándome al espejo. Examiné mi rostro, mi estatura y mi complexión para recordarme quién soy y lo mucho que valgo. Sé que no soy un modelo de revista, pero la naturaleza fue generosa conmigo y no tenía nada que reclamarle. A pesar de todos los elogios que me di, descubrí también que algo no encajaba, me veía desanimado y tenía la mirada perdida. No me caracterizo por ser el alma más alegre de la fiesta, pero el Mateo que me miraba estaba cansado de cargar con tanta tristeza. A ti ya no te interesaba lo que tenía que decir, pero yo estaba destinado a pasar conmigo el resto de mis días y lo menos que

podía hacer era despedirme de todo ese drama. Tuvimos días buenos, Leonardo, pero quería recuperar mi confianza y dejar de pensar demasiado en ti.

Tengo que admitir que cuando estoy triste soy muy injusto y egoísta, espero que los demás me traten como si mi problema fuera el único en el universo y soy inconsciente de que nada gira a mi alrededor. Fui a buscar a Benjamín al aula en la que acostumbraba a reunirse con sus amigos para recuperar lo que quedaba de mí y todo el peso que había dejado atrás se subió de nuevo a mis hombros porque no pude evitar escuchar que hablaban de ti. Alguien contaba la historia de Daniel contigo, repitieron lo que le dijiste a Fernanda y mencionaron algunos nombres de quienes seguían con su turno en mano.

— Bueno, pero también Daniel se veía con su ex al salir de clases. Los dos eran igual de mentirosos —dijo un chico cuya voz no reconocí.

— ¿Recuerdan cuando nos presentó a Paola como su novia en el evento de bienvenida? —dijo una segunda voz que tampoco identifiqué.

— ¿Ya ves, Fernanda? Por no aceptar salir con Leonardo cuando te lo propuso te ganaron el lugar —intervino el primer chico.

Entré en silencio al salón y ellos siguieron con su conversación. Al fondo estaban Mónica y Benjamín, quienes palidieron como si hubieran visto a un fantasma.

— ¡Ay, cállate! —Se defendió Fernanda—. ¿O sea que es bisexual? Yo pensaba que nada más le gustaban los hombres.

Sin quitar la mirada de mí, Benjamín abrió la boca para decir algo, pero Erika, quien estaba sentada al lado de Fernanda, lo interrumpió.

— Es un nefasto, a mí me cae muy mal. Prefiero que Daniel regrese con su ex y miren que también es un pesado.

Una bola de fuego nació en mi interior y sentí cómo recorrió mi estómago hasta subir por mi garganta y convertirse en palabras que olvidaron ser procesadas por mi cerebro.

— ¡Ustedes no conocen a Leonardo! No saben nada y no deberían seguir hablando de él —gasté mi último aliento de sensatez y lo que siguió fue un temblor en todo mi cuerpo y unas inoportunas ganas de vomitar.

— ¿Y tú sí? —me retó Erika.

Ahí venían de nuevo las espinas en mi garganta y esta vez no iban a impedir el llanto. La presión era tanta que solo pude coordinar mi cuerpo para dar la media vuelta y azotar la puerta al abandonar el salón en llamas. Mónica y Benjamín escaparon del incendio y me alcanzaron en la entrada del módulo. Caminaron conmigo en silencio hasta que nos alejamos lo suficiente de la multitud para poder hablar.

— ¿Qué acabas de hacer? —preguntó Benjamín sin ocultar su asombro.

— ¿Estás bien? —quiso saber Mónica.

— No lo sé —di la misma respuesta para ambas preguntas.

— Mateo, tienes que confiar en nosotros —dijo Mónica brindándome consuelo que no quise aceptar—. ¿Todavía te sientes mal por lo de Leonardo y Daniel?

— Sé que no debería, pero no puedo dejar de pensar en eso —solté finalmente.

— Erika tiene razón, Leonardo es un nefasto y no vale la pena —añadió Benjamín.

— La verdad es que cuando se sentó con nosotros en la cafetería no pensé que fuera tu tipo —confesó Mónica.

—Pues no —suspiré—. No lo era.

Mi tipo. Nunca me puse a pensar en si eras mi tipo, si éramos compatibles o si lo único que teníamos en común era que ambos te adorábamos. Mis amigos me ofrecieron su apoyo sin hacer más preguntas, escucharon mis reclamos e hicieron su mejor esfuerzo para esfumar mis constantes ganas de llorar. Fuimos por pizza para levantar los ánimos y para mi sorpresa funcionó. La pizza es la respuesta universal a todos los problemas sentimentales.

Mi seguridad y las ganas de conservar el buen humor se tambaleaban y amenazaban con abandonarme. En ocasiones tú también lograbas perderte, otras veces volvías en alguna canción o llegabas sin avisar a mis pensamientos, pero sin duda la manera más cruel en la que te hacías presente era a través de los rumores. Después de mi intento por defenderte lo nuestro quedó al descubierto. El incendio que provocaron mis palabras se expandió hasta los oídos de personas que ni siquiera conocía y que se acercaban a mí para tener más de ti. Reconozco que fue un error, que actué sin pensar y que nunca llegué a dimensionar las consecuencias de esa explosión de coraje y celos, pero me descontrolé al escuchar a esas personas hablar de ti como si te conocieran de verdad. Pensé que lo hacían por envidia y

odí que se sintieran con el derecho de pronunciar tu nombre para ensuciarlo, pero lo cierto es que ellos podían ver en ti el cinismo y la malicia que yo nunca supe reconocer. Recibí solicitudes de amistad y nuevos seguidores, en un instante dejé de ser anónimo y me convertí en un personaje recurrente en los comentarios de pasillo. A menudo llegaban a mí con un nuevo rumor sobre ti: que si todas las tardes veían tu auto estacionado afuera de la casa de uno, que si habías comenzado a hablar con otro, que si ahora salías con aquél o que si coqueteabas con alguien más. Prefería no saber más sobre ti ni qué hacías, de todos modos, los nombres que me entregaban no tenían rostro para mí y los cuentos eran cada vez más inverosímiles. Después comencé a coleccionar todas las historias que me contaban. Convertí en un pasatiempo catalogar a las personas con las que estabas, en su mayoría eran chicos con los que solo saliste un par de veces, ellos no me interesaban, quizá no hacían más que ir a cenar o al cine y los llevabas a casa. Si te querían de verdad o no dejó de ser asunto mío. Me atormentaban los que lograban entenderte más de una semana y que incluso se atrevían a publicar fotografías contigo como si quisieran marcar su territorio. Me sacudí toda la dignidad del cuerpo y me volví obsesivo. Caminaba por los pasillos preguntándome quién sería tu siguiente presa y qué trampa le pondrías para atraerlo. Lo único en común que teníamos tus víctimas es que todos éramos menores que tú, pero algunos eran más listos y lograban escapar antes de que fuera demasiado tarde. ¿Qué tenían de especial para llamar tu atención, Leonardo? ¿Qué buscabas en esos ríos de éxtasis y adrenalina juvenil? En más de una ocasión quise ser como cualquiera de ellos para volver a tenerte al menos una vez más. Sentí envidia por todos los que pudieron superarte u olvidarte y seguir con su vida. No importaba cuántas veces me esforzaba por evitar saber de ti, siempre encontrabas la manera de seguir atormentándome.

El semestre avanzó y los cambios en mi vida amenazaban con derrumbar mi estabilidad. Cambios en mis pensamientos, cambios en el ambiente, cambios en las clases y cambios con las personas que me rodeaban. Mónica comenzó a hacer sus prácticas profesionales y Benjamín consiguió un trabajo de medio tiempo en un cine. Dejé de pasar tiempo con sus amigos porque ya no quería ser el blanco de la broma ni el oyente de tus aventuras. Tú también te alejaste de ellos y ya no era fácil encontrarte en los pasillos.

El otoño vestía los jardines del instituto con sus hojas caídas y el peculiar viento de octubre me ayudó a despejar las tormentas que dejaste en mi mente. Recuerdo la tarde que sonreí por primera vez después de mucho tiempo al sentir el crujido de las hojas secas bajo mis pies. No me importó llegar a tiempo a clases porque escuchaba una canción que no hablaba de ti. Pude haberme quedado ahí un poco más, sintiéndome liberado de ti y cerca de salir de tu vida. Cuando pensé que podía volver a ser el mismo de hace unos meses todo el panorama se puso fuera de foco. Dos sombras se acercaron a mí con sus enormes sonrisas y te trajeron para congelarme una vez más. Al principio no los reconocí, luego recordé que eran los que hablaron de ti la vez que dejé en llamas aquel salón de clases. Sobrevivieron al incendio y aunque no recordaba sus nombres, ellos sí sabían el mío y querían cobrar factura por mi rabieta.

— ¡Mateo! —intervino el primero, delgado, de mi estatura, cabello castaño claro, pómulos pronunciados, labios curvos, ojos verdes y manos grandes.

— ¿Te acuerdas de nosotros? —preguntó el segundo, de estatura más baja, cuerpo robusto, ojos cafés, piel morena, cabello negro y barba erizada.

Avancé hacia el interior del instituto con el presentimiento de que nada bueno saldría de esa conversación, pero ellos no se dieron por vencidos, estaban dispuestos a hacerse notar y a dejar sus firmas en mi sentencia.

— Nunca tuvimos oportunidad de hablar contigo —dijo el muchacho de los pómulos—. Me llamo Mauricio y él es Gerardo —señaló al de barba.

— ¿De qué quieren hablar conmigo? —cuestioné con un tono inquisidor.

— De lo que pasó la otra vez —dijo Gerardo.

Quise fingir que no sabía de qué hablaban, pero me pareció más importante terminar pronto esa conversación.

— No tiene caso —dije con firmeza—, pasó hace mucho tiempo y ya no es asunto mío.

— Queríamos disculparnos —intervino Gerardo—. No sabíamos que tú también habías estado con él.

Cuando Gerardo dijo eso me sentí como si tuviera una mancha que permitía que me señalaran como otro tonto que no supo escapar de ti. «Tú también», me dijo. Yo también formé parte de tu colección. Yo también te serví como

distracción cuando estabas aburrido. Yo también te di la atención que tanto necesitas. Yo también era un número en tu lista, una marca en el conteo de los corazones que robas. Miré a Gerardo con el sentimiento lacerado y él pareció leer mi mente.

— No vayas a pensar que... —Gerardo se sintió tan avergonzado de que yo pudiera imaginar que tú, que él, que tú con él y no pudo terminar la oración—. Pero él... —y señaló a Mauricio.

— Tal vez deberías huir de ahí antes de que sea demasiado tarde —dije deseando que alguien me hubiera dado ese consejo cuando te conocí.

— Yo ni siquiera estoy ahí —exclamó ofendido y movió las manos como si el simple hecho de mencionarte resultara tan peligroso que fuera necesario sacudirse tu presencia de encima—. Él es quien me busca.

Sabía que no debía seguir dando importancia a lo que hicieras o con quien estuvieras, pero no podía evitar sentirme abatido. Tal vez nunca entienda por qué mis sentimientos son así contigo, mucho menos por qué no he logrado que desaparezcan. No eres más que un tornado que tiene la capacidad de destruir continentes con su sonrisa. Arrasas con la poca paz que logro reunir y nunca te detienes a pensar que el daño que causas puede significar el último aliento para un corazón que agotó todas las posibilidades de estar contigo.

— Además —continuó Gerardo—, Leonardo sale con uno de mis amigos.

Gerardo tomó su celular y me mostró la fotografía de ese chico. Delgado, cara afilada, barbilla prolongada y cabello negro. Calculé que recién había cumplido 18 años y me pregunté si eras de esos que buscan a niños más jóvenes para sentir que tienen el poder o para robarles su vitalidad.

— Quizás él sea el indicado —fingí no prestar atención en la fotografía y dejé salir todo el sarcasmo que se acumulaba en mi cuerpo.

— Lo dudo —continuó él—. Mi amigo dice que Leonardo es muy extraño y que se le pasaba mordéndolo de la nada. ¿A ti también te mordía?

Me sentí atemorizado y expuesto. Cada vez que alguien te describía utilizaba los elementos de un verdadero depredador. Lo siguiente será escuchar que arrancas la cabeza de las personas.

— Debo irme —concluí la conversación.

La cabeza no me daba para entrar a clases, así que caminé hacia la salida de la universidad mientras reprochaba lo injusto que fue la manera en la que te atesoraba como mi secreto mejor guardado y lo fácil que alguien más te presumía con sus amigos. ¿A él no le pediste que fuera secreto? De ser así confiabas en las personas equivocadas. Nunca te importó pensar qué será de las almas que decides olvidar de repente. Siempre me he preguntado cuál es la fórmula que siguieron todos los que han probado de ti y lograron superarte. Me avergüenza imaginar que tal vez soy el único que sigue atrapado en el instante en el que tu sonrisa se coló entre mis pupilas y los jardines del instituto se convirtieron en cómplices de nuestro encuentro al crear un escenario tan cotidiano que se volvió extraordinario. Los perros que fueron adoptados ese día crecieron, los estudiantes que pasaban por ahí se graduaron, tú has ido a dejar a casa a varios chicos diferentes cada noche y yo aún tengo 19 años, en espera de que vuelvas y me digas «hola».

Me pregunté si conmigo te sentiste dominante alguna vez, si era lo que buscabas, si lo conseguiste, si tuviste demasiado y por eso te olvidaste de mí. Me convencí de dejar a un lado esas interrogantes, pues no tenía sentido seguir torturándome con eso porque tú nunca me dirías la verdad. Caminé un poco más y pensé en lo absurdo que era seguir teniéndote en mi cabeza después de todos esos meses. Caminé y volví a sentir la humedad de tu boca cuando nos besamos por primera vez. Caminé y mis manos sudaron de nuevo. Caminé y tu voz. Caminé y el aroma de tu cuello. Caminé y ahí estabas tú.

Te encontrabas con tus amigos en la cima de las escaleras que conectan con la salida del instituto. Tan guapo, tan azul, tan feroz, tan tú. Quise dar la media vuelta, pero era demasiado tarde porque nuestras miradas se cruzaron.

Apuesto a que estuviste a punto de hacer lo mismo porque en cuanto me viste se borró la sonrisa de tu rostro y dio paso a una expresión de incomodidad. Comencé a subir las escaleras con la esperanza de que apareciera un portal que me expulsara al otro lado del planeta y tú te separaste de tus amigos para bajar de prisa. Mi corazón se aceleró, pero ya no era por la emoción de verte, era porque también quería escapar de ti.

—Hola —dijiste—. ¡Qué alegría verte!

Frente a mí estaba el Leonardo con el que había descubierto los colores de la primavera y que no he podido ver con alguien más, el que creaba mundos para que yo pudiera sentirme a salvo. ¿Dónde estaba el Leonardo malvado del que todo el mundo hablaba? ¿Por qué yo no podía verlo?

Cuando eres lo único que habita en mi campo visual logras desvanecer la incertidumbre. Luego te fragmentas y de ti nacen distintas dimensiones: el depredador, el inexpresivo que finge una vida perfecta en redes sociales, el de mis recuerdos, el de mi insomnio, el de mi llanto, el de los relatos de los demás, el guapo, el mío, el ajeno y el que me miraba a los ojos en ese momento. ¿Quién era el verdadero? ¿A quién conocía yo?

Mi mente imagina fantasmas, reproduce recuerdos, crea miedos, pero no inventa personas. Estoy seguro de que existes, que algo de lo que sentiste por mí tuvo que ser real y que yo creí reconocer mi hogar en alguna de tus versiones. ¿Pero con cuál? Es como si todos mis sentidos se hubieran impregnado de ti, pero cuando te alejas solo hay vapor y cada vez que alguien habla de ti pone en mi cabeza una cinta editada de lo que eres o de lo que los demás creen que eres. Hoy no sabría reconocerte, Leonardo, pero ten la certeza de que la escena de ti bajando las escaleras del instituto a principios de aquel otoño me devolvió, por un instante, la capacidad de sentir que la violencia con la que siempre vuelves no es tan agresiva después de todo. Dije que también me daba gusto verte y fingí tener prisa con pasos torpes hacia cualquier lugar donde no estuvieras tú.

Las horas avanzaron y las estrellas tomaron con cinismo su lugar en el cielo, como si dentro de mí no hubiera un universo que se crea y se destruye a consecuencia de tus acciones. La suma de emociones vividas ese día me agotaron, intenté dormir, pero tu presencia llegó para regalarme desvelo.

Tu nombre iluminaba de nuevo la pantalla de mi teléfono y aceleró mi respiración. Siempre sabes dónde y cómo encontrarme, y robas todas mis ganas de alejarme de ti.

— Te extraño, Mateo —tu voz al otro lado del teléfono me devolvió a la realidad de la madrugada como una alarma sonando después de una noche de fiesta—. ¿Por qué escapaste así hoy?

— Leonardo, tú no sabes...

— Sé lo que dicen de mí —interrumpiste—. Pero también sé que me conoces mejor que ellos y que eres demasiado inteligente como para creer esos rumores.

Iba a decir que tú no sabes nada sobre los efectos de tu presencia en mí o sobre cómo tus diferentes versiones habitaban en mi incertidumbre. No sabes que también te extraño y que me alejé de todas esas personas porque preferí tener intacto el recuerdo de tus palabras y de mi cabeza sobre tu pecho. Por favor, Leonardo, yo no soy inteligente, soy un imbécil que nada más existe cuando quieres. Hiciste de mí un rompecabezas y reemplazaste las piezas que me complementaban con pedacitos de papel que se convierten en cenizas cuando decides que ya no quieres armarme.

— ¿Entonces quién eres? —Solté la pregunta que había estado atorada en mi garganta los últimos meses.

— No estoy seguro —dijiste luego de unos segundos de reflexión—, pero saber que estás del otro lado hace que me sienta menos perdido.

— Pero yo ya no quiero seguir así. No puedo esperarte más y no quiero olvidar la sensación de tu tacto. Siento que me he perdido por tratar de descifrarte. No puedes desaparecer, dejarme con todas las dudas y volver cuando doy los primeros pasos para salir de tu control. Es injusto, Leonardo. Es cruel.

— Me siento muy solo —continuaste como si lo que acababa de decirte no tuviera sentido—. Y cuando estoy por tocar el fondo pienso en ti y tu recuerdo me lleva a la superficie. Entonces tomo aire y todo desaparece de nuevo. Y en ese momento sé que tengo que volver a ti.

— ¿Qué te hace pensar que tendré fuerza para esperarte siempre?

— Solo sé que eres el lugar al que debo volver —exclamaste.

Mi pulso se calmó y pude escuchar el viento soplar al otro lado del teléfono. Eran casi las 2:00 a.m. y no fui capaz de preguntarte dónde estabas. Preferí imaginarte en la banqueta afuera de tu casa, con tu nariz enrojecida a causa del frío y tus manos entumecidas dentro de los bolsillos de tu chamarra, con tus audífonos puestos, los mismos que dan voz a la música que escuchas cuando sales a correr y que ahora servían como pista de aterrizaje para que mis palabras lleguen a tus oídos. Me puse de nuevo a tu alcance. Mi sensatez se dio por vencida y abandonó la batalla que sabía que nunca podría salvarme de ti. Me bendijo y me dejó a tu suerte. Yo

ya no tenía intención de seguir con la llamada, solo esperaba a que te despidieras o colgaras el teléfono, daba igual. Supiste que yo no tenía nada más que decir y asaltaste de nuevo.

— Mateo, hace unos días pensé en ti y descubrí que nunca aprendí a entenderte.

— ¿A qué te refieres? —El repentino cambio de tema me confundió.

— ¿Con quién pasas los domingos? ¿Qué haces en tus ratos libres? ¿A quién le cuentas tus sueños o tus preocupaciones? ¿Cuántas veces al día piensas en el futuro? ¿Me ves ahí cuando visitas ese lugar?

— Leonardo, no entiendo a dónde quieres llegar —afirmé.

— A ti, siempre a ti.

Esa noche deshojaste la luna para que pudiera dibujar un mapa de lo que hay en mí cuando no estás tú. Te hablé sobre cómo mi papá se fue de la casa cuando tenía 16 años y nunca lo volví a ver. La última imagen que tengo de él es cuando metió con brusquedad sus cosas en una maleta. Esquivé las últimas bombas que mis padres soltaron en la guerra familiar que viví. Cuando mi papá se fue sentí que mi pecho pesaba demasiado y no podía dejar de pensar que de alguna manera había sido culpa mía. Mamá besó con sus lágrimas mi cara, pero no pudo limpiar esa idea. Reconocí que sentía un alivio de no tener que lidiar con los problemas de mi sexualidad frente a él, pero también tenía cargo de conciencia al ocultárselo a mi mamá.

Te confesé que no hablo con nadie sobre mis sentimientos porque siempre han sido algo privado y que mucho menos he contado lo que tenía contigo. Omití la vez en la que la desesperación salió de mi cuerpo y dejó al descubierto nuestra clandestinidad. Por eso escribo, porque es la manera que encontré de convencer a mis sentimientos de que no me ahoguen. Quisiera decorarlos con flores y dejarlos en la puerta de tu casa para que les des de desayunar y te enamores de ellos, pero no te importaría. Siempre que los tuviste en tus manos los soltabas, se los dabas a los perros hambrientos y repetías en tu mente que ese no era tu problema.

Mientras la madrugada se colgaba de las manecillas del reloj dijiste que tu situación no era diferente. Me contaste que la relación con tu padre se limitaba a lo cordial, que también tenías temor de conocer su reacción si se llegara a enterar que sales con chicos y con chicas. Te referiste a él como un buen proveedor de

familia. Supe que tu mamá es la persona que más te inspira en el mundo y que admiras la fortaleza con la que se enfrenta a las adversidades. Hablaste de lo mucho que amas a tus hermanas y de cuánto te preocupa saber que algún día ellas tendrán que conocer el sufrimiento. Me confesaste que cuando eras niño tenías problemas de dialecto, tartamudeabas y asististe a terapia, y yo desee haber estado ahí. Tu recuerdo más feliz de la infancia eran las caminatas por los campos de trigo con tu abuela y en tu mundo convivían dinosaurios y astronautas con toda tranquilidad. Envolviste mi oído con las imágenes brillantes de tus memorias y ahora revivo todo eso como una película de mala calidad.

Parecía que cada segundo parecía estar cargado de caféina y así pudiste hablarme sobre la melancolía que te causaba pensar en tus relaciones fallidas. Así lo dijiste: en plural y sin entrar en detalles. Te quise preguntar si yo estaba también en esa lista, pero tu voz me envolvió y me hizo olvidar hasta las historias que los pasillos contaban sobre ti y tu manera de devorar a ingenuos como yo. Esa noche te comprendí un poquito más y te quise tanto que sentí pena por los poetas que no te conocieron y no pudieron inspirarse en ti para crear sus obras de arte. Sin embargo, todas esas veces que volviste solo sirvieron para ayudarme a entender que nunca te ibas a quedar. La versión confiable, honesta y cariñosa que me mostrabas siempre se esfumaba con la luz del sol. Nunca supe qué era lo que te alejaba de mí o si yo no hacía algo para provocar tu ausencia. Sea lo que haya sido, quiero que sepas que nunca fue mi intención, que siempre traté de mostrarte mi lado más dulce y que cuando se asomaban las inseguridades dejaba que durmieran bajo mis párpados sin decírtelo. Por eso a veces mi insistencia te buscaba con desesperación, corrompida por la ansiedad de no saber dónde encontrarte, asustada por la idea de que me hubieras olvidado y esta vez fuera definitiva. También quiero que sepas que a veces tengo que inventar historias que me cuenten por qué no quisiste quedarte conmigo.

Fue ridículo desear que tuvieras la intención de alejar todos esos sentimientos de hastío que sembrabas en mis latidos, que si te pedía que no te fueras harías caso sin reproches. Me dejarías recostar mi cabeza sobre tus piernas y acariciarías mi oreja mientras te contaba todos los detalles sobre mi día y tú me hablabas sobre tus planes para el día siguiente.

No sé extrañar poquito y nunca fue mi intención ser tan inseguro, Leonardo.

¿Cuántas cosas de las que te he contado recuerdas, Leonardo? ¿Cuántas otras no sabías? De cierta manera a mí me ha ayudado sacar todo esto. Creo que incluso me emociona llegar al final, con cada párrafo puedo soltarte un poquito más fácil porque es como si a las palabras les crecieran alas y se convirtieran en colibríes que rondan por mi ventana y me prometen que todo estará bien. Me dicen que los ríos que salen de mis ojos se evaporarán y lloverán sobre las flores que están a punto de nacer.

Los días que siguieron luego de nuestra madrugada por teléfono fueron tan buenos que a veces dudo de si fueron reales. Desempolvamos el sueño con conversaciones nocturnas en las que visitamos nuestro mundo y creímos que esta vez lo construimos de verdad. Éramos tú y yo de nuevo, sin visitantes externos.

Mónica y Benjamín nunca supieron que volvimos a estar juntos. Me volví cercano a Gerardo y a Mauricio y ellos correspondieron con su tiempo y amabilidad. Resultaron ser amables conmigo, a veces nos encontrábamos en los jardines o en la cafetería y lograba sostener con ellos conversaciones como las que nunca pude tener con mis amigos. A veces te colabas en nuestras pláticas y ellos demostraban genuina alegría por saber que las cosas iban bien. Gerardo llegó a comentar que tal vez la madurez había llegado a ti, que quizá yo era la estabilidad que buscaste con los demás chicos y que nunca encontraste. No lo había pensado de esa manera, pero me gustó creer que en verdad había algo especial en mí que siempre te hacía volver. Tal vez fue la casualidad, tal vez la vida me puso a prueba para saber si era lo tan ingenuo como para volver a confiar en ti o tal vez fue mi impertinente deseo por hacer que lograras ver la magia en mí. El caso es que estábamos juntos de nuevo y esta vez en verdad lo intentamos (al menos yo lo hice).

El semestre terminó y lo único de lo que se hablaba era la mítica fiesta de fin de año que organizaba Benjamín. A diferencia de la última vez, ahora todo era distinto. El buen humor y yo habíamos hecho las paces y nos acompañábamos a todos lados. Tú y yo también celebramos haber sobrevivido al curso y a nosotros mismos en medio de todo el caos.

El último día de clases me esperaste afuera del salón donde entregaron calificaciones finales y cuando firmé el acta que comprobaba que habíamos

concluido el semestre huimos de la universidad sin remordimiento y sin mirar atrás. El sol se ocultaba y nosotros le dimos la espalda mientras avanzábamos hacia el centro de la ciudad porque decidimos que celebraríamos por el final del semestre con pizza. El calor dentro de tu auto era perfecto y esa tarde descubrí que la luz en rojo del semáforo servía para que pudiera besar tu mejilla y recargarme brevemente en tu hombro. Conectaste tu teléfono al estéreo y anunciaste que tenías una sorpresa.

— Escucha lo que descargué —la música comenzó a sonar y cantaste todo el camino. Cantabas muy mal, pero yo disfrutaba demasiado verte cerrar los ojos y apretar tu puño cuando la emoción de la interpretación lo solicitaba. Reconocí de inmediato qué canción era y tú hiciste que el rojo se convirtiera en mi nuevo color favorito, porque de eso hablaba la letra: de un amor peligroso, triste, bonito y trágico, pero, sobre todo, de un amor que era rojo intenso. Cantabas frases que sirvieron como presagio a lo que vendría después porque te perdí, te extrañé, traté de olvidarte y al final siempre regresabas a recordarme lo ardiente que es estar contigo.

Me gustaba tanto cuando mirabas tu reloj y calculabas el tiempo, me gustaba cuando mirabas por el retrovisor para saber si podías cambiar de carril, me gustaba cuando disminuías la velocidad y yo te ayudaba a encontrar un lugar en el que pudieras estacionarte. Me gustaba todo. Siempre supe que estaba condenado.

Lo más emblemático que tiene esta ciudad es un gran reloj de torre que siempre está expuesto a los aires que corren por las calles. Cuando nos bajamos del auto me preguntaste qué opinaba sobre ese monumento y me enorgullecí al darte una cátedra de todo lo que sabía al respecto.

— Me gusta demasiado cuando te hago una pregunta simple y tú sacas un montón de datos que nadie más conoce —respondiste a mi lección antes de colocar tu brazo alrededor de mí y cruzar así la calle. Me sentí tan protegido, tan seguro, tan tuyo.

Entramos al restaurante, un lugar cálido, tranquilo y hasta romántico. El lugar olía a pizza de leña y estaba ambientado por una luz tenue. En las paredes eran de ladrillo y de ellas colgaban pinturas de faros y muelles. Elegimos una mesa a lado de una ventana que daba a la calle y mientras esperábamos a que nos dieran la carta nos pusimos a imaginar cómo sería la vida de las personas que pasaban por ahí.

— Ella se dirige a la tienda porque va a comprar mantequilla para preparar galletas esta noche —inventé a una señora que caminaba mientras guardaba dinero en su cartera.

— Buen intento —exclamaste—. Ella se dirige a su casa, pasó la tarde con su novio y su madre la está regañando porque debió llegar hace una hora —fuiste muy específico al crear esa situación para una chica que hablaba por teléfono y caminaba muy de prisa.

— ¿Y por qué su novio no fue a dejarla a casa? —cuestioné.

— Porque tenía que ir a ver a su amante —afirmaste. Ese último comentario me hizo sentir... incómodo y apuesto a que tú lo notaste.

El camarero rompió la tensión dándonos la bienvenida y entregándonos las cartas.

— ¿Me permites elegir? —interrumpiste mi lectura del menú.

— Sorpréndeme —respondí sin mirarte a la cara porque aún me sentía aturdido por escucharte usar la palabra *amante*. Pediste pizza de carne al pastor y dos naranjadas. Me sentí satisfecho con tu elección, no había comido desde el desayuno y ya tenía mucha hambre. Luego de unos momentos distantes decidí dejar pasar el desafortunado comentario y disfrutar la noche, quizá sería la última contigo antes de que regresaras a casa de tus padres para pasar ahí las vacaciones de invierno.

— ¿En qué piensas? —pregunté para ahuyentar al silencio.

— En ti —respondiste sin titubear.

— ¿En qué de mí?

— En que estoy feliz de que estemos aquí —respondiste, me gustaba mucho cuando te referías a un *nosotros* y hablabas en plural. Una sola frase tenía el poder de abrazarnos y colocarnos en un lugar fuera del alcance de las cosas que no tenían sentido cuando estaba contigo—. ¿Por qué te fuiste tan rápido el día que nos encontramos cerca de la entrada del instituto?

No esperaba que hicieras esa pregunta, no estaba seguro de tener una respuesta concreta. A veces es demasiado complicado explicar mis sentimientos y pretender que alguien los entienda. Pero eras tú, seguro tú sí lo sabrías entender, así que aclaré mi mente, tomé aire y respondí a tu pregunta.

— Porque estaba demasiado abrumado...

— ¿Por lo que cuentan de mí? —no me dejaste terminar de hablar.

— En parte —reconocí—. Pero también de luchar contra mis ganas de ir hacia ti. Nunca me diste una explicación para saber por qué te habías alejado, estaba cansado de sentirme culpable y de inventar respuestas para aprender a descifrarte. ¿Sabes? Te extrañé demasiado, pero nunca hubiera hecho algo por buscarte.

No pudiste ocultar tu cara de sorpresa por la sinceridad de mis palabras. El camarero dejó las bebidas sobre la mesa.

— Bueno... eh... agradezco que no seas de las personas que guardan rencor y que permitas que nos demos esta oportunidad.

Tomaste tu naranjada y la elevaste al centro de la mesa, yo te imité, las chocamos e hicimos más ruido del que esperábamos. No sé si brindaste por nosotros, por mi ingenuidad o porque lograste hacerme caer de nuevo sin el mínimo esfuerzo. Yo brindé por tu sonrisa, por la suavidad de tus manos que tanto había extrañado, por el calor de tu voz que siempre me hacía sentir en casa. Sabía que quería pertenecer ahí siempre, yo era un canario que seguía por voluntad propia el movimiento de tus manos, sabía que si me dejabas ir no sabría qué hacer con tanta libertad y preferiría morir.

Las horas se derritieron al calor de los hornos y la pizza no fue suficiente para alimentar a las mariposas de mi estómago. Cuando terminamos de cenar decidiste que era momento de irnos a casa y te pedí que rodeáramos el reloj del centro antes de subir al auto. En el fondo sabía que algún día te irías de nuevo, así que tenía que coleccionar la mayor cantidad posible de recuerdos contigo, tomar fotografías mentales de tu sonrisa frente a todas las paredes y las calles por las que anduvimos. Ahora esa ciudad en la que solías abrazarme se desmorona como si estuviera hecha de migajas.

Al subir al auto me hundí en el asiento del copiloto, el que siempre deseé que solo fuera mi asiento, te contemplé pasar frente a mí y no pude evitar sentir nostalgia por la primera vez que me llevaste a casa.

— ¿Cómo te sientes esta noche? —pregunté bajito e interrumpí la melodía que hacía el canto de las estrellas.

— Siento que voy a reventar por haber cenado tanto —respondiste sin rastro de emoción en la voz, porque no quisiste o porque no pudiste entender a qué me refería.

Bajamos las ventanas, el aire de invierno acarició nuestros rostros y mis manos perdieron todo rastro de sensibilidad debido al frío.

El camino de regreso a casa estuvo lleno de palabras, nunca nos faltaban las historias y los sueños para contar. Cuando te estacionaste en la esquina de mi calle te pregunté si irías a la fiesta de Benjamín.

— No lo he contemplado —respondiste con la propiedad que te caracteriza—. No tengo los mejores recuerdos de esas fiestas. ¿Tú irás?

— Lo tengo que considerar —dije avergonzado porque sabía que te referías a Damián y a lo que ocurrió la última vez —. Solo iré si van mis amigos.

— Espero que te diviertas y regreses con cuidado a casa —me pediste.

— Ojalá cambies de opinión y decidas ir.

No me diste una respuesta, en cambio cerraste tus ojos y tomaste mi rostro entre tus manos. Seguí tus movimientos sin cuestionarlos, ese beso dejó un eco en mí que me llenaba de aliento cuando cerrar los ojos e imaginarte bastaba para mí. Nos separamos y nos volvimos a unir al ritmo de un compás que inventábamos con nuestra respiración y cuando las ganas decidieron que era suficiente sonreíste y pusiste a tus dedos patinar sobre mi mejilla.

— Sabes a queso —exclamaste como si confesaras la última travesura que habías hecho—. Y me encanta.

No me importa si no tiene relación con lo que te digo, quiero que sepas que nunca olvidaré tu rostro iluminado por las luces rojas y los faros de la calle, tus manos en el volante, tu mirada fija en el camino, tu sonrisa, tu cabello y los sueños que tienes por cumplir. Desearé verte llegar a la cima y festejar contigo, y mientras escribo esto, te extraño demasiado.

A menudo cuestiono tu manía de querer controlar todo lo que sucede a tu alrededor y de tu afán por ocultar cada uno de tus movimientos. Siempre me tomaste por sorpresa y no porque fueras hábil, más bien impredecible.

Dediqué mi primer día de vacaciones a ver películas en mi habitación. Busqué en internet los títulos que me recomendaste, siempre hacías énfasis en que no te gustaban las historias con final feliz. La primera que llamó mi atención fue una sobre dos jóvenes que tienen una especie de relación sexual/sentimental y pasan el día patinando con sus amigos en las calles de la Ciudad de México. También se

dedican a vender su propia sangre y a conseguir donadores para el mercado negro. Una premisa bastante inusual para las historias que estoy acostumbrado a ver. Ese día era la fiesta de Benjamín y no tenía planes de acudir, tal vez porque también tenía malos recuerdos de la última ocasión o porque me habías dicho que tampoco asistirías. A media película Mauricio me llamó por teléfono, pensé que trataría de convencerme para ir, en parte fue por eso, pero tú eras la razón principal.

— Arréglate, paso por ti a las diez de la noche —dijo Mauricio apenas descolgué el teléfono.

— Gracias, pero ya te dije que no quiero ir —puse los ojos en blanco porque comenzaba a fastidiarme su insistencia.

— Leonardo va a estar ahí.

— ¿Cómo lo sabes? —pregunté con mi incredulidad atorada en la garganta.

— Erika me dijo.

— Bueno —tomé aire—, tal vez si no me dijo que iría es porque lo acaba de decidir o porque va a ir con sus amigos o qué sé yo —comenté para justificarte.

— Eso no es un pretexto —exclamó Mauricio molesto—. Anda, ponte galán y vamos a sorprenderlo.

Pasaron poco más de 45 minutos hasta que Mauricio me dijo por mensaje que ya se encontraba afuera de mi casa. Durante ese tiempo me puse todo lo que había en mi clóset y me decidí por una camisa azul a cuadros, jeans negros y botas del mismo color. Tomé un abrigo gris y al salir de casa olvidé guardar mi seguridad en los bolsillos. Mauricio llegó acompañado de Gerardo y Erika, en el camino le llamaron a Benjamín y él confirmó que aún no llegabas. Antes de entrar a la fiesta supe que haber asistido era una mala idea, había demasiada gente y para variar me sentía fuera de lugar. Erika se unió a Mónica, quien brindaba con sus amigas, Mauricio y Gerardo se unieron a un grupo de chicos más grandes que nosotros y Benjamín no estaba por ningún lado. Esta vez decoraron la casa que fungía como sede oficial de fiestas con luces neón que transformó el lugar en un antro de verdad.

Cuando llegamos a la fiesta no había rastro tuyo, todas las caras eran ajenas para mí. La multitud era un mar de gente que bebía y bailaba hipnotizados por la música. Estuve seguro de que, incluso si ya hubieras llegado, jamás te habría

encontrado. Sin necesidad de consumir alcohol me sentí mareado y perdido. Decidí que había tenido suficiente y que regresaría a casa, pero justo antes de despedirme un chico pelirrojo me tomó del brazo y me dijo al oído que ya habías llegado. No tengo idea de quién era ese sujeto y mucho menos cómo sabía que estaba en espera de que llegaras. Le di las gracias y me separé de ellos, no para buscarte, sino para evitar que los latidos de mi corazón ahogaran la música y todos se dieran cuenta de mis ganas de verte. Me equivoqué al pensar que confundirías entre la multitud. Tu mirada destacaba por sobre las personas que perdían su color a tu lado, tu sonrisa al saludar a tus amigos opacaba las luces neón y te convertían en una luciérnaga capaz de iluminar una ciudad entera.

Todos se abrían paso para dejarte avanzar, eras capaz de dividir ríos con tu presencia y yo era una molécula de agua a la que decidiste inmovilizar para llegar a ella.

— ¿Por qué no me dijiste que vendrías? —Me preguntaste mientras me abrazabas ante la mirada furiosa de quienes apenas lograron conseguir de ti un saludo o un apretón de manos.

— Porque lo decidí a última hora, no sabía que estarías aquí —mentí.

— Vienes a ligar, ¿verdad? —Dijiste con una sonrisa que dejaba al descubierto la maldad de tus intenciones.

— No digas eso —respondí en medio de una carcajada—. Igual estoy por irme, quiero regresar a dormir.

Me miraste confundido, como si desenredaras los hilos que marcarían mis movimientos bajos tus manos. Lo pensaste todo durante algunos segundos y luego añadiste:

— Espérame un momento, voy a saludar a mis amigos y después regreso —diste la media vuelta y avanzaste hacia la multitud. La música no hacía eco en mis oídos, frente a mí se vivía una imagen surrealista de personas que proyectaban algo que mis ojos no entendían. Ellos reían, brindaban, bailaban y yo me encontraba de pie recargado sobre una pared sin lograr asumir que toda la tristeza del mundo encontró un refugio en mi pecho.

Mónica se acercó a mí y me tomó del brazo para llevarme con su grupo de amigos, todos se veían demasiado alegres a causa del alcohol en su sistema. Tomé

asiento en un sillón que se encontraba junto a ellos y miré la hora en mi celular. Era medianoche, ya no había rastro de ti y la presión susurraba en mis oídos que debería salir ya. Lancé un suspiro de desesperación y en ese momento el sillón que me refugiaba fue empujado por el peso de un muchacho robusto que se recargó en él. Le costaba sostenerse y tenía la cara demasiado brillante. Temí que en cualquier momento se fuera a caer y me levanté para sostenerlo si eso sucedía. Mónica se acercó a él y le dio un vaso antes de que yo pudiera incorporarme.

— Se lo tengo que decir hoy —decía el muchacho en medio de balbuceos—. Esta es mi noche.

— Toma, relájate un poco, Orlando —escuché que le dijo Mónica.

— Es que no entiendes, él y yo estamos destinados a serlo todo —insistía Orlando con mucha determinación—. Además viene solo, eso significa que ya terminó con su novio que nadie conoce.

— No, eso no ha pasado —añadió Mónica. Moví mis manos, encogí mis hombros para preguntar a quién se refería Orlando y ella me miró con una risa nerviosa.

— ¿Entonces dónde está y por qué lo deja venir solo? —Exclamó Orlando, temí que se fuera a desvanecer en cualquier momento—. ¿Sabes? Si Leonardo fuera mi novio jamás lo dejaría solo para que nadie me lo robe.

— Orlando, por favor ya guarda silencio, descansa un poco —le ordenó Mónica.

— ¡No quiero! —Exclamó Orlando regalándome la imagen de un gran bebé en medio de un berrinche porque no se quiere meter a bañar—. A ver ¿quién es ese novio? Quiero verlo, anda. Quiero saber contra quién compito.

La paciencia de Mónica se rindió y puso los ojos en blanco, tomó el rostro de Orlando y lo giró hacia mí.

— Es él —soltó en medio de una exhalación.

Contemplaba la escena con la boca abierta, temeroso de que Orlando se abalanzara sobre mí y me inmovilizara bajo su peso. Su rostro se tornó rojo y no supe si fue consecuencia del coraje, la borrachera o la vergüenza. Mónica lo abrazó y él se recargó en el hombro de mi amiga. Me sorprendió descubrir la fuerza de Mónica para sostener ese gran cuerpo, Orlando se incorporó y se acercó a mí para rodearme con su brazo. De él emanaba un fuerte olor a sudor que no pude soportar y de inmediato me separé para no ahogarme con el hedor. Él se echó

para atrás con indignación por mi gesto y yo me di la vuelta para alejarme. Pese a su inconveniente estado etílico, Orlando era alguien muy insistente, me tomó del brazo con fuerza y me atrajo hacia él porque la conversación no había terminado. Contuve mis ganas de zafarme de golpe porque temí que la situación se tornara aún más incómoda.

— ¿Cuánto tiempo llevan juntos? —quiso saber.

Me resultó extraño que Orlando se refiriera a mí como tú «novio». Me pone sensible esa palabra y me ridiculiza recordar lo mucho que deseaba que algún día me llamaras así. Podía entregarme a ti con ese título dentro de mis fantasías, aquellas en las que estabas conmigo en las noches de fiesta como esa. Incluso con las personas de rostros desconocidos todo era sobre ti y sobre tu poder de desordenar las cosas cuando no estás cerca de mí.

— No llevo la cuenta —admití.

— ¿Leonardo es tu novio y no sabes cuánto tiempo llevas con él? —cuestionó Orlando con indignación.

— Es que es complicado.

— Supongo que no debe ser fácil estar con alguien con una reputación como la suya.

— ¿A qué te refieres? —Quise saber.

— Por favor —dijo Orlando con ironía—. Todos sabemos cómo es él. No sabe estar con una sola persona. Eso es bueno para mí, supongo que en algún momento llegará mi turno.

— ¿Tu turno?

— No te ofendas, todos sabemos cómo es y si tú estás con él es porque has aprendido a lidiar con su forma de ser. Es más, brindemos por Leonardo y por todos los hombres con los que lo tienes que compartir —concluyó Orlando antes de beber todo el contenido de su vaso de un solo trago.

Me retiré antes de que él terminara su ridículo brindis y me dispuse a buscar a Mónica, Mauricio, Gerardo, Benjamín o quien fuera a para que me acompañara a la salida, no porque no pudiera o no supiera cómoirme, necesitaba que alguien me pidiera que me cuidara o que me preguntara si me encontraba bien para mentir y decir que sí.

Encontré a mis amigos reunidos en el jardín en un círculo alrededor de Gerardo porque había tomado demasiado y se sentía muy mal. Estaban demasiado ocupados y nadie notaría mi ausencia. Estaba listo para volver a casa, pero aún me esperaba la última intervención de la noche.

8

— ¡Mateo! —Escuché a alguien llamarme desde la entrada de la casa.

En ese punto ya estaba más que fastidiado. Me urgía terminar con ese día, perderme bajo mis cobijas y esperar a que la falta de oxígeno solucione todos mis problemas. «Ahora qué», pensé antes de fingir que no había escuchado mi nombre y dejar que mi ausencia reemplace mi lugar en esa fiesta.

— Mateo, espera —repitieron antes de tocar mi espalda y hacerme girar para encontrarme frente a un sujeto rubio y delgado de lentes que no recordaba haber visto antes. Mi expresión dejó en evidencia el desconcierto y él lo notó.

— Hola, Mateo. Creo que no me recuerdas, soy Kevin, amigo de Damián. Estuve en la fiesta pasada —explicó.

— Hola, ¿qué tal? Lo siento, ese día estaba distraído y no recuerdo haberte visto —me disculpé.

— Sí, todos lo notamos —mencionó con un tono amable—. Te vi llegar y tenía ganas de saludarte, pero te perdí la pista. Voy por un cigarro, ¿quieres?

— Te lo agradezco, pero no fumo —dije—. De hecho, ya estaba por irme.

— Qué lástima, me habría gustado charlar un momento contigo —continuó Kevin y tocó mi hombro, mi cuerpo se tensó a causa del contacto y él retiró su mano de inmediato—. ¿Tal vez en otra ocasión?

— Claro, me parece buena idea.

— Préstame tu teléfono —me pidió.

Obedecí y él anotó su número. Se despidió con un apretón de manos y cuando se fue te vi acercándote. En la casa había una fiesta épica que despedía todas las preocupaciones y las calificaciones del semestre, en el jardín mis amigos sufrían el rechazo del alcohol en su cuerpo y frente a mí se acercaba el depredador más peligroso para acorrallar una vez más a su presa más débil. No tenía ánimo de platicar contigo, pero tu electricidad me mantuvo estático y esperé sin expectativa hasta que llegaras a mí.

— ¿Quién era él? —Cuestionaste.
— No sé —respondí a la defensiva.
— ¿Estabas ligando? —Insististe.
— ¡No! —Alcé la voz.
— Bueno, ya me voy —cambiaste de tema—. Te llevaría a tu casa, pero voy a salir de la ciudad.

— ¿A esta hora? —Pregunté confundido.

— Sí. Iré a ver a un amigo. En enero me voy a Europa a estudiar un semestre de intercambio y debo arreglar muchas cosas. Bueno, vete con cuidado y sé más discreto cuando estés coqueteando —te fuiste.

¿Qué sentido tenía todo, Leonardo? De la lista de acontecimientos se desprendió el chico pelirrojo y su anuncio a tu llegada, Orlando en espera de su turno para estar contigo, la amabilidad de Kevin y tu molestia porque creíste que tenía un interés en él. El mal enfoque que tuviste hacia las cosas que ocurrieron resultó en aquella madrugada donde mi ánimo se alimentó con el humo de los cigarrillos y las gotas de alcohol que quedaban al fondo de los vasos y que nadie se preocupaba por consumir. Sé que si hubiera insistido en querer estar a solas contigo no lo habría conseguido.

Pienso en todo esto porque hay días en los que me canso de jugar con nuestros recuerdos y divagar entre lo real y lo que me gustaría que hubiera sido. Le pido al olvido que dibuje tu rostro mientras rodeo mi casa para no caminar por la calle en la que tú siempre me dejabas. Algunas otras veces me pierdo en el frío y regreso a aquella vez que llegó el invierno y tú me dijiste que te irías.

El silencio de la noche coordinó mis movimientos para que pudiera separar los pies del sitio en el que me dijiste que habías preparado todo para irte. Pudiste lanzarme por la ventana, pudiste enterrar un vidrio en mi garganta y deslizarlo hasta mi abdomen, pero sabías que la forma más eficiente de acabar conmigo era por medio de tu ausencia anticipada. Mónica y Benjamín se acercaron a mí y dijeron que esperaron a que te fueras para decirme que te habías enojado cuando me viste platicar con Kevin. Él y yo habíamos intercambiado unas cuantas palabras y tú me condenaste sin darme la oportunidad de defenderme. Mónica llamó a un taxi para que no tuviera que ir a buscarlo hasta la avenida y cuando llegó me preguntaron si estaba bien. Dije que sí, pero no era verdad.

A veces imagino a los monstruos que viven debajo de mi cama preguntándose si estoy bien, atentos a que en todo momento se escuche el sonido de mi respiración mientras duermo, aliviados al verme llegar a casa luego de una noche de fiesta. Creo que entre ellos debaten para saber quién saldrá de su escondite a hablar conmigo y decirme lo que estoy tan cansado de escuchar: que no vales la pena y que merezco algo mejor. Ellos no saben nada, ellos no te conocen como yo lo hice. No se atrevieron a descubrir qué hay detrás de ti cuando los reflectores se apagan y nadie te mira. Aquella noche llegué a casa a esconderme detrás de la sombra de mi melancolía y comencé a contarles cómo conquistaste cientos de planetas y en ninguno te quedaste a vivir. Yo era una estrella y usabas el reflejo de mi luz para no quedar perdido en la inmensidad del espacio. Quise convencerte para que te quedaras, pero tú no te cansaste de explorar otras galaxias, hasta que te aburríste, decidiste viajar a la velocidad de la luz y aun así no pude alcanzarte. Me paré frente al espejo para quitarme la ropa y descubrí que a mis sentimientos cansados de ser siempre ellos los que se desnudan, así que decidieron mostrar qué tan avergonzados se sentían a través de mi cuerpo. Me recosté sobre mi cama y les dije a los monstruos que viven debajo de ella que tenía ganas de huir por la puerta trasera y llegar hasta el otro lado del mundo para saber qué buscabas en Europa que no estuviera aquí y traértelo. Cargar sobre mi espalda todos los paisajes y decorar con ellos tu ventana para que los vieras al despertar. Tomar toda la comida de cada país y ponerla sobre tu mesa. Tú querías el mundo entero y yo no podía dártelo. Les conté a esos cobardes entrometidos que nunca fueron capaces de asustarme que esa noche no te abracé porque después no habría querido soltarte nunca y me habría subido a tus zapatos para evitar que te fueras. ¿Acaso te ibas porque habías terminado con todos los hombres de la ciudad e ibas a buscar nuevas presas? Estaba decidido, Leonardo, te irías a cientos de kilómetros de mí y yo me había convertido en un perro que se quedó sin trucos para impresionarte.

Al día siguiente publicaron en internet las fotos que mostraban el lado genial de la fiesta. Por supuesto omitieron aquellas en las que hay personas inclinadas en el inodoro o con el maquillaje corrido. Tú no compartirías ninguna fotografía, sin embargo, algunos cometieron la indiscreción de capturarte y poner en evidencia lo bien que la pasaste. No lo digo en tono de reclamo, en verdad disfrutaste la noche. Algunos

sumergidos en sus tragos y otros con resacas tempranas, pero tú estabas acompañado de dos chicos que no supe reconocer, pero tenían rostro de estrella de cine.

Benjamín me llamó para decirme que todos los que se habían quedado después de la fiesta comprarían algo para desayunar y me invitó a ir con ellos. Llegué a la casa de siempre y por un momento creí haberme equivocado de lugar porque no había rastro de la fiesta de la noche anterior. Apenas pude ver a mi fantasma de pie en el mismo lugar en el que dijiste que te irías a estudiar a Europa. Es curioso pensar que algunos días antes atardecí contigo y ahora amanecía con la noticia de tu ausencia. Nunca pude pensar mal de ti a pesar de las veces en las que te comportaste como un cretino, nunca aprendí a rechazar el veneno de tus poros cuando estás molesto y quieres acabar con todo a tu paso, pero lo único que destruyes es a mí. La casa estaba impecable porque todo el desastre estaba acumulado en mi corazón.

Benjamín rompió el récord a la carcajada más fuerte cuando le conté mi encuentro con Orlando y Mónica me hizo saber que también le preguntaste a ella si conocía a Kevin y qué hacía conmigo.

— Leonardo no sabe lo que quiere —afirmó ella—. Te deja y después se enoja porque estás con alguien más. Ya no debes permitir que sea así contigo.

— Sí —dije con la mirada puesta en el suelo—. Tal vez deba dejar que se vaya... de mi vida.

¿Qué se hace cuando alguien se va? Despedirse. Incluso si nunca estuviste. No me malentiendas, Leonardo. Siempre he sabido que eres alguien que está destinado a conquistar el mundo. Algún día una de las avenidas más importantes del país tendrá tu nombre. Todas las tardes caminaré por ella y me encargaré de capturarla en postales cada estación del año. El problema con tu noticia es que me la diste sin anestesia, sin prepararme para una ausencia tan prolongada. Es cierto que meses antes me había hecho a la idea de esta ciudad sin ti, pero esta vez era diferente. Estarías al otro lado del mundo, Europa sentiría envidia de nuestro pequeño rincón en el planisferio porque aquí estaban tus amaneceres y todos los suspiros que regalas cuando despiertas. Europa sería apenas un renglón en el libro que describe tu vida y aun así era una línea con más peso que las páginas en donde yo aparezco.

Entonces, ¿para qué seguir con esto? Tú tenías muchas ganas de irte y yo dejé de desperdiciar en deseos mi petición de que te quedaras.

Tomé papel y una pluma, acompañé a la luna en su paso por el cielo mientras te escribía algo que no se acercó ni siquiera al pretexto de ser una despedida. Quise dedicarte las palabras más conmovedoras que hayas leído para que nunca pudieras olvidarme, para que me llevaras contigo en tu maleta o me tuvieras guardado dentro de tu libro favorito. Me convertiría en un parpadeo, una chispa en tu memoria que se encendería si alguna vez tus sentidos se conectan con algo que te recordara a mí. Aquella carta tenía la duda de si alguna vez llegaría a tus manos. Yo tampoco lo sabía, pero incluso si no pudiera entregarla antes de que te fueras podría romperla en mil pedacitos y después soplarles para que te alcancen, para que se conviertan en una nube y puedan llover sobre ti en cualquier momento.

Diciembre 15.

Leonardo:

No encuentro otra manera de iniciar esta carta que con la confesión de cuánto me gusta tu nombre. Te imagino diciéndolo cuando te presentas o cuando lo repites porque la persona con la que hablas no lo escuchó bien; imagino cómo nace de tu puño al escribirlo y lo imagino frente a tus ojos cuando lo lees en algún correo o documento importante redactado para ti. En fin, solo pensaba en eso.

Supongo que no tiene caso que me excuse por todas las veces que digo que ya no hablaré de sentimientos porque de todos modos lo hago de nuevo. Solo quiero reiterar que no tienes que sentirte comprometido por ellos, no quiero que representen un peso para ti. Mi mente y mi corazón ya no son un desastre (tan grande) y me hace feliz que hayas estado aquí para provocar tantas emociones.

La semana pasada se alojaron en mi pecho emociones intensas: el subidón de adrenalina que me dieron tus palabras cuando probaste mis labios aquella última vez; la seguridad que sentí (y que siento) cuando estás al volante, como si estuvieras a cargo del rumbo de mi vida, del destino, del movimiento de los planetas, y todo lo conduces siempre hacia un lugar correcto; la expectativa de que todas las cosas que hemos hecho tendrán una recompensa que jamás imaginamos; lo dulce y estresante que es esperar contigo a que algo pase: el tiempo, el polvo o cerrar los ojos sobre mi almohada preguntándome si estarás aquí al día siguiente; la ansiedad que dejan los sueños que no son bienvenidos, que forman parte de las malas bromas de mi mente y el viejo bajón ya conocido que se asoma cuando desnudo mis sentimientos y los dejo vulnerables ante tus manos para que los

tomes, los guardes en tu pecho o los arrojes lo más lejos posible para que ninguno de los dos vuelva a saber de ellos.

Hablar contigo de cualquier cosa es como refugiarse en un lugar seguro en medio de un campo de batalla, es abrir una ventana por la mañana y confiar en que el sol inundará mi habitación y la luz bañará mi piel, es seguir caminando hacia lo más profundo del mar y saber que me sostengo de algo que impedirá que me hunda.

Pero hablar contigo de sentimientos es complejo e incierto. Y aun así me gusta. Aunque las palabras en mi mente se atropellan por salir de prisa, no las culpo, mueren de ganas por alcanzarte y siempre olvido lo esencial. Y después ya no tiene sentido retomarlo, por eso bendigo la expresión escrita.

En fin.

A veces puedo percibir que también eres víctima de la incertidumbre que deja el futuro. Durante toda nuestra vida construimos peldaños para escalar y nunca estamos seguros de nada: si vamos por el camino correcto, si será suficiente para algún día conseguir algo o si al llegar a la meta podremos bajar la guardia y sentarnos a escuchar los latidos de nuestro corazón.

Supongo que te escribo esto porque quiero que sepas que comparto contigo ese sentimiento, aunque estoy seguro de que tú eres demasiado grande y bueno para un mundo complicado que se ha desmoronado, pero que te merece porque creo que eres una especie de héroe destinado a lograr grandes cosas (más grandes de lo que ya has hecho).

Los países, las personas, las emociones, todo lo que te espera hacen una fila y desean alcanzar tinta para que tú escribas sobre ellas en la historia de tu vida. Y luego estoy yo, en un lugar aparte. Tal vez en otro libro o en un pedazo de papel. Pero estoy. Domesticado. Ya sabrás a lo que me refiero.

Te escribo consciente de que siempre digo (y prometo) que no quiero agobiarte con sentimentalismos, pero también con el miedo que me da lo injusto que muchas veces es el mañana, sobre todo cuando se junta con la ausencia.

Así que dejo en esta carta todas mis ganas acumuladas de estar contigo. Guárdalas. Invítalas a mirar el primer atardecer que te reciba en Europa, permíteles soñar con tus ojos que son del mismo color que el sol y no las dejes morir nunca.

Sé que te vas y no te importa saber que te esperaré, así que conquista todas las ciudades que visites y descuida, que yo estaré bien.

Ojalá algún día...

Ojalá en algún lugar...
Te dedico todos mis ojalá.
Tuyo, Mateo.

Doblé la carta con mucho cuidado, como si se tratara del documento que guarda en su contenido la cura para todos los malestares, y las noches siguientes dormí con ella bajo mi almohada.

Aproveché las vacaciones de invierno para vaciar el corazón y dar espacio a razones de peso que me dieran una señal de qué hacer con el desastre en el que se había convertido mi vida. No recuerdo mucho de lo que ocurrió aquella temporada, pero te aseguro que pensé en ti, me pregunté si pensabas en mí y te preguntabas si yo pensaba en ti. Las ventanas empañadas de mi habitación me daban los buenos días y las mañanas nubladas me daban la esperanza de que cuando volviera a ver el sol, su brillo iluminaría mi camino hacia el destino que me esperaba con impaciencia.

A veces lograbas esfumarte con el humo del té que le regalaba calor a mi cuerpo, otras te quedabas en el ambiente como el aroma del pan recién hecho.

Max me acompañaba en silencio, siempre con la energía puesta en cada uno de sus pelos caninos que exigían que me levantara de la cama y saliera a pasear con él. Mi madre tuvo mucho trabajo aquella temporada, así que no tuve que dar explicaciones a nadie sobre mi estado de ánimo.

No me caracterizo por ser el más festivo en cuanto a Navidad se refiere. No me preguntes qué hice o qué cené porque no lo recuerdo. Mi cuerpo se quedó en esta ciudad que se dividió en dos: los lugares en los que estuvimos y los lugares en los que pensaba en ti; pero mi mente se fue del planeta porque no tenía caso quedarme si tú no estarías más.

TERCERA PARTE

Todos mis recuerdos tristes vienen de Europa y yo nunca he estado ahí

Cuando los días de primavera contigo se derritieron en mis ojos recordé a Mariana y lo culpable que me sentía por desear que estuvieras conmigo a pesar de saber que sus labios bailaban en tus mejillas cada que te veía. Lancé tantos suspiros que estuve a punto de consumir todo el oxígeno del mundo. Me pregunto si alguien alguna vez sintió esa pena por mí, si al pensar en el altar que tenía para ti en mi corazón lamentaba querer besarte. También pensé en Orlando y en lo seguro que se sentía al hablar de ti en la fiesta donde lo conocí. Esperaba decididamente su turno contigo y eventualmente lo consiguió, una vez compartió una fotografía contigo en sus redes sociales y frecuentemente te dedicaba pensamientos. También llegó a publicar la imagen de dos chicos caminando a través de la lluvia con sus maletas y protegiéndose bajo un paraguas, la imagen estaba acompañada de un texto que decía que aquellos podrían ser ustedes dos, pero eso era imposible porque tú tenías auto. Esa publicación me causó gracia, ternura y nostalgia. Mi ego herido se mofaba al ver que Orlando en verdad aspiraba a tener una oportunidad contigo y las repisas de mi corazón se llenaban de telarañas porque había pasado demasiado tiempo desde la primera vez que tú y yo caminamos de la mano bajo la lluvia. Pensé en ellos, en los que han estado contigo, en los que conocía, en los que faltaban y de los que no sabía su existencia. Tienes la capacidad de bailar con chicos que parecen haber sido moldeados en arcilla, llenar de ilusión a otros que sabían que estabas fuera de su alcance y dejar irremediabilmente herido a alguien como yo.

Un nuevo año comenzó y mi único deseo fue volver a ver los colores en mi vida. Todo se había tornado blanco y negro desde que anunciaste tu partida. Estaba ansioso por decirle adiós a aquel crudo invierno, así que sembré en mi pecho la semilla que daba ilusión a una primavera que sería amable conmigo. Me imaginaba caminando entre flores, viéndolas sonreír todos los días. La manera tan fácil en

la que te olvidaste de mí me hizo sentir simple como el vapor, fácil de borrar como un mal trazo dibujado a lápiz e invisible como el paso del tiempo en la madrugada. Me sentía todo menos humano y quería dejar esa sensación enterrada en las macetas del jardín que habían sido condenadas con el frío.

El primer día de enero soñé contigo. Estábamos sentados en la parte trasera de tu auto. No hablábamos, solo me abrazabas y yo te preguntaba «¿qué haces aquí?», pero tú no me escuchabas. Tenías guardadas en tus manos las palabras que se desmoronaron en mi boca la primera vez que te pedí que te quedaras y en cada exhalación me abrazabas más fuerte. Entonces venían a avisarte que tu avión estaba por despegar y olvidabas tu bufanda. Desperté a las 4 de la mañana con la sensación de haber estado en ese lugar y con el deseo haberme quedado a esperar ahí hasta que volvieras. Dejé que el sueño se evaporara con las horas del día, pero nunca imaginé que se trataba de un aviso de lo que venía a continuación.

Una semana después regresé de mi paseo matutino con Max y en mi celular encontré un mensaje tuyo: «Es mi último fin de semana en el país. ¿Te puedo ver?». Dejé mi teléfono en mi habitación y bajé a desayunar con mi mamá. Habías estado ausente durante las fiestas decembrinas y ahora volvías... como si nada.

Claro que moría de ganas por verte, Leonardo, ahora creo que no era porque te quisiera tanto, sino porque no aprendo y no aprendo y no aprendo. No hay otra explicación. Mi simpleza emocional se disfrazó de ganas de despedirme de ti, desearte un buen viaje y entregarte la carta; quería escucharte decir que me extrañarías y que a tu regreso me buscarías para ir por tacos porque allá los extrañarías.

En algún cajón de mi habitación tenía guardado algo de honor de emergencia y fui a buscarlo para dejarlo en libertad porque no lo necesitaría.

Lo siento); no me encuentro en casa.

Te envió un fuerte abrazo y te deseo un buen viaje.

¿A qué hora llegas?

Solo quiero verte antes de irme.

No estoy seguro.

*Dime a qué hora y paso por ti.
No podría partir sin despedirme.*

):

*Mateo, voy a estar 6 meses en el extranjero.
No quiero pasar esta noche solo.
Por favor.*

No tiene caso me mienta y te diga que consideraré siquiera dos segundos dejarte ir sin una despedida. Lancé toda mi dignidad y el duelo por tu falta de tacto al por la ventana y pasé el resto de la mañana con la mente hecha un agujero negro que absorbía todas mis buenas decisiones.

Regreso a las 8.

Te veo donde siempre.

El beso de la noche sobre la ciudad movió las manecillas del reloj con lentitud hasta la hora de nuestro encuentro. Mi ansiedad por verte disimulaba el frío de la calle y mi ingenuo optimismo robaban paciencia a mis ganas de estar contigo por última vez. Acordamos vernos a las 8:30, sin embargo, llegaste minutos antes de las 9:00. Mis huesos, mis tejidos y mis terminaciones nerviosas armaron una revolución en mi cuerpo, el cuerpo que sirve como anfitrión para todos los sentimientos que despiertan solo cuando saben que vendrás a verlos.

Una ráfaga de viento anticipó tu llegada y me despeinó el corazón. Te estacionaste justo frente a mí y te juro que cuando sonreíste sentí cómo el sol decidió demorarse más en salir porque no quería sentirse opacado por ti. Esta vez nos olvidamos de la coreografía marcada por el ritual de abrirme la puerta, pedirme que entrara y disculparte por el desorden, pues la estabas reservando para más tarde. Subí a tu auto y no fui capaz de contener las ganas de abrazarte antes de cerrar la puerta. Respiré el aroma de tu cuello y me sentí agobiado por lo familiar y ajeno que resultaba la cercanía de tu cuerpo.

— ¿A dónde vamos? —Me incorporé en el asiento del copiloto y pusiste el motor en marcha.

— A mi departamento —respondiste con la expresión de un león observando a la cría de un siervo que ha acorralado.

Durante el camino me contaste que tus amigos organizaron una fiesta de despedida y te llenaron de regalos que no podrías llevar porque tu equipaje estaba completo. Me convertí en piedra porque me percaté de que me encontraba con las manos vacías, salvo por un pedazo de papel con un montón de palabras que buscaban tener un significado, no tenía nada que pudiera hacerte recordar aquella última noche en el país con nostalgia y te inundé de ganas de volver. Dentro de unas cuantas horas estarías cruzando el océano y me aterraba pensar que no te dejarían abordar el avión si cargabas con mi recuerdo, entonces subirías con la nada turisteando en tu memoria y sería más fácil para ti olvidarte de mí.

Hiciste en voz alta una lista de todas las cosas que faltaban por preparar antes de ir al aeropuerto y en ningún momento mencionaste hacerme bolita para meterme en alguna de tus maletas, así que dejé de pensar en posibilidades y me dediqué a observar el camino por la ventana.

Cuando el trayecto comenzó a tornarse silencioso y solitario dijiste que la manera más fácil para llegar a tu casa era seguir las calles con luz y lo dijiste en serio. La colonia donde se encontraba tu departamento era muy oscura, pero el alumbrado daba las señales correctas para llegar a ti. Me pareció tierno suponer que la luz estaba ahí para evitar que te perdieras y que lo compartiste conmigo para que yo también pudiera encontrarte cuando sintiera que mi vida se corrompe y quisiera acurrucarme en tu lugar.

Te estacionaste en una calle sin pavimentar, la luz también terminaba y después de la esquina iniciaba de nuevo la oscuridad. Apagaste el motor del auto y me pediste que te ayudara a bajar tus cosas. Abriste tu cajuela y aparecieron a la vista algunas bolsas de regalo, trajes dentro de sus respectivos cubre polvo y un par de maletas que estando en el piso me llegaban a la cintura.

— Tuviste una gran fiesta de despedida —comenté mientras recibía las bolsas con los obsequios que te habían dado.

— Si quieres podemos regresar —comentaste al cerrar la cajuela.

— ¿Te saliste antes de que terminara? —Cuestioné con asombro.

— Sí —pusiste las maletas en el suelo y los trajes sobre ellas—. Moría de ganas por estar contigo —acariciaste mi mejilla.

Al entrar a tu departamento me prometí guardar el secreto de tu ubicación y de todo lo que se esconde tras la puerta que tiene la suerte de verte pasar cada vez que deseabas entrar o salir.

Encendiste las luces del interior y me diste la bienvenida pidiéndome que me pusiera cómodo, te disculpaste por el desorden y me preguntaste si quería algo para beber.

— Agua está bien, gracias.

Entramos a tu habitación y dejaste todas las cosas sobre un escritorio que se encontraba a los pies de tu cama. El cuarto no era como lo imaginé. En realidad nunca había imaginado cómo sería el lugar al que llegas para descansar. Tras el escritorio había una ventana que ofrecía una amplia vista de las luces de la ciudad y al fondo había una pequeña puerta que dirigía al sanitario. Me pediste que tomara asiento. En el ambiente deambulaba una carga de electricidad demasiado pesada que me brindaba la sensación de que esa noche estaba situada en algún lugar fuera del tiempo, que no formaba parte del transcurso habitual de los minutos. Abriste sin mucho interés tus regalos y sacaste una caja de chocolates que me entregaste en las manos.

— ¿Para mí? —Pregunté sorprendido.

— Sí, a mí no me gusta el chocolate —respondiste mientras abrías los demás obsequios.

— Eso no lo sabía —mencioné para continuar la conversación.

— Ahora lo sabes. Mis hermanas son las más felices cuando alguien me regala chocolates. Ahora tendrán que aprender a compartir contigo.

Sonreí halagado por la consideración.

— Eres la única persona que conozco a la que no le gusta el chocolate —dije con un tono de incredulidad en la voz.

— Tal vez sea una señal de que no debes confiar en mí —exclamaste como si estuvieras dictando una sentencia.

Debí hacerte caso.

Además del dato sobre el chocolate, esa noche aprendí algo más sobre ti, pues el último obsequio era un DVD de tu película favorita. La historia de un príncipe que abandona su reino luego de que su tío asesinó a su padre. El príncipe emprende un viaje para descubrir el significado de la responsabilidad y la valentía. Años más tarde vuelve para enfrentar a su tío y reclamar el trono. Me preguntaste si quería verla y yo asentí. Los vidrios comenzaban a empañarse a consecuencia del calor de nuestro aliento al contacto con el cristal apuñalado por el frío.

Sacaste tu computadora de uno de los cajones del escritorio y te recostaste en tu cama.

– Quítate el abrigo y acuéstate conmigo –me pediste.

Tomaste una frazada de tu armario, apagaste la luz y te recostaste en tu cama.

– Ven –extendiste tu brazo reservando un espacio para mí en tu colchón.

Me quité los zapatos y tomaste mi mano atrayéndome a ti para protegerme con tu cuerpo y cubrirme con la frazada. Con total atrevimiento usé tu pecho como almohada y lo primero que detecté fue el ritmo de los latidos de tu corazón. Nos abrazamos. Fue un abrazo largo. Tu corazón golpeaba los bordes de mi mejilla. Y quise quedarme ahí para siempre porque sentí tu aliento aterrizar en mi frente, recorrer el resto de mi cara e invadir cada centímetro de mi cuerpo.

Cuando la película inició, yo tenía 19 años y un pulso que obedecía el compás de tus movimientos. En una de las primeras escenas, cuando el rey presenta a su hijo ante todo el mundo, mi mayoría de edad se multiplicó y mi pudor escapó de mis poros y me esperó toda la noche afuera de tu habitación.

No había palabras, el idioma de las miradas tampoco era necesario porque ahora tus manos tenían el control sobre todo lo que ocurría dentro del cuarto que sustituyó su techo por el reflejo de la luz de la luna para que tus manos descubrieran los rincones que nadie había explorado antes.

Tu mano recorría mi piel al interior de mi camisa y yo me aferré a tu silueta como un niño pequeño que teme perder a su oso de peluche antes de quedarse dormido. Sentiste mi piel erizarse y detuviste tu recorrido regresando tu mano al exterior.

– ¿Por qué no continuas? –Susurré temeroso de haber reaccionado mal y ocasionar que te incomodaras. No respondiste. Me abrazaste con fuerza y besaste

mi frente. Elevé mi cabeza para poner mi mirada al nivel de la tuya y pese a la escasez de luz dejaste a la vista la maldad de tu sonrisa. Besaste mi timidez y volviste la vista a la película. ¿En qué momento el príncipe dejó de ser un niño? ¿Cómo es que nos perdimos la escena en la que el tío arroja a su hermano al precipicio para asegurar su muerte?

Regresé mi atención a la pantalla y sentí tu perversidad crecer desde el centro de tu pantalón.

— ¿Estás bien? —Quise saber.

— Guarda silencio —me pediste con brusquedad.

— ¿Por qué? —Insistí.

— Guarda silencio si no quieres que te desvista.

Pasaron tan solo unos segundos en calma y después te reté intencionalmente.

Yo: ¿De qué hablas?

Pausaste la película y pusiste tu computadora en el piso. Con tu mano izquierda tomaste mis dos muñecas y las colocaste sobre mi cabeza, con tu mano derecha cubriste mi boca y en un ágil movimiento pusiste tu cuerpo sobre el mío y desembocaste una exhalación en mi oído.

Tú: Te lo advertí.

No puse resistencia porque sería inútil y porque sabía lo que venía a continuación. Tu respiración se tornó agresiva, violenta, descontrolada y la mía perdió el ritmo. Cerré los ojos y las estrellas que adornaban el cielo afuera de tu departamento se mudaron al interior de mis párpados.

Tal vez no debimos, pero lo hicimos de cualquier manera. Suspiraste todo rastro de inocencia mía y comenzaste a manejar mi cuerpo al ritmo de tus latidos. Dibujaste paisajes en mi piel, arrugaste mi libre albedrío y arrancaste con tus manos todo rastro de compostura.

Bésame, Leonardo, si tu boca es el único destino de mi vida quiero vivir y morir ahí cada vez que tú lo desees. Mi cuerpo es un territorio inexplorado y tú eres un conquistador de nuevos planetas. Bautiza las partes de mi cuerpo y coloca una bandera con tus besos en cada una de las fronteras. Seca los ríos que han recorrido mis ojos las noches que no estabas y conviértelos en manantiales para que me llenen cuando desee más de ti. Dame a probar la punta de tus dedos, piérdeme en

las líneas de tu pecho y ahoga cada uno de mis suspiros entre los minutos que le estamos robando a la noche para que nos deje estar más tiempo aquí. Tómame por la cintura y gira mi cuerpo de tal manera que llegues a los lugares que la luz del sol no sabe que existen. Moldéame a tu voluntad, envenéname, ahórcame, dispárame, pero no me dejes vivir sin el elixir que sale de tus labios con el que consigues domarme. Aliméntame de ti y déjame respirar de tu aliento. Destrózame, porque después de ti no quiero saber qué más existe en el mundo. Nadie se mueve como tú, Leonardo. Nadie ha dejado huellas en mi piel de la misma manera que lo hiciste tú. Nadie tiene el mismo lunar marrón con forma de nube en el límite del abdomen.

Mis manos temblorosas echaron raíces al centro de tu espalda. El silencio fue sustituido por violentas palpitaciones y mi interior temblaba peligrosamente dejando sin vida a mi voluntad.

Te pedí más y por primera vez me diste más. No hubo un punto en el que terminara mi cuerpo e iniciara el tuyo, sabías exactamente lo que hacías y lograste conseguir que mi ángel me abandonara para que yo pudiera caminar detrás de tus pasos.

Confíe en ti y en cada uno de tus movimientos. Entraste a mi cuerpo de todas las maneras posibles y nunca nadie te hará salir de aquí. Aún recuerdo las expresiones de tu cara, los suspiros que lanzabas y cómo tus ojos se cerraban cuando probabas más de mí.

Cuando me besaste por primera vez creí conocer el cielo, pero esa noche supe que tú eras el infierno y preferí quedarme a vivir ahí.

Besé las yemas de tus dedos, espero que se hayan quedado así para que te besen cuando te acaricies.

Explotaste en miles de fuegos artificiales en medio de un rugido y cada uno de mis poros se llenó de ti dando paso a la creación de un nuevo universo en mi interior.

Eres el jefe, el dueño, el líder y esa es la única razón que se me ocurre para contarte todo esto en caso de que no lo recuerdes. Ahora puedes llamarme tuyo y aunque yo no pueda hacer lo mismo contigo, en mis noches de vigilia regreso al momento en el que mi cuerpo se hizo tan pequeño que bien podrías cargar con él al otro lado del mundo.

Pero no lo hiciste.

El orden de lo que vino después es confuso. Las secuencias de lo que dijimos se amontonan en mi cabeza y tropiezan unas con otras como niños emocionados al salir del último día de clases.

Nuestra respiración volvió a la normalidad y una vez más descansé en tu pecho. Los latidos de tu corazón se convirtieron en mi canción de cuna, pero esa noche no quería dormir. Miré al techo de tu habitación rogando que alguien me diga qué sería de mí cuando tú te fueras.

—¿Crees que Dios está enojado con nosotros? —Te pregunté.

—No tiene por qué, no hicimos nada malo —respondiste calmando mi ansiedad. Besé tu mejilla y me pregunté si, aunque sea un poco, aunque sea por un momento, aunque sea por un motivo me querías. Quise besarte de nuevo y descubrí que tus párpados ya estaban perdidos en el lugar en el que todos tus sueños ya se hicieron realidad.

Decidí que no te entregaría la carta que había escrito para ti porque muchos de los sentimientos que ahí habitaban ya no correspondían a los que despertaron sobre tu colchón y bajo tu cuerpo. Me puse mis lentes, cubrí mi espalda con tu camisa y encendí la lámpara de tu buró.

Leonardo:

He tomado una pluma y una hoja de tu escritorio para poder escribir esto. No te molesta, ¿verdad? Te observo y observo que mi silueta aún está tatuada en tu colchón. Tu respiración es tan profunda que tu aliento llena la habitación de paz aún después de la guerra que libramos bajo las sábanas.

Acabas de moverte. Por favor, no te despiertes. No quiero que me descubras llorando y con la vulnerabilidad desequilibrada. Tu carita es tan bonita cuando sueñas, cuando sonríes, cuando comes, cuando respiras, cuando existes.

Quiero escribirte una carta para desearte buen viaje, no algo que deje en evidencia lo que siento por ti, aunque siempre lo has sabido todo y aun así siempre fue más cómodo para ti fingir que nada ocurre entre nuestros corazones.

Me he puesto los audífonos y escucho una canción que habla sobre cómo una chica ha descubierto que su novio puede sostener la luz de la luna en sus manos cuando está con ella. La melodía acaricia

mi mente mientras recuerdo cómo me tocabas como si estuvieras tocando una guitarra. Enterraste tus uñas en mi espalda y tus dientes en mi cuello. Me quitaste la camisa con tal desesperación que mi pulsera roja salió volando. Sí, mi favorita. No sé dónde cayó. Si la encuentras al levantar tu ropa, por favor guárdala y llévala contigo.

¿Todavía conservas la foto que alguna vez nos tomaste en la cafetería de la universidad? Por favor mírala y mírame si alguna vez te sientes perdido y fuera de lugar.

Ojalá algún día conozcas todas las canciones que te he dedicado en secreto. Te escribiría una lista, pero es mejor dejarte con la incertidumbre. Así, cuando escuches una canción en la radio mientras manejas, te preguntarás si es esa, o la que sigue, o la que sigue. Será mi dulce manera de torturarte.

Mañana a esta hora estarás fuera del país, estoy pensando en ir al café al que fuimos en nuestra primera cita y encender un cigarro, no para mí porque sabes que no fumo, sino para incendiar cada suspiro que me queda de ti. Quiero dejar que todas las arañas caigan de mis ojos mientras recuerdo cuando conocí el calor de tus manos, cuando comimos helado y me preguntaste qué es lo que más me inspiraba, cuando iba caminando de noche y pasó la estrella fugaz a la que le pedí que el encanto que nos tiene enredados dure para siempre.

Sé de antemano que las semillas que dejaste dentro de mi cuerpo nunca van a florecer, a pesar de que tú las pusiste ahí con tus besos. Vas a olvidar volver para regarlas, lo sé. Y mis cuidados no van a ser suficientes porque soy demasiado torpe y te necesito, lo sabes.

En fin.

No encontré ninguna despedida lo suficientemente dramática para ti. Así que te dejo ir sin mis sentimientos en tus maletas y con más palabras de las que mereces.

Nos veremos en seis meses, cuando hayas atravesado el cielo varias veces y recorras parte del mundo deseando encontrar algo parecido a lo que has vivido conmigo. Ahí estaré. O tal vez no. Pero espero que me busques.

Como siempre, condenadamente tuyo...

Mateo.

Doblé la nueva carta de la misma manera solemne que la última vez y me puse a llorar. La guardé en el mismo bolsillo donde estaba su hermana y me quité tu camisa. Me recosté a tu lado, me aprisionaste entre tus brazos y en somnolencia besaste mi frente. Puse mi mejilla sobre tus latidos y me pregunté si aún tendría lugar en tu pecho después de que lo llenes de nuevas pasiones.

— ¿A qué te levantaste? —Cuestionaste.

— Fui al sanitario —respondí.

— Mientes muy mal —me hiciste saber.

¿Aunque sea un poco?

¿Aunque sea por un momento?

¿Aunque sea por un motivo?

— Te quiero, Leonardo.

Lanzaste un profundo suspiro y no supe si alcanzaste a escucharme.

La luz de la mañana sustituyó tu calor a mi lado y desperté con la respiración entrecortada porque por un momento pensé que ya te habías ido al aeropuerto y no tuve oportunidad de despedirme o de entregarte la carta.

Abriste la puerta del sanitario y saliste con el cabello alborotado, tus latidos desnudos y tu cuerpo húmedo.

— ¿Te van a regañar por no haber llegado a dormir? —Preguntaste mientras sacudías tu cabello.

— Supongo que lo averiguaré más tarde —respondí con el sueño colgando bajo mis párpados.

— Date prisa, apenas tenemos tiempo para cambiarnos y desayunar antes de ir a dejarte a tu casa. Mi familia llegará por mí al mediodía para acompañarme al aeropuerto y debo tener todo listo —dijiste y te quitaste la toalla que cubría la parte inferior de tu cuerpo, yo tapé mis ojos con mis manos y tú lanzaste una carcajada—. ¿Por qué te ocultas? No me vas a decir que te da pena verme así después de lo de anoche. ¿Te gustó?

Sonreí, me incorporé y te respondí con un beso en la mejilla.

— Toma este beso, te pertenece —dije—. Será tuyo por el resto de nuestros días.

Tú me tomaste por la cintura y nos recostamos de nuevo para seguir besándonos.

Cada minuto con tu cuerpo sobre el mío valió la pena, aunque eso nos quitó tiempo para el desayuno. Creí que tendría una última oportunidad de llenarme de ti lo suficiente como para soportar tu partida.

En el exterior la mañana se presentó tranquila y brillante, como si tuviera buenas noticias, como si me dijera que todo estaría bien. Cuando nos subimos a tu auto para que me llevaras a casa saqué mi teléfono y tomé una fotografía de ti tras

el volante. Me pediste verla y dijiste que te agradaba bastante, que me la regalabas para que no estuviera triste.

Al estacionarte afuera de mi casa nadie quiso decir nada, pero fue inevitable tratar de rescatar con palabras lo que estaba a punto de romperse.

– Escíbeme todos los días —me pediste.

– Lo prometo.

– Regresaré el 10 de julio, estaremos bien —aseguraste sin quitar la vista de mí.

– Creo que podré soportarlo.

– Estás muy callado —apuntaste—. ¿Te encuentras bien?

Tenía la voz quebrada y la mirada enrojecida. Apenas fui capaz de coordinar mis movimientos para tomar una de las cartas de mi bolsillo y entregártela. Dejé que el destino se encargara de decidir cuáles eran las palabras adecuadas para ti y sin mirar qué papel saqué lo metí en la guantera de tu auto.

– Léela cuando te encuentres en el avión —solicité.

– Así lo haré.

Cuando te estacionaste donde siempre me dejabas puse mi mano sobre la manija para abrir la puerta y salir de ahí por última vez, tú me tomaste del brazo y me acercaste a ti para besarme y asegurarte de que no te pudiera olvidar jamás.

Esa noche la luna tímida no quiso entrar por mi ventana para no sentirse incómoda con mi apatía sentimental. Max me miraba desde la entrada de mi habitación pensando por qué me encontraba triste si él estaba ahí. Malgastamos muchas noches dejándonos de hablar sin tener motivos verdaderos y ahora solo quería que el 10 de julio fuera lo suficientemente inteligente como para saber que podía tomarse su tiempo en llegar a Europa, mientras que aquí debía llegar con urgencia como si fuera el día más esperado para todos. Al menos para mí.

No era suficiente con desear poder subir al primer avión que me deje en la entrada de tu nuevo hogar, incluso si hubiera podido no te habría obligado a cargar conmigo en un viaje que estabas destinado a vivir acompañado únicamente de tu libertad.

Tal vez al día siguiente la tristeza también se cansa de mí y decida ir a esconderse al fondo del mar o tal vez si cerraba los ojos con demasiada fuerza podría conseguir

que al despertar fuera 10 de julio. Tal vez esta sea la última noche del mundo y ni el mañana ni el 10 de julio logren ver la luz del sol.

Me sentía abatido por la idea de no poder evitar que te hayas quedado a vivir en la habitación más grande de mi mente desde la primera vez que tomaste mi mano bajo la lluvia y me llevaste a casa. Decoré esa habitación con pisos de madera y todos los días ponía flores sobre la mesita de noche para que te sintieras cómodo ahí. Al parecer esa habitación no fue suficiente y te mudaste a mi corazón. Tapizaste las paredes con tu sonrisa y lo llenabas de música cuando te escuchaba hablar. Mi corazón tampoco tuvo el espacio que necesitabas y decidiste habitar mi cuerpo. Antes de irte cerraste todas las ventanas con tablas y a la puerta le pusiste un candado que tenía como combinación el día de tu regreso.

Me desprendí los labios convencido de que no los usaría hasta volverte a ver, en ellos aún estaba sellado el último beso que me diste antes de bajar de tu auto, lo tomé con cuidado para luego ponerlo dentro de un marco dorado y coloqué el cuadro arriba de mi cama.

Qué bueno que lo hice porque nunca pude predecir que ese sería el último beso de toda la historia. Si lo hubiera sabido habría cosido mi boca a la tuya y no me habría despegado jamás, pero nadie me lo advirtió. De cualquier manera, Leonardo, te prometo que ese beso sigue vivo en mis labios.

Al cabo de un rato recibí un mensaje tuyo que no me aseguraba en qué parte del mundo te encontrabas, sin embargo, hizo que las primeras semanas ya no fueran tan agonizantes y el miedo a ser irreconocible para cuando volvieras tomó sus maletas y se mudó al pecho de un desafortunado pájaro que iba pasando afuera de mi ventana.

Te quiero y te siento parte de mí.

Tal vez no somos nada y nos tratamos como todo.

Te quiero como esa parte divertida y fresca de mí, esa parte sin máscaras, esa parte humana, esa parte que entiende más de literatura y que sabe usar las comas, esa parte sensible y sin miedo.

Y así te quiero y así te siento como una parte de mí, invisible físicamente, pero palpable.

Te quiero.

Ay, Leonardo, ingéniate las para llenar mis ojos de recuerdos falsos y moldea la realidad a tu antojo, llena mis oídos con historias baratas y prefabricadas, cubre todas las paredes con espejos para que no pueda ver lo que escondes detrás de ellas. Miénteme de todas las maneras posibles, menos cuando dices que me quieres.

Nunca tuve la oportunidad (o el valor) de confesarlo, pero ese mensaje no era solo un conjunto de palabras. Para mí representaron una promesa. Esperanza. Todas mis ganas acumuladas esperando tu regreso. Porque siempre vuelves. Y yo siempre espero por ti.

Salí a pasear con Max y en nuestra caminata imaginé que podía mover el cielo como si fuera la pantalla de mi celular. Vi pasar varias lunas y avancé hasta los días soleados que comenzaban a susurrar sobre tu regreso.

Las horas del reloj dejaron de significar algo para nosotros porque funcionábamos bajo nuestro propio horario. Estábamos tan conectados que en ningún momento me percaté de los kilómetros que te separaban de mí. Nos escribíamos mensajes en todo momento e intercambiamos largos correos electrónicos en donde me hablabas de todos los puntos que pisaste. Me contaste cómo es Europa, las fiestas a las que asistías y lo interesantes que resultaron tus clases. Me mandabas fotos del cielo, de las calles y de los museos. Me hablabas de ti, de tu emoción y de todo lo que aprendías. A veces cantaba para que mis palabras impacientes encontraran la manera de llegar a ti y te hicieran saber lo feliz que me sentía por ti. ¿Alguna vez pudiste escucharme?

Mañana es San Valentín.

Ojalá estuvieras aquí.

);

NO.

Ojalá TÚ estuvieras aquí.

Es increíble estar aquí, Mateo, debemos regresar juntos algún día.

Mañana es domingo,

puedo ir a verte.

Date prisa, iré a recogerte al aeropuerto.
Tráeme algo de comida mexicana, por favor.
La extraño mucho.
Pero te extraño más a tí.

«Si algo malo puede pasar, pasará».

Cuando te pasan cosas malas siempre dicen que debes quedarte con lo bueno, que del pasado hay que aprender a rescatar lo positivo y puede que sea cierto, pero qué irónico resulta eso, dejar que te jodan y todavía tener que estar agradecido.

No voy a entrar en muchos detalles porque le prometí a la persona que está involucrada en esta parte que no contaría nunca lo que me confesó. Ni cómo supe ni cómo le dije también. Es cierto que en los párrafos anteriores he sangrado exceso de honestidad, pero en esta ocasión no voy a romper mi promesa, así que tendrás que adivinar qué fue lo que le dio una grieta a todo poco antes de que se terminara de romper.

El punto es que cuando creí haber conocido todos los nombres de quienes tomaban tu mano cuando me5 soltabas apareció uno más. Él estuvo tan cerca de conocerte como lo estuve yo. Él te deseó casi con la misma intensidad que lo hice yo. Él bailó sobre tus labios y se sintió casi tan afortunado como me sentía yo. Pero a él le faltaron la mitad de las noches de insomnio preguntándose qué hacía mal y si al día siguiente tú estarías ahí para solucionarlo. Él fue mil veces más inteligente y supo huir sin remordimiento cuando dejó de recibir respuestas. Él esperó una sola vez afuera de tu puerta y contó hasta 3, tú no abriste y él subió a su auto y eliminó del kilometraje todos los caminos que había recorrido contigo. Fuiste muy descuidado y yo demasiado ingenuo.

Y eso es todo lo que sabrás de él.

A menudo me repetía que no debía importar lo que hiciste en el pasado, lo único valioso era lo que sentiste y lo que dijiste en tu habitación cuando estuve ahí. Y a pesar de eso, no podía evitar sentirme extraño, ajeno, fuera de lugar.

Hay situaciones que no sé controlar por más que me lo proponga, muchas de ellas suceden únicamente en mi cabeza y no llegan a plasmarse en la realidad, pero a veces mi interior se destruye cada atardecer y pide piedad por las mañanas.

He intentado de mil maneras hacer las paces con mi mente para que deje de torturarme, a veces me propongo simplemente no escucharla, dejar pasar todas esas ideas que nacen con el propósito de desequilibrarme y soplarles para que se enreden en el viento.

A veces me rindo ante el exceso de futuro y me invento situaciones que me alimenten de angustia para hacerme sufrir más. Es cansado, injusto e innecesario. He dejado pasar muchas cosas buenas por no hacer una tregua con mi estado de ánimo.

Cuando tú estabas encontré algo parecido a un refugio, un escaparate que me protegía de las realidades apocalípticas que viven en mi cabeza.

¿Has soportado leer todo lo que he escrito para ti? Desde hace algún tiempo me he dedicado a llenar estas líneas con palabras cuyo único propósito es explicarte todo lo que nunca te dije y algunas que tal vez no recuerdes. Sé que es demencial creer que volverás algún día, pero si llegas a buscarme dentro de estas hojas encontrarás muchos motivos que te permitirán entender por qué necesitaba en todo momento que me dijeras que las cosas estarían bien.

Soy vulnerable, Leonardo. A veces te sigo imaginando en el rostro de las personas que se acercan a mí buscando un refugio para dormir. Las dejo quedarse y les doy todo lo que me sobra antes de convertirme en algo tan vacío que terminan por huir. Nunca supe cómo reaccionar a todas las veces que llegaste a sacudir mi vida y después te saliste por la puerta dejándome sin defensa para otro ataque.

Todas las oportunidades fueron malgastadas como cerillos que no pudieron ofrecer más que unas cuantas chispas antes de extinguirse sin dar vida al fuego y ahora quiero convertir en tinta todas las veces que juré que sería la última vez, cuando avanzaba un paso y tú me hacías retroceder tres. Cuando mi fuerza únicamente me permitió sostener el teléfono y mi voz expulsó en sollozos algo que sonó muy parecido a un «por favor». Pero todavía no llegamos a esa parte. Todavía hay algunas cosas que nunca supiste y que tal vez ya no te importen, pero necesito sacarlas porque si las dejo enjauladas mi pecho continuará marchitándose y en este momento lo único que quiero es florecer.

Faltaban poco más de dos semanas para tu regreso y las hojas de mi calendario temblaban al ver la violencia con la que las arrancaba.

Comenzaba a sentirte de nuevo entre los escombros de la ciudad que me había visto vagar como un fantasma encadenado al recuerdo de todo lo que creí que estábamos construyendo.

¿Qué podría ofrecerte cuando volvieras luego de haber recorrido gran parte del mundo? Imaginaba tu corazón lleno de recuerdos de las ciudades en las que estuviste. Personas, sabores, emociones, todas ellas tejieron un disfraz de inseguridad para mí y ni siquiera eso pudo privarme de la emoción de volver a verte. Lo único que tenía eran todas las ganas acumuladas de escuchar cada una de las historias que tendrías para contarme. No me interesaban los regalos que anticipaste, te quería a ti sentado frente a mí, que me dijeras que me habías echado de menos. Tenías que recompensar tus horas de ausencia y yo no te pediría demasiado, nada más una fotografía tuya donde te miraras feliz, nuestras manos tomadas bajo la mesa de alguna cafetería o que hubieras mentido al decir que llegarías el 10 de julio para sorprenderme un día antes presentándote frente a mi puerta. Imaginaba nuestro encuentro, recreaba la sensación de fuegos artificiales explotando en mi pecho y pasaba las horas suplicando que avanzaran más rápido porque mis ganas por un beso tuyo eran tan grandes que a veces me aplastaban y me costaba trabajo respirar. Pero como te dije, el beso que me diste antes de partir ha sido el último. Creí que ese beso se llamaba *hasta pronto*, pero solo era un pequeño punto final disfrazado de un poema que hablaba sobre sensibilidad y pasión.

Conforme pasaba el tiempo, en mi pecho florecía la idea de que jamás funcionaríamos juntos, pero te juro que habría dado todas mis vidas para demostrarme que estaba equivocado. No me olvidé de ti ni un solo día, Leonardo, ni siquiera me molesté en intentarlo.

Me contaste que aprovecharías tus últimos días viajando por Europa y que harías una escala en Grecia el día de tu cumpleaños que es el 20 de junio. Envié un ejército de pajarillos hasta donde estabas para que te despertaran con su canto, le rogué al sol que fuera más brillante para ti y le pedí disculpas por las veces que no lo necesité cuando estaba contigo. Nunca tuve tantas ganas de ser un lugar como aquella ocasión. Viéndote amanecer y saberte agradecido por respirarme y siempre querer más de mí.

Sin embargo, ese día fuiste tú el que me dio un obsequio.

Una noche antes me pediste que pusiera mi alarma a las 3:00 de la madrugada porque querías que yo fuera el primero en felicitarte. Naturalmente no pude dormir, la emoción por hablar contigo se robó mi sueño y estuve esperando impaciente a que llegara la hora indicada para verte a través de la pantalla de mi teléfono. Feliz cumpleaños, Leonardo. Espero que entres triunfante a una de las etapas más felices de tu vida y que cada día te llene de luz para que puedas seguir alegrando al mundo con tu existencia. Evitaría decirte lo mucho que te extrañaba, tampoco te pediría que volvieras pronto, ni siquiera iba a tocar el tema de tu regreso. Quería verte feliz y celebrar contigo la época dorada en la que te encontrabas. Repetí varios discursos, vi mi sonrisa frente al espejo y me aseguré de que por mis ojos no se asomara la melancolía para que supieras que aquí todo estaba bien. El botón verde de mi teléfono era la puerta que me llevaría a ver tu rostro y no pude contener la emoción cuando tu nombre apareció en la pantalla como si estuviera escrito con polvo de estrella.

Apenas comenzaba a tomar aire para saludarte y mi respiración se quebró cuando lo único que vi fue un paisaje pintado por la arena y un mar cristalino que a la distancia se confundía con el cielo. Moviste la cámara de un lado al otro para que yo pudiera contemplar el panorama y lo único que podía pensar era que ni siquiera ese pedacito de cielo podía compararse con el paraíso que se esconde en tu sonrisa.

— ¡Hola, Mateo! Perdóname por hacerte madrugar, pero en verdad quería que vieras esto.

La combinación de las olas en la playa y el sonido de tu voz me hicieron sentir avergonzado por recibir ese gran regalo cuando lo único que yo tenía para ti eran mis sentimientos en una bolsita de tela guardada en una de las repisas de mi corazón.

— Quiero que sepas algo más —continuaste—, mi deseo más grande de cumpleaños es que amanecieras aquí conmigo y esta es la única manera que se me ocurrió para poder hacerlo realidad.

Sobra decir que en ese momento habría tomado mi bicicleta para llegar hasta la costa más cercana. Estando ahí me quitaría los zapatos y comenzaría a nadar por el Golfo de México hasta llegar al Océano Atlántico. Si me cansaba le pediría

a una ballena que me permita viajar dentro de su cuerpo mientras recuperaba mis fuerzas. Sería rápido, pues el afán de estar contigo era tan grande que no cabía en la galaxia. Después llegaría al Mar Mediterráneo y ahí me transformaría en una ola para romper justo a tus pies. ¿Tracé bien la ruta, Leonardo? Toda forma de pensamiento coherente abandonó mi cabeza porque lo único que sentía era que te amaba.

Me resulta curioso pensar que toda la atención que puse en ti no sirvió para poder conocerte por completo. Enviaste señales equivocadas o fui yo el que las interpretó mal. No, no pude haberlo hecho, lo dijiste demasiado claro: «regresaré el 10 de julio, estaremos bien». Lo dijiste de una manera sincera y yo lo escuché con claridad. Acortamos la distancia y le dimos otro sentido a las manecillas del reloj para no sentirnos tan separados. No estuvo solo en mi imaginación, fue real.

El 10 de julio tocó a mi puerta y no me dio noticias sobre tu llegada. Los aviones tenían claro su destino. ¿Dónde estabas?

Tenía claro que no era el primero al que querías ver. Antes estaban tus padres, tus hermanas, tus primos, el resto de tu familia, tus amigos, algún romance que dejaste a medias, la comida, los papeles que debías arreglar, los trámites de la universidad...

Me prometí ser paciente y lo cumplí, pero tú dijiste que estaríamos bien. Regresé al momento de nuestra despedida para saber si algo había fallado. Reproduje tus mensajes, los correos, nuestras llamadas, todo apuntaba a que tu regreso era algo real. ¿Entonces por qué no estabas aquí? ¿Olvidaste algo en Europa y regresaste por él? ¿Estabas preparando un encuentro inolvidable entre nosotros y necesitabas más tiempo para prepararlo? Las calles de la ciudad te encontraron primero y decidieron ocultarte. Estaba cansado de extrañarte. Lo único por lo que había rezado en los últimos seis meses era por volver a verte y al parecer nadie me escuchó. No tenía a dónde más hundirme si el suelo en el que me encontraba había recibido demasiadas caídas.

Los días avanzaban y yo seguía sin tener rastro de ti.

¿Tuviste problemas con tu pasaporte al entrar al país? ¿Europa se enamoró de ti e hizo todo lo posible para no dejarte salir de ahí? Toma mi nacionalidad Leonardo, de cualquier manera yo no siento que pertenezca a algún lugar.

Tenía la sensación de no saber nada en absoluto y perdí el control.

¿Habías perdido mi número? ¿Habías olvidado dónde vivo? El sol me preguntó 9 veces si estaba bien y fue tanta su pena por verme desesperado que se ocultó tras nubes grises y comenzó a llover conmigo.

Los autos me desviaban la mirada y el deseo de verte llegar con tus manos en tu espalda ocultando un abrazo para mí se estaban desmoronando.

Prolongar la espera fue cruel y demasiado injusto, Leonardo.

Supongo que cuando mi pena se acumuló lo suficiente y se hizo tan grande como para alcanzarte te acordaste de mí. Y aun así no viniste. Mandaste un mensaje que cortó en dos mi ilusión y pintó mi cariño del color de la amargura.

Ayer me pareció verte en el centro comercial.

¿Estabas ahí?

No, Leonardo, no estaba en el centro comercial. La tarde anterior a tu mensaje estuve odiándote por permitir que la agonía me sacara de la tumba en la que alguna vez me enterraste y me obligó a seguir caminando sin fuerzas. Mónica sintió tanto pesar por mi desaliento que metió su buen humor en los bolsillos, pasó la tarde conmigo y me presentó un sinfín de series japonesas para evitar que me consumiera la sensación de que se estaba agotando todo lo que quedaba entre nosotros.

Me da gusto saber que volviste.

No quiero que me vuelvas a buscar.

(:

Okeeeey.

·-·

Y apagué mi celular.

Me queda claro que siempre regresas porque nunca sabes a dónde ir.

No fue difícil para ti convencerme de que lo único que sale de tu boca es la verdad y por eso siempre te creeré sin hacer preguntas. Estuve condenado desde el momento en el que permití que me tomaras de la mano, pero necesité muchas noches de insomnio para entender que lo nuestro terminó antes de empezar y que no fue culpa mía.

Nos descubrimos en el verano de nuestras vidas y atravesé por todas las estaciones cuando fui presa de tu instinto depredador.

Al principio nuestros sentimientos fueron nuevos y arriesgados, así que cuando viste lo resplandecientes que podíamos ser estando juntos, decidiste que debías apagarlo para que nadie se diera cuenta de lo que ocurría entre nosotros cuando nos encerramos en la intensidad que la juventud les dio a nuestras emociones.

Estoy sentado al borde de mi cama, quiero descifrar qué sentido tuvo que llevaras mi vida al ojo del huracán si no te ibas a quedar. He dejado que mi tiempo consuma las palabras con las que me invento respuestas que nunca me diste. Escribo todo esto sin la esperanza de que vuelvas, pero con el anhelo de que sepas lo importante que fuiste para mí.

Cuando estaba contigo todo era inmaduro e incierto, pero recuerdo la seguridad con la que pisabas el acelerador y me hacías sentir que este camino no tendría un final. Luego nos encontramos ante curvas que no supimos predecir y baches que aparecían de la nada para sacarnos del camino.

Tal vez el camino resultó peligroso y confuso porque nadie sostuvo el volante. Tú mirabas por el retrovisor para encontrar una salida pronta y yo te miraba a ti deseando que los suspiros en mi pecho fueran suficientes para que sepas que podía resistir cualquier cosa a la que tuviera que enfrentarme.

Llegamos a un punto en el que ya no avanzábamos y solo nos quedamos adentro de tu auto mirando al exterior que movía los escenarios para darnos la sensación de que nos estábamos desplazando. Pero nunca llegaríamos a ningún lado.

¿Debí bajarme antes? Supongo que todas las veces que sostuve la manija para abrir la puerta y huir fueron saboteadas por las ocasiones en las que tú no estabas seguro de dejarme ir.

Las luces de la calle confundieron el camino y nos perdimos en un lugar frío y solitario del que no supimos retroceder. Las maletas que cargabas estaban vacías porque sabías que nunca te ibas a quedar y las mías estaban llenas de ilusión que no nos servirían si se pinchaba un neumático.

Vi el choque antes de que sucediera. Sabía que saldrías del auto para salvarte y nunca tuve intención de hacer lo mismo o de frenar para evitarlo.

Pero cuando las llamas de la explosión se desvanecieron y las heridas en mi alma me devolvieron la capacidad de sentir pude notar que la intensidad con la que vivo no se había terminado y que no todo estaba perdido.

Todavía podía encontrarme.

Y cuando el humo llenó mis pulmones nadie me escuchó gritar y supe que habías retirado tu mano y no me ayudarías a levantarme.

La noche cayó sobre mi cuerpo inerte y confundido y me dio pistas de que nuestra primavera estaba por terminar, pero aún quedaban algunos atardeceres para que los últimos capullos nacieran entre tus manos y poder morir en mis ojos.

Desperté y el sol insistente no dejaba de tocar a mi ventana. Tomé mi celular para ver la hora. Una notificación reclamó mi atención. Era tuya. Eran tus ganas de consumir de nuevo toda mi indiferencia y arrojando lejos de la falsa dignidad que fingía construir.

Estuve mucho tiempo esperando para verte, Mateo.

Al menos permíteme entregarte algo que te traje y luego no nos volveremos a ver jamás.

Estaré en el café del centro a las 7:00 PM.

Si asistes me hará muy feliz verte.

Si no, lo entenderé todo.

Me levanté de la cama en modo automático y pasé la mitad del día de esa manera. ¿Teníamos algo pendiente? ¿Era necesario dar un cierre definitivo a la coincidencia que nos cruzó en el jardín de la universidad hace más de un año?

En el transcurso de los minutos deseaba que cancelaras nuestra cita o que al final decidieras no llegar. Por primera vez no estaba seguro de querer verte. Todas las visiones en las que corría a tu encuentro se habían desvanecido, ya ni siquiera se sentía real el recuerdo de lo mucho que te eché de menos. Los abrazos y los besos que había guardado en una cajita de madera habían escapado porque tuvieron miedo de que no los fueras a valorar.

La tarde era gris. Tuve la sensación de haber vivido esa escena antes, pero la prisa por estar contigo se había esfumado. No llovió, el cielo también estaba indeciso. Parecía que las nubes estaban de rodillas rezando para que les devuelvan el sentimiento de que algo vale la pena.

Nunca una despedida con la promesa de un encuentro había sido tan menospreciada. Y mientras las personas avanzaban al refugio que les brinda el calor de su hogar yo daba pasos indecisos al encuentro incierto con el desconocido más cautivador con el que he tenido la mala suerte de cruzarme.

Antes de entrar a la cafetería pasé por una librería porque no quería llegar con las palabras vacías. No tenía nada que contarte y no esperaba que compartieras algo conmigo. Me cuestioné si quería estar ahí o si prefería quedarme con la ilusión que me había dado tu ausencia sobre lo que sería volverte a ver.

Compré un libro sobre dos jóvenes cuyas familias son rivales y aun así se enamoran, se casan de manera clandestina y deciden vivir juntos. Por un montón de cosas que pasan en el medio los jóvenes no pueden vivir su romance y prefieren terminar con sus vidas antes de vivir separados. Clásico. Melodramático. Cursi. Extremista. Supuse que te gustaría.

Entré a la cafetería y no estabas ahí. Por un momento temí que no llegarías y pensé en retirarme. Abrí el libro para escribir una dedicatoria, pero no se me ocurrió nada, así que comencé a leerlo. Al cabo de unos minutos una mesera me ofreció el menú, le dije que estaba esperando a alguien y pedí un vaso con agua.

Qué complicado luce el amor adolescente. Entre tanta tragedia los protagonistas prefieren morir antes de... no sé, escapar o decirles a sus familias que ya no se aman para después encontrarse en secreto.

Qué complicado es el amor de juventud. Entre tanta libertad preferimos encerrarnos voluntariamente en jaulas que nos mantienen en cautiverio, nos abren la puerta para poner a prueba nuestra capacidad de huir, pero preferimos quedarnos ahí en lugar de salir y extender nuestras alas para explorar nuevos mundos. Derrumbamos los puentes que bien podrían sacarnos de la oscuridad y deseamos con impaciencia que alguien se encargue de todo el desastre porque estamos tan desorientados que ni siquiera sabemos identificar el camino para volver a casa.

Lo siento, creo que ya estoy hablando por hablar. En realidad no estaba prestando atención al libro porque en mi mente repasaba un montón de conversaciones que tampoco llevaban a ninguna parte. El camino que me condujo a tu mano, tu auto, tus brazos y tu habitación me llevó después a una larga espera que se volvió cansada e insostenible.

Pero de nuevo estabas tú.

Invadías todo el lugar con tu aroma y tu calor. Te adueñaste de mi memoria. Reclamaste las partículas de mi cuerpo que están enjauladas en tu voluntad. Descubrí que cada vez que te vuelvo a ver el universo se reinicia. Pero pese a todas las pequeñas descargas de electricidad que recibí mientras te acercabas, sabía que no era correcto hacer caso omiso a la desilusión que provocó tu ausencia prolongada. Porque te esperé y pude hacerlo toda la vida, pero un día decidiste que te daba igual si lo hacía o no. Y por eso tardaste en venir.

Coloqué mi dignidad en el suelo una vez más y dejé que se llenara de polvo porque cada una de mis células exigía abrazarte. Lo necesitaba. No tengo otra justificación.

Con la luz tenue insinuando romance en el ambiente, el calor desprendido de las tazas de café, el brillo de las miradas de los amantes y tu presencia como escenario en el que siempre quise representar todos mis caprichos, me convertí en una fogata de dudas que se preguntaba por qué seguía regando ilusiones en tus jardines condenados a la sequía.

Tal vez se debe a que hice caso omiso a todos mis instintos de supervivencia.

Inmediatamente después de empuñar mi cuerpo entre tus brazos mi percepción de la realidad abandonó este plano y mi memoria buscó un búnker para esconderse y evitar almacenar más recuerdos. No tengo registro de lo que ocurrió esa tarde en el café del centro. ¿Tú recuerdas algo, Leonardo?

Mi cerebro encerró ese momento en algún lugar oscuro y lo cifró bajo contraseñas que no tiene intención de recuperar.

Si cierro los ojos puedo verte con una sudadera rosa y un pantalón gris. ¿Eso es todo? Leonardo, si tú sabes algo de lo que ocurrió esa tarde escríbelo en el aire y sopla para devolverme ese pedacito de mi vida.

Ojalá tuviera la capacidad de modificar el guion de lo que tuvo lugar bajo el refugio de esa cafetería, mejoraría los hechos y te habría obligado a vivir con el peso de querer repetir esa escena una y otra vez.

Quizás en el futuro regrese a este texto y edite lo que ahora escribo para incluir diálogos que no existieron. Voy a facilitarte el abrazo sincero seguido del beso infinito que te imaginé arrebatándome y después eliminaré del calendario los días que tu desinterés añadió después del 10 de julio.

Tengo dos testigos que me aseguran que esa tarde fue real, pues de Europa me trajiste una escultura miniatura del Coliseo Romano y un chocolate que nunca tuve el valor de abrir. Aún conservo esos objetos al fondo del cajón donde guardo mis documentos y papeles importantes. Son mis reliquias. Me pregunto cuál será la fecha de caducidad del chocolate. Estoy seguro de que caducó al mismo tiempo que yo para ti y ni el chocolate ni yo nos dimos cuenta. ¿Qué pasó con el resto de los países y los lugares que recorriste? Anhelaba fundirme entre cada una de tus historias. Ansiaba admirarte mientras me contabas cada paso de tu viaje, te exigiría detalles imprescindibles y prestaría atención a las fotografías que tomaste solo para mí y probablemente después llegarían a internet.

Me ahogo en el vacío de mi memoria con la esperanza de recuperar algo, pero supongo que tendré que conformarme con lo que me contaron esos pequeños objetos que me entregaste y que no he podido rescatar de su escondite.

Al final de la noche sé que me trajiste a casa y nada más. ¿Qué me dijiste cuando bajé del auto? ¿Te dio gusto volverme a ver? No recuerdo los detalles, Leonardo, solo recuerdo que te sentí menos distante cuando estuviste a miles de millones de kilómetros.

El efecto de amnesia se prolongó durante las semanas posteriores. La pizza perdió su sabor, las películas carecían de sentido, la música extravió el sonido, el café sabía a papel y nuestras conversaciones solo eran la suma de comentarios aleatorios que disfrazaron la incomodidad del silencio. Tú eras una versión unidimensional de alguien que alguna vez transformó mi melancolía en apapachos y yo era un espectro virtual que ya ni siquiera sentía dolor, calor o frío.

Me quedaba poco tiempo contigo y nadie me lo advirtió. Tenías muchas ganas de marcharte y preferiste dejar que me marchitara antes de contármelo.

Pensé que al volver de Europa tendríamos la oportunidad de atardecer juntos, pero tú ya amanecías para alguien más. Lamento que mi inseguridad haya nublado tu visión cuando me traías a casa por las noches. Debí haber sido más prevenido y guardar tu luz en un frasquito de cristal para las madrugadas como esta, en las que la incertidumbre se vuelve tan pesada que me arranca los párpados y los deja inservibles durante semanas.

Envidio el dominio que tienes sobre tus emociones. Has podido emigrar de los corazones que te abren sus puertas y no te obsesionas por el desorden que haces cuando eres huésped. Supiste activar mi hipersensibilidad y controlar sus consecuencias, hasta el momento que decidiste que no era problema tuyo y cerraste mis ventanas para que no pudiera ver lo que hacías con alguien más cuando recuperaba la conciencia luego de tu asfixia. Fuiste muy poco cuidadoso. Ellos no sabían guardar tu secreto. Y yo no supe, o no quise liberarme de tu carga a tiempo.

Antes de cerrar todos los caminos que te llevan a mi corazón le pedí a la soledad que me esperara del otro lado de la calle un momento más. Septiembre daba sus últimas exhalaciones y las hojas de los árboles se rendían ante la gravedad de haber cumplido el ciclo que les fue asignado, sin tomar en cuenta si ellas así lo querían. Mamá salió ese fin de semana a visitar a una de sus hermanas y yo pensaba en nada con la luz apagada de mi habitación. Me sentía triste. Y te llamé.

— Hola —dije temeroso.

— ¡Hola! ¿Cómo estás? —Respondiste animado como si te hubiera dado gusto escuchar mi voz al otro lado del teléfono.

— Bien —mentí—. ¿Y tú?

— Aburrido y con hambre —confesaste.

— ¿Quieres venir a cenar a mi casa? —Pregunté con los ojos cerrados.

— ¿Y tu mamá? —Respondiste de inmediato.

— No está, regresa hasta mañana.

— ¿Max no se me va a lanzar para comerme vivo?

— Probablemente —añadí.

— Eso no me deja tranquilo. Si le pides que no me muerda tan fuerte, llego en media hora —afirmaste.

— Te espero.

Cuando se trata de ti soy un experto en romper las reglas. Me desprendí de la tristeza, de la inseguridad y de los malos recuerdos, y me puse la sonrisa que combina con tu actitud desinteresada. Revisé la alacena esperando encontrar algo para cautivar a tu paladar, pero el tiempo y los recursos no eran suficientes, así que pedí pizza a domicilio.

Al cabo de veinte minutos, el timbre anunció tu llegada y, para sorpresa de nadie, Max ladró al aroma desconocido que se presentaba al otro lado de la puerta. Lo sostuve pidiéndole que guardara el secreto y que fuera un perro amable. Al parecer él entendió la importancia de su buen comportamiento porque dejó de hacer ruido y se sentó en el pasillo para ver con desconfianza al intruso que acababa de entrar.

Abrí la puerta y te descubrí asegurándote de haber cerrado las puertas de tu auto. Me miraste, sonreíste y pasaste una mano por tu cabello para acomodarlo. Yo pensé que lucías perfecto y me sentí afortunado porque de todos los lugares en los que podrías estar, decidiste pasar tu tiempo conmigo.

— ¡Hola! ¿Cómo estás? —preguntaste.

— Feliz de que estés aquí. Gracias por venir.

Max descubrió que no ocurriría nada interesante y se fue a dormir a su colchón para darnos privacidad. Entraste y al cerrar la puerta detrás de ti el tiempo que nos había tenido separados desapareció y se convirtió en un abrazo. Percibí tu peculiar aroma y sentí cómo tus manos acariciaban mi espalda. Soltaste un suspiro y me dijiste al oído que tenías muchas ganas de abrazarme así desde la primera vez que me volviste a ver.

Y yo no dije nada, porque no consideré prudente invitar a mis sentimientos.

— Bienvenido —dije una vez que estuvimos en la sala.

— Gracias por invitarme —respondiste con la timidez de un extraño que entra a una fiesta donde no conoce a nadie—. ¿Seguro que tu mamá no llegará pronto?

— Seguro.

— ¿O sea que tenemos la casa para nosotros? —Se dibujó en tu rostro una sonrisa de perversión que iluminó de rojo mis mejillas.

No me das oportunidad de contestar porque cerraste los ojos y sacudiste la cabeza de un lado al otro supongo que para alejar pensamientos indebidos de tu mente.

— Discúlpame —continuaste—, no quise que sonara así.

— Descuida —te absolví—, a mí me gustó cómo sonó.

— ¿Qué vamos a cenar? —Cambiaste de tema.

— Pizza, cuando te llamé no lo hice con la intención de pedirte que vinieras y cuando lo hice no pensé que fueras a aceptar —confesé.

— La pizza está bien —dijiste— me da mucho gusto estar aquí contigo. ¿Puedo conectar mi celular? Está por quedarse sin batería.

— Sí —te mostré el contacto más cercano.

Tenerte en casa, lejos de las multitudes y del ruido de mis pensamientos me hizo creer por un instante que te habían devuelto el corazón que te robaron en Europa. Era demasiado familiar la sensación de esperarte, abrirte la puerta y tenerte en la sala a pesar de que fue la primera y única vez que recibí tu visita. Éramos dos jóvenes sin prisa por el futuro, ignorando los murmullos del exterior, pasando una tarde de septiembre en el interior de una casa. Podía ser así siempre, podíamos graduarnos, encontrar un buen empleo, juntar nuestros ahorros y tener un lugar para nosotros al que pudiéramos volver todas las tardes y podríamos llamarlo «hogar».

Durante mucho tiempo pensé que mi hogar serías tú, porque contigo me sentía a salvo, luego entendí que tus puertas nunca estuvieron abiertas y todas las mitades que nos dijimos se hicieron líquidas y se derramaron como el contenido de un vaso que pierde el equilibrio por accidente.

Conectaste tu teléfono y me miraste con ojos de «¿qué demonios haces tan lejos de mí?», así que fui a donde te encontrabas, sonreíste, tomaste mi mano e imaginé que todavía no estaba todo perdido para que algún día esas fueran nuestras tardes.

La forma de tu cuerpo, el aroma de tu cuello, el calor de tus brazos y el ritmo de tu respiración me hicieron sentir tan seguro, que cuando todo terminó no supe identificar en qué pedacito del tiempo se había quedado esa sensación que tú despertaste en mí.

— ¿A qué hora llega la pizza? —Rompiste el silencio.

— Espero que no tarde —me separé de ti para mirarte a los ojos—, la pedí cuando colgué contigo. ¿Quieres subir a mi habitación mientras esperamos?

Me sorprendí haciéndote esa propuesta. En ningún momento tuve otra intención que no fuera mostrarte el lugar en el que duermo, bueno, donde sueño contigo y escribo sobre ti. Al verte caminar por la casa quise multiplicar por una infinidad esa escena con la esperanza de que algún día fuera el camino que recorrieras todos los días. Sentí culpa por tenerte aquí sin haber pedido permiso. Supongo que ahora estoy pagando mi penitencia porque tus pasos en las escaleras dejaron un eco que cada vez que suena produce un charco de agua salada bajo mis pestañas.

— Imaginé que tendrías más libros —dijiste al entrar a mi habitación y ver el librero que se encuentra a un lado de mi cama.

— Esos son mis favoritos y los que están pendientes —comenté—, los demás están en el estudio.

Recorriste los títulos con tu dedo índice y seguiste explorando. Incluso abriste uno de los cajones de mi buró y después te disculpaste por ser tan atrevido.

— Discúlpame —dijiste en medio de una sonrisa traviesa—, mi mamá siempre me ha advertido que hacer esto es de mala educación.

Te sentaste en mi sofá de lectura y miraste por la ventana. Un pensamiento desconocido atravesó tu mente porque permaneciste algunos instantes en silencio. Intenté reprimir incluso el sonido de mi respiración para que no perdieras la concentración y me dediqué a admirarte.

— Me gusta mucho tu habitación, es muy cálida y tranquila —manifestaste.

Tomé asiento al borde de mi cama y te pedí que te acercaras. Te colocaste a un lado de mí y recargué mi cabeza en tu hombro. Te recostaste, te seguí, te rodeé con el brazo y tú pusiste tu mano sobre mi mejilla. ¿Qué podía vender a cambio de quedarnos ahí para siempre? Mi alma y mi voluntad te pertenecían y aun así no fue suficiente para que esa escena se repitiera cada mañana, cada atardecer o cada parpadeo.

Ha pasado mucho tiempo desde aquella tarde de otoño cuando entraste a mi habitación, y aunque el calor de tu respiración se fue de aquí, aún hay veces en las que me siento en la orilla de mi cama y volteo hacia esa ventana que alguna vez miraste tú para descifrar cuál fue el pensamiento que llegó a tu cabeza y te regaló un instante de tranquilidad.

El sonido del timbre interrumpió nuestro momento. La pizza había llegado.

Puse las cajas sobre la mesa y tú me ayudaste a bajar un par de platos. Esa noche me propuse olvidar nuestras guerras, nuestros secretos, mi inseguridad y tu misterio. Servir té en tu taza y verte saborear las galletas de mantequilla que compré para ti antes de que llegaras me llenó de una serenidad que no había experimentado antes. Quise pedirte que me mintieras y me aseguraras que afuera de esta casa no había nadie que nos estuviera esperando, nadie con asuntos pendientes o explicaciones que dar, pero preferí guardar la fantasía para mí. Cuando terminamos de cenar te

ofreciste a lavar los trastes y yo te ayudé a secarlos. Mientras el agua caía sobre tus manos y la espuma desaparecía me convencí de que éramos los únicos dos seres humanos en la inmensidad del universo.

Borramos todo rastro de tu presencia y pasamos a la sala a mirar televisión. Parecíamos una pareja real, sana y confiada de tener el futuro resuelto. Te hubieras quedado aquí, Leonardo, hubiéramos hecho que la noche fuera eterna. Yo no sabía que al día siguiente cambiarías de parecer y mis sentimientos tuvieron un lugar a dónde ir.

— ¿Qué hemos hecho mal, Mateo?

Hay preguntas que duelen desde antes de conocer su respuesta, la tuya me tomó por sorpresa y con las defensas bajas. Supe a lo que te referías y de inmediato encontré más de una respuesta, pero todas me llevaron a la misma conclusión: tú eres aire, te mueves libremente de una habitación a otra y siempre encuentras un escaparate para perderte en el infinito sin dejar rastro, encuentras el norte en cualquier lugar y te vuelves indispensable para quienes te conocen. Yo soy tierra, me pierdo entre sismos y aun así no puedo despegarme del suelo que siempre me sostiene. No estamos hechos para crear tornados. O tal vez la explicación es más simple y nunca fuimos destinados a estar juntos.

— Cada vez que te vas dejo morir una parte de mí y eso no es sano para ninguno de los dos —respondí.

Las horas nocturnas me resultaron confusas, no vi con claridad la repentina prisa que te invadió y forcé la cerradura de tu pecho para intentar entrar. Al abrirse me encontré con una nota que decía «fuera de servicio» y la ignoré. Para mí siempre fue un desafío hacer que te quedaras 5 minutos más, una semana más, una temporada más porque contigo es así, nunca hay nada seguro y siempre me toca asumir lo que sucede en tu mente.

— ¿Dónde crees que estemos el próximo año?

— Espero —meditaste tu respuesta durante unos instantes—... estar trabajando en alguna ONG, titulado y a punto de iniciar un posgrado en el extranjero.

— Cuando eso pase espero que me mandes muchas postales y no te vuelvas a olvidar de mí —te pedí.

— ¿Cómo se te ocurre que podría olvidarme de ti, Mateo?

— Podría ser más fácil de lo que imaginamos —dije en tono de reproche—. Estoy seguro de que vas a conquistar el mundo entero. Todos tus sueños están en una fila esperando a ser cumplidos uno por uno. No me necesitarás cuando eso pase. Supongo que me tocará mirarte desde la distancia u oculto entre la multitud.

— Cuando eso pase tú estarás conmigo —me calmaste—. Además, solo son ideas que viven en mi cabeza, claro que lo deseo, pero debería importarte más dónde estamos ahora.

— Estoy contigo —dije más como consuelo mío que como nota de la realidad.

— En diciembre será mi graduación —cambiaste el tema—. Vas a ir, ¿verdad?

— ¿Y si no llegamos juntos a diciembre?

— Por favor, Mateo, faltan 3 meses, claro que llegaremos —apuntaste—. A veces me da la impresión de que no crees lo valioso que eres para mí. Crees en mí como nadie, me has demostrado en más de una ocasión tu cariño y estar contigo es de las cosas que más disfruto. Eres una de las personas más especiales que tengo y será muy importante para mí que me acompañes ese día. ¿Irás?

Moví la cabeza de arriba a abajo y después añadí:

— Cuando el frío pase y la desconfianza se convierta en polvo deberíamos escapar por unos días —te propuse.

— Amo cuando eres así de poético. ¿A dónde quieres ir?

— He deseado mucho estar contigo en la playa —confesé.

— Me gusta la playa —añadiste—, hagámoslo.

No volvimos a tocar nuestros labios, pero sentí que reír juntos también era una forma de besarse. Me importaba muy poco dónde estaría incluso el día siguiente, me importaba más convencerte para que te quedaras. Si me lo pides te acompañaría a cualquier lado.

Pasaba la medianoche y la temperatura descendía. Decidiste que era hora de marcharte, así que no tuve otra opción más que acompañarte a la salida y fingir que me encontraba bien. Nos despedimos y me quedé con el miedo entrando a mis pulmones por lo que vendría después. Convertí todo lo que hablamos esa noche en promesas y después esas promesas se transformaron en navajas que se regaron por el suelo y me lastiman cuando camino descalzo. Podría buscar una alternativa para no tener que pasar por esos sitios o podría proteger mis pies con cualquier par

de zapatos, pero esa sensación punzante es lo único que me quedó de ti cuando el frío se hizo más intenso y me obligué a penar a orilla de carretera esperando a que alguien me lleve a cualquier otro lugar.

Por supuesto no llegamos a diciembre.

Deshojamos las horas del reloj para construir un poco confianza y te bastó solo un parpadeo para destruirlo todo.

Espero que recuerdes cómo dificultaste las últimas ocasiones que nos quedaron para compartir juntos dentro del instituto. También espero que recuerdes cómo aguardé por ti varias tardes y nunca llegaste. Y espero que nunca olvides cómo la última vez que pedí que buscáramos la manera de solucionar algo dijiste que no tenías tiempo, colgaste el teléfono y dejaste que todas las dudas hicieran un nudo en mi garganta que no me dejaba respirar. Sé que eso no lo vas a olvidar porque se sintió como si fueras un volcán. Si me hubieras pedido que me volviera ciego jamás habría cuestionado lo que les tomó desprevenidos.

Estaba resignado a que los pasillos del instituto dejarían de ser nuestro lugar de encuentro al siguiente semestre. La transición entre el verano y el invierno llegó con un nuevo filtro de ausencia tuya que me sirvió como ensayo para recordar cómo era mi rutina antes de conocerte.

Benjamín me contó que solías asistir al cine con alguien diferente. Escuché esos comentarios con la resignación trepada sobre mi espalda. Aprendí a ya no esperar más de ti, ni siquiera un impulso de valentía que te permitiera enfrentarme para decirme que me había convertido en una mancha en tu memoria que se borraría como la humedad en el pavimento después de llover.

La vida sin ti era algo a lo que tendría que enfrentarme tarde o temprano. Alcancé las dos décadas de vida y los atardeceres se desbarataban entre lecciones que llegaban como terremotos para destruir la poca tranquilidad que lograba acumular, canciones que orquestaron un golpe de estado a mi equilibrio emocional porque todas parecían hablar sobre ti, historias sobre romances que no tenían otro destino más que el de concluir en tragedia y caminatas que siempre me regresaban al mismo lugar. Descansaban bajo mis ojos todas las preguntas que no lograban entender dónde comenzó a fallar todo y por qué no tuvo una solución. El exceso de futuro me causaba angustia y el futuro sin ti era un lugar oscuro, temible y confuso.

Desde siempre caminar ha sido un método para aliviar los síntomas de la intranquilidad por el revuelo que se arma en mi mente. Es algo que Max agradece bastante.

Tenía que conseguir valor de no sé dónde para afrontar que diciembre no era más que una realidad que brotó de un estímulo de imaginación en la sala de una casa cuyas paredes nunca aprendieron a escuchar. Cada tarde de octubre puse sobre mi rostro la mirada que le cuenta al mundo una historia sobre tranquilidad. Y era cierto. Me descubrí prestando atención a todas las cosas de las que hablan los adultos y que pasaban desapercibidas por mi vida: la salud, la unión familiar, los amigos, los acompañantes de cuatro patas, las buenas calificaciones y las hojas secas en el suelo esperando a ser pisadas por los caminantes en el parque. Al sumar todos esos elementos que a primera vista pueden parecer banales, dieron como resultado una armadura ligera que construía un discurso simple pero eficaz: voy a estar bien.

Las hojas caídas de los árboles tienen el propósito de convertirse en la energía que consumirán las raíces para mantenerse durante los meses de invierno. Fueron precisamente esas hojas las que tapizaron mi camino para llevarme a la esquina en la que estaba estacionado tu auto. El viento supo esa era una mala idea y comenzó a soplar en sentido contrario para llevarme lo más lejos de ahí, pero la fuerza magnética que me atrae a tu cuerpo fue demasiado fuerte como para dejarme huir. Me tomó un par de segundos enfocar la escena para verte a la lejanía caminando a lado de un chico que llevaba las manos dentro de los bolsillos de su abrigo y una sonrisa que flotaba de su boca a tu rostro. Pusiste tu brazo sobre su hombro y el último golpe de suerte que tuve fue que mi corazón se encogió tanto que cuando cayó al suelo no hizo ruido y no te diste cuenta de que yo estaba ahí.

El impulso de Max tirando de la correa para perseguir a otro perro separó mis pies del suelo y me condujo a la salida del parque, pero la esencia del que te vio iluminando la mirada de alguien más se quedó congelado en esa esquina con la tristeza haciéndole compañía.

Las lágrimas derramadas tienen la bondad de ser cálidas y saladas, un extraño recordatorio de que las penas son demasiado amargas, pero las lágrimas fantasmas, esas que no se atrevieron a salir, tienen la crueldad de seguir cortando por dentro

los sentimientos hasta que el vacío es tan insoportable que se debilitan y prefieren apagarse.

Luego de lo que parecieron ser algunos años luz regresé a casa. Me arranqué la sensatez del cuerpo y marqué tu número deseando que no respondieras.

Y entonces ocurrió.

Tu voz calmada al otro lado de la línea sin rastro de expresión.

Y yo de este lado.

Convertí mis palabras en agujas y apunté hacia ti.

Te maldije en silencio y te pedí hablar.

Para que me convencieras de que todo era mentira.

Él, yo o todos los demás, alguno debía ser un engaño.

Entonces dijiste que no tenías tiempo para eso.

Y colgaste.

Miré al cielo desde mi habitación en busca de una respuesta que nunca llegó, en su lugar me regaló otra pregunta. ¿Qué hay más, estrellas en el firmamento o personas enamoradas de ti?

CUARTA PARTE

Todos los fantasmas recorren una ciudad en ruinas

Mi rutina consistió en desbaratarme varias veces al día desde que te vi paseando con él (después supe que su nombre es Sebastián).

Mi teléfono se cubrió de polvo porque no tuve llamadas o mensajes tuyos. Me sentía terrible por la manera en la que reaccioné, además estaba agobiado porque asumí toda la culpa de haber sido consumido entre los escombros de un terremoto que yo no provoqué.

Ahora sí habían migrado para siempre tus ganas, tus sonrisas, tus miradas y todas las cosas bonitas que alguna vez desperté en ti.

Intenté dejar huellas en todos los lugares que pisaba para que las descubrieras y me buscaras. Dejaron de importarme las explicaciones y enfoqué toda mi energía en desear que volvieras. Era evidente que la cobardía con la que te escapaste nunca tendría un impulso de atrevimiento para cerrar de una vez y para siempre las ventanas a las que me asomaba a esperarte. Darnos un cierre, ya sabes, agradecer todo lo que nos hizo sonreír y darnos absolución por lo que nos hizo dudar.

Los días posteriores transcurrieron casi de manera automática. Me contuve para no ver lo que compartías en redes sociales, pero una vez que la falta de razón ganó y vi que habías pasado la tarde con Sebastián. Él publicó fotografías en el mismo lugar donde estabas tú y supe que no tenía que soportar nada de eso. Así que te bloqueé. Y no me importó si fue una reacción inmadura o absurda, necesitaba desaparecer todo lo que tuviera que ver contigo por mi propia paz mental.

Tu regreso era una dulce mentira que jugaba en mi cabeza y no me dejaba avanzar. Tu nombre en mis labios era un peso que se sentía como si una multitud furiosa impidiera la salida de las palabras que me ayudarían a desahogarme. Me alejé de mis amigos, me encerré en mi habitación. No quise abrirle al mundo, ni al tiempo, ni a nada que llegara con la promesa de borrarte de mí.

Las horas se volvieron sombrías, lloré tanto que me convertí en lágrimas, pero no pude evaporarme. Me senté en el suelo de mi habitación y enfrenté todas

las emociones que explotaron por tu culpa en mi interior, me encontré con soldados heridos de guerra, sobrevivientes de una invasión atómica que llenó de incertidumbre todos los rincones a los que llegó.

Me sentía anestesiado, helado. Mis brazos rodeaban el fantasma que daba refugio a un corazón que palpitaba cada vez más lento. Mis pestañas se quemaron porque de mis ojos salía fuego y me convertí en cenizas.

Desperté y mi mirada se escondía avergonzada del sol, miré a mi alrededor y me encontré con el espejo diciéndome que, aunque pareciera, no era el final del mundo. Llegaron a mis oídos los ecos de mis amigos diciéndome que valgo la pena, que soy suficiente y que merezco algo mejor. Y aunque estaba cansado de escucharlo, era verdad. Así que convertí toda esa tortura en arte y comencé a escribir todo lo que estás leyendo.

Dejé de esforzarme en desaparecer todo rastro de ti y pasé varios atardeceres salvándome de casi ahogarme en las aguas saladas. El recuerdo de los buenos momentos sirvió para sanar las grietas que se abrieron en mi interior y decidí perdonar a mi inocencia por haberse enamorado de ti de la forma que lo hizo.

Sebastián estudiaba en un campus que se encuentra no muy lejos del que asistíamos nosotros. Lo conocí en un festival intercolegial de Día de Muertos. Era tan amable que comprendí por qué te mirabas tan sonriente cuando te vi con él.

Resulta que esa tarde nos dejaron como tarea realizar un reportaje sobre el festival para el boletín institucional. Mónica, Gerardo, Mauricio, Erika, Benjamín y yo nos dividimos las actividades para hacer un buen trabajo y disfrutar del evento. Erika y Gerardo tomarían las fotografías, Mónica y yo estábamos a cargo de las entrevistas y al final Mauricio y Benjamín harían la redacción del texto.

Benjamín anunció que llegaría después de la inauguración de actividades porque cubrió un turno doble en el cine. Mientras lo esperábamos recorrimos el sitio y presenciamos algunas actividades.

Me sentí en la Tierra de los Muertos al estar rodeado de calaveras llenas de vida: desde los mariachis que ofrecieron un concierto hasta los expositores de los altares. La luz de las velas nos transportó a un lugar místico y el aroma a cempasúchil paseaba con nosotros y acariciaba nuestras emociones.

Cuando Benjamín llegó me mandó un mensaje para preguntarme dónde estábamos, le pedí que nos encontráramos en la entrada y cuando fui por él los demás se adelantaron a buscar algo para cenar.

— Llegas justo a tiempo —dije a Benjamín cuando me reuní con él—, es hora de cenar.

— Qué suerte, tengo mucha hambre.

— ¿Por qué no vienes disfrazado? —Le cuestioné mientras nos dirigíamos al interior.

— ¡Es cierto! Sabía que olvidaba algo —exclamó él—. Es que salí de pisa del trabajo y apenas tuve tiempo de quitarme el uniforme.

— Bueno, no importa. Tal vez Erika pueda hacer algo con maquillaje.

Una vez que estuvimos todos juntos Mónica dijo que nos presentaría a uno de sus amigos que se encontraba como expositor de los altares y podríamos entrevistarlo. Al cabo de 5 minutos regresó con él, pero no lo reconocí a primera vista.

— Les presento a Sebastián —anunció Mónica.

— ¡Hola! —Dijimos todos al unísono.

— ¡Hola! —Respondió Sebastián— ¿No me reconoces? —Se dirigió a Benjamín.

— Ammm... no —contestó mi amigo sorprendido.

— Yo a ti sí, eres quien siempre está en la taquilla cuando voy al cine —añadió Sebastián.

— ¡Claro! —Reconoció Benjamín— Eres tú quien siempre va con...

— Iba —corrigió Sebastián—... con Leonardo.

Todos los ojos se pusieron en mí, como si hubieran soltado la noticia de que Max había escapado y esperaban ver mi reacción.

— ¿Leonardo? —Dije con la lengua desierta.

Benjamín no pudo ocultar la culpa que sintió al haber mencionado tu nombre en voz alta.

— ¿Dije algo malo? —Preguntó Sebastián al no comprender lo que acababa de ocurrir.

Sonreí y me encogí de hombros como un niño pequeño que admite haber sido el responsable de romper el jarrón caro de la mesita de centro.

— ¿Sales con él? —Quiso saber.

— No —expresé—. Lo hicimos hace tiempo, pero ya no somos nada.

— Lo siento —se disculpó.

— Descuida —sonré e hice un ademán para restar importancia—, ya pasó.

Llevamos a cabo la entrevista con Sebastián quien fue muy atento y pudimos recaudar la información necesaria para terminar nuestra tarea.

La noche avanzó y disfruté la velada con mis amigos. Minutos antes de despedirnos Mónica me separó del grupo y me alejó de la multitud.

— ¿Estás bien? —Cuestionó.

— Sí. ¿Por qué lo preguntas?

— Por lo que pasó con Sebastián —explicó ella—. Lo siento mucho, no sabía que él y Leonardo se conocían.

— No tienes que preocuparte, su revelación me tomó por sorpresa, pero no me afectó —dije con sinceridad.

— Sabes que te quiero mucho, ¿verdad?

— Y sabes que yo te quiero más y que eres mi mejor amiga, ¿verdad? —Mónica y yo nos dimos un abrazo largo y cálido. Cuando nos separamos vi a nuestros amigos a lo lejos y supe que soy muy afortunado por tener más de lo que merezco. Y sin importar todos los terremotos o los ataques de leones hambrientos, sé que podré sobrevivir a cualquier cosa porque los tengo a ellos y a su paciencia, y que siempre me ayudarán a levantar los pedacitos de mi corazón para reconstruirlo cada que lo necesite.

Una vez que terminó el evento y estuvimos a punto de irnos, Sebastián se acercó a nosotros para regalarnos dulces de la ofrenda y agradecernos por la entrevista. Me pidió que lo acompañara un momento y yo lo seguí en silencio.

— Lo siento —dijo él.

— Basta, no tienes que disculparte, lo de hace rato fue un accidente —pensé que se refería al encuentro que tuvimos.

— Bueno, también por eso —expresó Sebastián.

— ¿A qué te refieres? —Pregunté confundido.

— Cuando salí con Leonardo sabía que estaba contigo —confesó él—. Bueno, no sabía que eras tú. Solo sabía que había alguien, pero él me dijo que estaba por terminar esa relación.

— ¿Cuándo comenzaste a salir con él? —Quise saber.

— Hace un año —continuó—. Antes de que se fuera al extranjero. Cuando estuvo en Europa me prometió que al regresar estaríamos juntos. Me contó que allá salió con un hombre mayor que lo llevaba de viaje. También me dijo que experimentaríamos nuevas cosas que aprendió allá. Al volver quisimos retomar el vínculo, pero él siempre parecía tener prisa, como si algo lo incomodara. Supongo que pensaba en ti. Una vez estuvimos a punto de tener relaciones en la sala del cine, estaba vacía, pero cuando le desabroché el pantalón sonó su teléfono y se salió. Después me mandó un mensaje diciéndome que había tenido un problema y no podría volver. Desde entonces no volví a responder sus llamadas. Él no es la gran cosa como para pretender que puede tratarnos así, créeme.

Me quedé un momento en silencio para reconocer mi sentir. No había fuego ni agua salada brotando de mí. No sentía pena o angustia. No experimenté ninguna sensación de ahogo o de frustración. Solo había nada. Te convertiste en nada.

— Mira, él tiene un modo muy peculiar de vivir sus emociones —expliqué—. Tal vez nunca lo pude entender y por eso no estamos juntos. Te agradezco mucho lo que me acabas de compartir, pero no debes sentir ninguna culpa.

Nos dimos un apretón de manos y volví con mis amigos, quienes ya habían planeado a dónde ir para continuar celebrando la vida.

Diciembre regresó a vestir de tranquilidad el ambiente. La tristeza que me acompañaba desde tu regreso de Europa hizo sus maletas y una noche se despidió de mí con un beso en la frente. Fue agradable conocerla, haberla tenido dentro de mí me ayudó a crecer y a descubrir que el universo seguiría su curso contigo o sin ti. Las lágrimas aún se asomaban por mi ventana, pero las cosas que me hicieron tanto daño dejaron de seguirme.

De vez en cuando podía sentirte en los atardeceres morados, en las noches con la luna dibujada como la sonrisa de un gato, en los pasillos del instituto, en los besos que murieron antes de salir de mis labios, en los escombros de la ciudad que alguna vez construimos con la ilusión de jugar a ser mayores, te sentía en las constelaciones que dibujaste en mi cuerpo la vez que estiramos la madrugada para revolvernos el corazón a besos.

Me sentía ajeno al Mateo que creció contigo, como si él y yo fuéramos dos personas distintas compartiendo los mismos recuerdos. Quizá si nos topábamos bajo la lluvia ya no me reconocerías. Tal vez porque dejaste de ser oxígeno y la forma de tus manos había cambiado de opinión desde la última vez que las toqué.

Cuando tu recuerdo toca la puerta de mi mente es más fácil para mí darle un poco de agua y regalarle una sonrisa cargada de melancolía para motivarlo a seguir su camino.

Pero a veces, en medio de la madrugada, no puedo evitar desear haber sabido entenderte para que las cosas fueran distintas. Por eso escribo, porque este es el único espacio en el que puedo vaciar todo lo que quedó por decir.

Otros días te imagino sentado en el escritorio de tu habitación, miras a la ventana y contemplas las luces de la ciudad, sientes la soledad en tus pestañas y tratas de calentar tu cuerpo con un poco de té. Entonces cierro los ojos y beso esa imagen, soplo sobre ella y le pido que se desvanezca y que no vuelva jamás.

¿Te arrepientes de haberme conocido, Leonardo? Yo no, porque descubrí muchas canciones, muchos sabores y muchas emociones, y ahora todos esos recuerdos que encontraron la manera de vivir en mi pecho sin lastimar a nadie.

La ansiedad que me produce el exceso de futuro regresa también de vez en cuando, pero cuando está de visita le preparo la cama y la dejo dormida bajo las sábanas mientras salgo a pasear con Max. Y si quiere acompañarme le pido que lo haga en silencio para que no asuste a mis amigos o a quien sea que me acompañe en ese momento.

En ocasiones hasta tú vuelves con las tardes de lluvia o el aroma a roles de canela. Vuelves con la música de la radio y el sabor del queso en la pizza. Vuelves cuando estoy en la cafetería o en los jardines de la universidad, pero te desvaneces cuando te recuerdo abandonando la fiesta y puedo recuperar el aliento. A veces desapareces con los momentos en los que logro sonreír de nuevo, otras no puedo hacer que te vayas tan fácil y no me queda más remedio que esperar a que pases de mí.

El insomnio me visita.

El reloj marca las 2:00 am y decide detenerse ahí.

La lámpara que se encuentra en mi buró ilumina las horas oscuras y escucho cómo el viento acaricia las hojas de los árboles que viven afuera de mi ventana. Los niños duermen, los amantes desmenuzan sus deseos detrás de las cortinas cerradas, las películas de terror acechan a sus protagonistas en medio de algún bosque y yo te llamo con la mente. Es la entrada perfecta para que realices tu estocada final.

La habitación se enfría y yo siento la necesidad de apagar todas las luces y tratar de dormir. De repente escucho un peculiar sonido aterrizando en mi ventana, pero no le presté atención. Creo que es una criatura nocturna que ha chocado contra ella. Oscurezco los párpados y otro sonido similar me obliga a prestar atención a alguien llamándome por mi nombre. Dudo en salir, pero los susurros se convierten en murmullos.

— ¡Mateo! ¡Mateo!

Salgo de la cama y me pongo los lentes para descubrir a mi visitante. Con cautela recorro las persianas y lo primero que vislumbro es un vehículo rojo descapotable de dos puertas, una pieza exclusiva de la década de 1980 que tiene el motor apagado y los faros encendidos. Me quito la discreción que me cobija y me asomo para descubrir una silueta bajo mi ventana pidiéndome que salga.

— ¿Qué haces aquí? —Pregunto desconcertado. El frío de la madrugada se cuela apenas abro la ventana y compite contra mi sorpresa para ver quién me congela primero.

— Vine para hablar contigo —me dice la silueta con una voz que se cuela hasta mis huesos y pretende desbaratarme sin éxito.

— No —le digo—. No puedo salir ahora.

— Por favor, Mateo —insiste—. Vine para darte algo.

— Mándamelo por mensaje —le ordeno con la poca paciencia que me queda.

— No puedo, me bloqueaste de todos lados.

Lo pienso durante un instante y cierro la ventana. Me pongo una chamarra y escapo de mi habitación con el sigilo de un ladrón que huye de la escena del crimen. Al salir me encuentro con un aroma familiar y la calidez que no he querido admitir extrañar.

— Gracias por venir —me dices con un hilo de voz y la indecisión de abrazarme o mantener tu distancia.

— Leonardo, estoy cansado —te expreso con apatía.

— Lo siento —te disculpas—. No te quitaré mucho tiempo, me atreví a tocar tu ventana porque vi la luz encendida y...

— No me refiero a la hora —te interrumpo—. Estoy cansado de que aparezcas cuando estoy por quedarme sin la fuerza que uso para superarte. Ya me hice a la idea de perderte. Te llevaste todo: mi estabilidad, mi tiempo, mi llanto, mis sentimientos y ya no tengo nada para ti. Te vas de aquí sin despedirte y piensas que no me causas daño, luego te llegas como si nada grave ocurriera y pretendes que me quite de encima todas las noches que pasé preguntándome qué está mal en mí. Espero que seas consciente de que esto es demasiado cruel e injusto. Eres tan inhumano como un terrorista.

— Lo sé.

— ¿Entonces por qué siempre vuelves?

— Porque eres lo único real que conozco —admites con la mirada vacía.

Tu confesión cruza mi pecho con la violencia de una bala y no soy capaz de reprimir el sollozo que nace de la herida.

— ¿Por qué lloras? —Cuestionas en medio de la incertidumbre.

— Lloro de pena. Lloro porque siento como si estuviera secuestrado en ti. Porque todo este tiempo has sido héroe y verdugo y no me aniquilas ni me salvas.

— Bueno, solo vine a darte algo. Hace unos meses te pedí que me acompañaras a mi graduación y no he cambiado de parecer. Eres alguien importante para mí, Mateo. Sé que no lo he demostrado como lo mereces. Sé que soy un caos y en consecuencia te he hecho cosas terribles. Pero a pesar de eso siempre has estado aquí, a veces siento que eres lo único que tengo. Sé que no quieres saber más de mí, pero hoy vi un pedacito de luz y esa fue la señal que necesitaba para atreverme a intentarlo una última vez.

— Todo este tiempo he evitado que me dieras explicaciones que no cambiarán nada, ya nada tiene sentido —admito.

— Hay algo que puedo asegurarte, Mateo, todas las veces que rompí tu corazón fueron sin intención y lo lamento mucho porque no lo mereces.

— ¿Por qué me dices todo esto?

— Porque quiero que lo sepas.

Estoy frente a ti en espera de descifrar el propósito que tiene este encuentro inesperado y no puedo avanzar porque me tropiezo sin entender cómo funciona tu mente.

— La celebración será la próxima semana —dices luego de comprender que ya no tengo intención de hablar más—. Tu lugar está reservado, te prometo que es lo último que te voy a pedir.

Extiendes un sobre y yo no hago el mínimo esfuerzo por tomarlo. Cruzo los brazos y veo cómo metes la invitación en el buzón que se encuentra en la puerta de mi casa. Tocas mi hombro, recargas tu cabeza en mi pecho durante un instante subes con impaciencia a tu auto. Al volver a mi habitación me cuestiono si todo lo que acabo de vivir fue real porque el reloj marca 2:01 am.

¿Qué más querías de mí si ya habías aprendido a llenar tus brazos con el calor de otros cuerpos que nunca sabrán lo que significaba llorar por ti?

No sé de dónde saqué la fuerza para no pedirte que te quedaras y me ayudaras a entenderte. Quizá mi instinto de supervivencia había despertado de nuevo y me hizo ver que el Leonardo dulce que me tomaba de la mano y me besaba bajo la lluvia era solo un disfraz que usas para acorralar a tus presas antes de destruirlas. Lo cierto es que había tenido suficiente de esa situación y me sentía avergonzado por nunca haber puesto un límite cuando comenzabas a causar estragos.

Pensaba que llorar era una consecuencia del cariño y por eso soporté demasiado, pero tanto llanto inundó mi habitación y me ahogó. Cuando abrí la ventana pude ver cómo todo lo que vivimos salió arrastrado por el agua, mis pulmones recuperaron su fuerza y pude volverme inmune a tus ojos, tus abrazos, tu voz y tu capacidad de seducción.

Muchas veces me equivoqué al creer en ti y en tu inocencia, y a pesar de todo lo que vivimos, no hubo algo real que me permitiera aferrarme a las ganas de estar contigo.

Me propuse despedirme definitivamente, al fin dijiste que esa sería la última vez.

Mónica y Benjamín dijeron que sí debía ir a tu graduación. Erika, Mauricio y Gerardo se opusieron a la idea. Mi corazón decía que me cambiara el nombre y huyera del país, pero esa solución era poco elocuente.

Tal vez no estaba mal jugar con el curso de la realidad una última noche. Tú y yo juntos en la celebración, con todos los asistentes invisibles y la promesa en nuestros labios de un lugar en el corazón del otro para el futuro.

Miles de conversaciones con un final improbable se dibujan en mi imaginación. Lo único cierto es que esta noche será la última y tú no te darás cuenta del final.

Creo que es egoísta desear en el fondo que estés triste para que quieras volver. Que cuando visites un nuevo lugar te preguntes si me hubiera gustado estar ahí contigo. Ojalá hubieras entendido la manera en la que te amé. Lo que siento por ti va más allá de las palabras, te lo dije con libros y canciones, pero no fue suficiente.

¿Por qué te digo adiós si duele tanto? Sencillo: porque si lo aplazo perderé el poco valor que he logrado reunir y de todos modos serás tú quien me deje algún día.

Si esto fuera una película, este sería el momento en el que la pantalla se divide en dos, un lado mostraría que yo pienso en ti y el otro mostraría que tú piensas en mí. Pero probablemente no sea el caso, probablemente solo estés enojado conmigo y ocupado en convencerte de que nada de esto es tu culpa. Por eso esto no es una película y la pantalla no está dividida a la mitad.

Estoy triste y lo único que me consuela es escribir.

Leonardo:

El traje azul que usas esa noche resalta todos tus rasgos. Eres el más guapo de la fiesta y estoy seguro de que lo sabes. Tus hermanas lucen muy bellas y el amor de tus padres se convierte en una dulce fragancia que acompaña la velada. Admiro esos detalles desde la distancia porque no me presentaste con tu familia y estuvo bien, tengo la sensatez de comprender el papel que ocupo, el de un amigo como cualquier otro y ya.

El discurso que has dado fue tan inspirador que encendiste otra luz en mi pecho motivada por tu mensaje sobre un mejor futuro, aunque en ese futuro no estemos juntos.

Hoy has sonreído más que nunca. La satisfacción se reflejaba en cada uno de tus movimientos. El orgullo que siento por ti es tan grande que no me cabe en el pecho, se convirtió en algo líquido y salado que sale por mis ojos. Es extraño que, a pesar de la música y la risa de los invitados de la fiesta, el eco de los momentos que vivimos juntos martillea mi cabeza. Nuestras conversaciones. Nuestras bromas. Nuestros secretos. Me siento invadido por esa inexplicable sensación de estar solo a pesar de toda la gente que se encuentra en el salón y verte celebrar a lo lejos hace que me sintiera cada vez más pequeño.

Apuesto a que en algún momento de la noche notarás mi ausencia. Me escribirás para saber dónde estoy, pero encontrarás la respuesta más tarde en esta carta que dejaré sobre el parabrisas de tu coche. La felicidad que te embriaga solo se puede comparar con la tristeza que he sentido desde hace unos meses. Ya no te veré nunca más en los pasillos del instituto, no volveremos a ponernos de acuerdo para almorzar juntos en la cafetería, se acabaron tus mensajes para pedirme que salga del salón de clases porque quieres verme y tampoco volveremos a pasar horas platicando en el estacionamiento de la universidad.

¿Cómo se supone que debo sentirme? Te llevas la luz de las calles y no importa lo que digas, nada será igual después de esto. Ya no seremos ni siquiera amigos y el futuro que construí pensando en que estarías aquí se está desmoronando. El tiempo que pasamos abrazados se desvanecerá mientras aparecen arrugas en nuestras caras, las canas invadirán nuestro cabello y nuevos momentos tapijarán las paredes de tu corazón. Me pregunto si habrá algún recuerdo nuestro al que quieras aferrarte.

Tal vez saldrás de este lugar cuando se acerque el amanecer, tu corbata estará colgando de tu cuello, llevarás tu saco sobre tus hombros y tu camisa estará fuera de tu pantalón. Subirás a tu coche y verás en el parabrisas un papel. Pensarás que es publicidad e irás a quitarlo con la intención de tirarlo a la basura, entonces descubrirás que es un sobre y verás tu nombre en él. Reconocerás la caligrafía (o eso espero) y en ese preciso momento sentirás crujir tu corazón.

Navidad llegará en unas semanas. El ambiente festivo inunda a las personas y, aunque no lo creas, me siento terriblemente culpable por haber elegido precisamente esta noche para decirte todo esto. No es una noche de reclamos ni de despedidas, yo tampoco soy de los que se escabullen de una fiesta, así como espero que la confusión esté apoderándose de ti mientras lees estas líneas. Quiero contártelo todo. Quiero sentarme en frente de ti y ponerme a llorar. Quiero que me abrases, que me dejes dormir en tu pecho y me digas que todo estará bien. Pero eso no va a pasar. No importa cuánto lo desee.

La primavera estaba por llegar el día que te conocí y las probabilidades de que ese día saliera algo mal eran mínimas.

Estoy seguro de lo que viene en mi vida los próximos meses: el tiempo me convencerá de que no todo fue culpa mía. Hiciste lo necesario para sacarme de ti sin importar si me dejabas perdido en mi propia habitación o en la inmensidad del universo mientras muero de frío. Desenredo los minutos cerrando todas las entradas porque ya no soportaría que vuelvas una vez más. Es peligroso que no sepas a dónde ir, pero es mortal que no sepas quedarte.

A veces finjo estar dormido para que no me encuentren las ganas de llorar, para que la ansiedad me suelte las manos y prefiera empacar todos tus recuerdos y llevarlos al viento.

Dejas una ciudad contaminada de los momentos que pasamos en ella y tengo miedo de salir y encontrarte. Dijiste fuerte y claro que lo único que quieres de mí es mi amistad, pero mentiste porque mi amistad es lo último que te interesa. Lo que en realidad quieres es sentirte adorado, seguro de que tu ego siempre tendría quién lo alimente. Quieres mi tiempo, mis elogios y mis ganas de quererte; quieres mis manos, mi cuerpo, mi inseguridad, mi obsesión hacia ti, mis lágrimas convertidas en lluvia regando las flores que te adornan. Quieres absorberme la vida y aunque estuviste a punto de hacerlo espero que aún me quede aliento suficiente para huir lo más lejos de ti y de mis propios sentimientos. Porque te amé, Leonardo, te amé hasta que se me desmoronaron los huesos porque tú no sentiste lo mismo.

Sé que cuando termines con todos los hombres de la ciudad irás a buscar nuevas presas para deshidratarles el corazón, habitarás en sus mentes y llenarás tu cama con sus besos. Ellos llorarán por tu sonrisa y tú fingirás no darte cuenta. En ese preciso momento pensarás en mí y recibirás pedacitos de la nostalgia que dejaste colgada en mis pestañas.

Y esto, Leonardo, es todo lo que nunca te dije.

Tuyo, al menos hasta que deje de respirar, Mateo.

EPÍLOGO

De mi vida sin ti

Leonardo:

Cuando dejé la carta en el parabrisas de tu auto caminé hacia la salida y no quise voltear hacia atrás. No quise saber si te diste cuenta de mi partida. Jamás sabré si me mirabas salir. No habría soportado descubrir que me mirabas y no me pedías que me quedara.

Después de ti viví una temporada de abstinencia. Te imaginaba. Buscaba consuelo en canciones, poemas y libros. Nunca te pareciste a nada, ni a nadie, pero todo me recordaba a ti.

Repartí el amor que me sobraba en los labios de desconocidos que se acercaban a mí con la solicitud para ser el nuevo tú. Algunos amantes eran más atentos, algunos intensos, otros pasaron sin dejar huella, pero tú aún vivías en mis habitaciones y por eso nunca les dejé quedarse.

He estado bien durante todos estos años sin saber de ti y hoy que la casualidad nos empujó al mismo pasillo del supermercado supe que tenía algunas cosas que contarte.

Sé que a veces confieso más de la cuenta, pero quiero que sepas que lamento las veces que no respondí tus llamadas o tus mensajes, no estaba dispuesto a seguir viviendo en medio de una tormenta, espero que lo comprendas.

Desde hace algún tiempo ya no despierto la habitación que nos escuchaba cuando hablábamos por teléfono, pero todavía me levanto del mismo lado de la cama y me pongo primero el zapato derecho para iniciar bien el día. Ni siquiera tengo la misma cama, pero en el tocador aún está la misma marca de protector solar. Al verte sentí como si apenas hubieran pasado unos cuantos parpadeos desde la noche en la que salí de la fiesta y caminé a casa. Mamá me preguntó qué tenía y le conté todo lo que ocurrió.

Todavía uso el mismo color de Converse, aunque solo los uso en fines de semana porque de lunes a viernes tengo que vestirme de adulto que sabe lo que hace, gana su propio dinero y resuelve sus propios problemas.

En todo este tiempo he coleccionado nuevos recuerdos, nuevas lágrimas y nuevas sonrisas que revivo cuando me reúno con mis amigos.

Max tiene un hermano, se llama Toby, estoy convencido de que son los dos seres vivos más bellos que alguna vez hayan pisado la tierra.

A veces parece que sigo siendo el mismo, pero me siento diferente. Y espero cambiar más sin alejarme de lo que soy y de quien fui. Ahora solo quiero que se me pinte bonita la vida.

Encontrarme contigo me hizo tener 19 años de nuevo y vaya que fue una sensación extraña. Cuando te vi pensé que había enloquecido, que me iba a derrumbar y a romper en llanto, pensé que perdería las fuerzas y no iba poder levantarme de nuevo. Entonces te acercaste para saludar, me enfrenté a tu mirada y descubrí que ya no siento nada.

Lancé todas mis monedas a la fuente de los deseos, pero supongo que no fue suficiente para que al final fueras tú el indicado.

Las telarañas en mis ojos me recalcan que pudimos hacer más, pero me quedo con la sensación de saber que di todo de mí cuando estuve contigo. Pero tú, Leonardo, si realmente me querías pudiste hacer más. Quizá nunca sepa si todo lo que decías sentir era real.

Nunca fuimos todo, pero sin duda fuimos algo y eso está bien, ¿no crees?

Por eso me marché de prisa, pero te escribo porque quería contarte todo esto.

Espero que estés bien, Leonardo, fue un placer encontrarte de nuevo.

Mateo.

➡ @paqosaurio



Todo lo que nunca te dije,
y algunas cosas que tal vez no recuerdes,
se diseñó en formato electrónico en la Editorial Universitaria
de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo,
en el mes de julio de 2023.
Cuidado editorial: Joselito Medina Marín.